

Persistente memoria

LUIS TEJADA

La trascendencia
política de lo efímero

Ediciones
desde abajo

Luis Tejada
La trascendencia política
de lo efímero

Luis Tejada

La trascendencia política de lo efímero

Ediciones
desde abajo

Luis Tejada
La trascendencia política de lo efímero

Ediciones desde abajo
Bogotá D.C. - Colombia

ISBN: 958-8093-60-0

Diseño y diagramación: Difundir Ltda.

Ilustraciones: Ómar Guío

Impreso en Colombia

El conocimiento es un bien de la humanidad.
Todos los seres humanos deben acceder al saber.
Cultivarlo es responsabilidad de todos.

Se permite la copia, de uno o más artículos completos de esta obra o del conjunto de la edición, en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando no se modifique el contenido de los textos, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

Índice general

Presentación

Luis Tejada en su tinta	7
Gotas de tinta	24
Los caminos	26
El elogio de la guerra	28
El revólver.....	30
El arte de caminar bien	32
La lección	35
de los guajiros	35
Primera crónica	38
La pobreza.....	40
Valencia o la belleza que pasa.....	43
La crisis de la vida intelectual.....	45
El regreso de las ideas.....	48
La canción de la bala.....	50
Elegía a los perros muertos	52
Lo poético y lo prosaico.....	54
Antropofagia	56
La tiranía de la higiene.....	58
La cola..□	61
La locomotora	64
Los retratos.....	66
Oración para que no muera Lenin.....	68
Los versos	70
El pescador.....	72
El optimismo.....	74
Las llamas	76
Resurrección	78

Meditaciones ante una butaca	80
La mal vestida	82
El hombre que se casa.....	84
El humo□	86
El trabajo.....	88
El automóvil.....	90
El valor de la vida	92
Los cordones	94
La gramática y la revolución.....	96
Los que lloran en el teatro.....	98
Sobre el amor y la belleza.....	100
La nariz	103
En el pueblo	104
Sobre la conversación y el conversador.....	108
Biografía de la corbata.....	112
La ética del pantalón	114
El mito de fauno.....	116
El traje del hombre débil.....	118
La oración de la última rana.....	120
Las transformaciones de la madera.....	122
Hablar.□	124
La apoteosis del vagabundo	126
La virgen de la trenza postiza	128
Lenin ..□	130
Interpretación sentimental del libro	132

Presentación

Luis Tejada en su tinta

A la hora en que esta crónica comienza, Luis Tejada era un muchacho nacido en Barbosa (Antioquia) en 1898, que llegó a la culta capital de la república en 1921, caminando desde Armenia en compañía de otro jovencito dos años menor y de nombre Adel López Gómez. Ambos, Tejada y López Gómez, iban a buscar fortuna como escritores, periodistas o cronistas.

Ambos tuvieron, como se verá, un gran éxito. López Gómez no encontró trabajo en la "Atenas Sudamericana" y se fue a Medellín, probablemente a pie, como había llegado. Allí se convirtió en uno de los mejores cronistas que ha tenido el país, como redactor de *El Espectador*, *El Correo Liberal* y la *Revista Colombia*. Más tarde, en 1929, volvió a Bogotá, ya en triunfo, y se integró a la redacción de *El Espectador* con su columna de crónicas "La hora al viento". Murió en 1989, a los 89 años de edad, después de una vida de resonantes triunfos, pero nunca pudo volver a ver a su amigo Tejada, porque

éste había muerto el 16 de septiembre de 1924 en Girardot, víctima de la tuberculosis, dicen unos, o de la sífilis, diagnostican otros, o del sida, que nadie conocía pero que ya existía, pienso yo.

Mi padre, Luis Vidales, recordaba de este modo el arribo de Tejada a Bogotá:

"Cuando Tejada vino a Bogotá, ya traía ese característico sello de vagabundaje que lo hacía pasar absorto, por la Calle Real, como si en vez de casas y gente hubiera allí palmeras, y en vez de Calle Real hubiese allí un camino real. Era un hombre rodeado de paisaje por todos los lados, y en sus ademanes y en su andar se sentía la presencia de parajes arbolados y rumorantes ríos. Ya por entonces Tejada tenía ese chaplinismo inconfundible de hombre que había pasado por muchos apuros y por muchos horizontes. Iba siempre con los pantalones de pasar el río. Cuando yo le conocí, ya era

el expulsado de la Normal de Medellín, ya había sido polizón en los barcos del río Magdalena, ya había escrito sus "Gotas de Tinta" en algún periódico de la capital antioqueña, ya había estado de aventura y bronca por la Costa Atlántica y ya había visto la llamita fulgurante de los revólveres rastrillados en la oscuridad de la noche, de que habló después en una de sus crónicas. Ya estaba instalado en "El Espectador" de Bogotá, ya había descubierto el calor de los periódicos, que recomendó siempre como lecho insustituible para el abrigo nocturno, y ya había hecho el invento de los cigarros de hojas de eucaliptus, que elaboraba bajo los árboles del parque del Centenario, y que fumaba con delectante y ensoñadora actitud, sosteniendo que todo estaba en la naturaleza al alcance de la mano y que era absurdo creer que se necesitaba dinero para vivir. Ya era el filósofo y el teórico de todas las cosas habidas y por haber que fue la característica central de Tejada" (Luis Vidales: "Cómo nos hicimos comunistas", *Sábado*, nov. 10 de 1945).

El éxito de Tejada no consistió en gozar de una larga vida, sino en convertirse en el brevísimo lapso de tres años en el más grande de los cronistas colombianos de todos los tiempos, hasta el extremo de que muchos

de sus compatriotas creen que fue el único que existió jamás.

Pero hay que decirlo desde el comienzo: Tejada no fue el único cronista que produjo Colombia, ni siquiera el único grande. Existe incluso algún hereje que sostiene lo impensable: que hubo un cronista mejor que Tejada. Esto se ha dicho del antioqueño Ricardo Uribe Escobar (1892-1968). A mí estas valoraciones ni me van ni me vienen porque ni la literatura ni el periodismo son carreras de caballos y porque, en fin de cuentas, cuando Tejada llegó a Bogotá ya había leído y gozado las crónicas de Uribe Escobar, así como éste en su hora había aprendido a escribir bien en la fresca fuente de su maestro don Tomás Carrasquilla (1858-1940). La grandeza de un cronista no reside en su mayor perfección de estilo o en su mejor y más depurado manejo de la prosa, sino en su capacidad para sobrevivir más allá de la muerte en la mente y en el corazón de sus lectores, e incluso para resucitar en antologías y publicaciones mucho tiempo después de firmada su acta de defunción. Por otra parte, ningún ningún cronista tiene derecho a llevarse para sí todas las palmas por su obra, desde que su obra es el resultado de un aprendizaje social y de una formación existencial.

Tejada tenía de dónde aprender y en dónde formarse. Sus padres y abuelos por ambas vertientes eran liberales, intelectuales y radicales, publicistas y educadores. Por parte materna estaba emparentado con la familia Cano, fundadora de *El Espectador* en Medellín y en Bogotá, y cuyas cualidades de librepensadores y liberales progresistas bien conoce Colombia. Su tía, María Cano, "La Flor Roja del Trabajo", es legendaria como apóstol de las ideas socialistas y de liberación de la mujer en el país. Su padre, Benjamín Tejada Córdoba, fue secretario del general Rafael Uribe Uribe durante los años terribles de la Guerra de los Mil Días, y fundó colegios, escuelas y diarios en la región del café. Allí, si se me permite un comentario adicional, fue un miembro muy destacado de la extensa red de amistades intelectuales y políticas que incluía a los progenitores y tíos de mi padre, Luis Vidales, también educadores, librepensadores y combatientes del radicalismo liberal durante las guerras civiles del siglo XIX. Que Julieta Gaviria, esposa de Luis Tejada, fuera prima de Luis Vidales, no agrega casi nada al hecho de que ambos, el cronista Tejada y el poeta Vidales, fueron formados y educados en la misma tradición culta, irreverente, librepensadora, antidogmática, roja, de una red social que fue tejiéndose durante las

guerras civiles de 1850 en adelante, desde el norte del Tolima hasta los confines de Antioquia.

Una de las tías de Tejada, María Rojas, se encargó de la educación del muchacho en los primeros años porque en el colegio de los Hermanos Cristianos de Medellín no lo querían tener, lo cual es perfectamente comprensible: si el mismo día de su bautismo se había visto claramente que los padrinos eran liberales y que por esta razón el bebé no tenía derecho al sacramento, mal podía pedirse que la caridad cristiana llegara a tanto como a enseñar a leer y escribir a este pequeño engendro del mal. Aprendió, pues, sus primeras letras, leyendo con su tía *El Espectador* de Medellín, "Periódico político, literario, noticioso e industrial" que por aquellos años dedicaba íntegramente su primera página a avisos comerciales y culturales de la más variada catadura, pero cuyas inclinaciones anticlericales y librepensadoras eran muy evidentes. Ya en el primer número de su publicación se estamparon en esa primera plana dos avisos del terrible general liberal Rafael Uribe Uribe, uno como "Abogado, especialista en el foro criminal" y otro como autor y distribuidor de un "Diccionario Abreviado de Correcciones del Lenguaje". Aprender a leer en ese silabario, en que se mezclaban los avisos de los "Cigarrillos Legitimidad",

el "Vino tinto- Saint Julien, tres clases", las "Gotas amargas legítimas", el "Tricófero", los "Revolvers Smit & Wesson finísimos, y cápsulas", los "Clavos franceses", las "Mil cosas más (continuará)", con el aviso de don Miguel Salas, que ofrecía "Para la Semana Santa... magníficos paños negros labrados, y los mejores sombreros de copa que hay en la plaza", o con el anuncio de "El Progreso, Revista Mensual Ilustrada de Nueva York", tiene que haber sido más apasionante y más instructivo que aprender a leer repitiendo "Yo amo a mi mamá", "Mi mamá me ama" y otras sandeces por el estilo.

¿A quién puede extrañar, a la vista de estos antecedentes, que Tejada escribiera una alabanza al revólver, una canción de la bala, un elogio de la guerra y otro número de textos en los que lo prosaico y lo poético son una y la misma cosa, o en los que el humo de un cigarrillo de marca nacional se convierte en una pieza clásica de la literatura? Ninguno de sus temas, ya sea pequeño y cotidiano, trascendental y universal, es ajeno a esta capacidad de poner todo junto, lo pequeño y lo grande, lo sublime y lo terrenal, en una sola y menuda caja de sorpresas: la crónica.

Lo único extraño, casi inexplicable, es que escribiera una crónica sobre *El arte de caminar bien*. Cuando llegó a Bogotá, Tejada era delgado, pequeño, nervioso, de cabeza

bien formada, de frente amplia y nariz recta, de grandes y bellos ojos, de labios un tanto gruesos y fruncidos eternamente alrededor de una pipa de caña recta. Había algo de chaplinesco en su figura porque tenía las piernas flacas y un poco desordenadas y caminaba como un marinero en la tormenta, con un pie en babor y otro en estribor. Pero irradiaba bondad, alegría de vivir y un infantil desparpajo que era mezcla de inteligencia, irreverencia y ausencia absoluta de dogmas y prejuicios. Durante muchos años creí que su andar de galeote era el resultado de la larga caminata entre Armenia y Bogotá, en una época en que los caminos eran trampas mortales para el peregrino, aunque él mismo los haya descrito con bondad, porque era un muchacho bueno: "...esos caminos bermejos, tortuosos y solitarios, que bordean la cordillera o la escalan francamente, que se hunden a ratos entre montes sombríos y a ratos siguen el curso de un río pequeño, que flanquean los páramos ingentes dando vueltas y revueltas...". Hoy, releendo sus crónicas, veo con claridad que ese caminar de péndulo era más bien una manifestación sicosomática de su oscilación intelectual entre los dos extremos que dominaron sus ambiciones de cronista: el primero, conquistar "la armonía y la sutileza, las dos cualidades tutelares que

busco con ahínco en las cosas”; y el segundo, trabajar por “el advenimiento del único reinado humano y justo: el del hombre simple, del buen hombre, del hombre”.

Para alcanzar el arte de la armonía y la sutileza contó con buenos amigos y maestros. Toda una legión de cronistas extraordinarios produjeron por aquellos años verdaderas joyas del periodismo en *El Espectador*, *El Tiempo* y *Cromos*. En 1922, bajo los auspicios del general liberal Benjamín Herrera, Luis Tejada y José Mar fundaron el periódico *El Sol*, en cuyas páginas aparecieron las producciones de “Los Nuevos” (José Mar, Luis Vidales, Luis Tejada, León de Greiff, Ricardo Rendón y cien más) y se difundieron con entusiasmo las ideas socialistas. Pero fue principalmente *El Espectador*, trasladado de Medellín a Bogotá para encabezar la gran marcha nacional del liberalismo hacia el poder, el taller donde que se forjaron las mejores crónicas del país en la década de los años veinte. La caminata de Luis Tejada y Adel López Gómez desde Armenia hasta Bogotá en 1921, pues, debe verse como parte orgánica de un proceso político que se había iniciado a finales del siglo XIX, que la *Guerra de los Mil Días* (1899-1902) y la pérdida de Panamá (1902) habían interrumpido, y que la violencia política conservadora y el asesinato del general

Rafael Uribe Uribe habían postergado: el retorno de las mayorías liberales al poder. Por eso se trasladaron a la capital las grandes fuerzas de expresión del liberalismo, desde las combatientes provincias de la montaña. Por eso afluyeron a la capital los jóvenes literatos y periodistas, para cambiar la mentalidad del país y obligar a la nación, todavía dormida en el siglo XIX, a entrar por la puerta grande al siglo XX.

José Mar, cuyo verdadero nombre era José Vicente Combariza, fue tal vez el más notable de esos jóvenes entusiastas. Nacido en Santa Rosa de Viterbo (Boyacá), se integró a la planta de *El Espectador* a los dieciocho años de edad y se convirtió en inseparable amigo intelectual del director Luis Cano y de nuestro Luis Tejada. Su prosa era ejemplar, con una formidable fuerza y una poderosa capacidad de síntesis. De él aprendió Tejada a manejar la pluma como un arquero que dispara la flecha certera y recobra la presa caída sin alardes ni retórica vana. De él también aprendió el impecable manejo de temas y argumentos cotidianos que fueron compartidos por otros cronistas y poetas. Por ejemplo, el tema del traje y la vestimenta que sería tratado por Luis Tejada y Luis Vidales en sincero esfuerzo de aprendices del oficio, fue introducido por José Mar en estos términos:

”El pantalón a rayas, los zapatos relucientes, la camisa tiránica, el alto sombrero, prenda de lores venida a menos, todo se aúna para dar un sentido inquietante que el hombre procura contrarrestar con una sonrisa indefensa de individuo a quien su traje —y con él toda la tragedia de las ceremonias— domina imponiéndole una personalidad nueva y extraña que nada tiene que ver con el hombre que consiguió una novia y alimentó un amor y amobló una casita en un barrio agradable para llevarse consigo a la novia y al amor. Una especie de impulso subconsciente ha hecho que la humanidad exprese en su indumentaria lo que no ha acertado a expresar en su literatura, en su filosofía ni en sus costumbres sociales: el verdadero sentido de los actos humanos.»

Al boyacense Armando Solano (1887-1953), le corresponde, según mi modesto entender, el mérito de dictar la pauta de estructura que Luis Tejada habría de seguir para muchas de sus crónicas. Era ya un veterano periodista cuando se incorporó a la planta de *El Espectador* en 1918 e inició su columna «Glosario sencillo» que sostuvo durante siete años, en la misma página en que escribía Luis Tejada. Veamos un ejemplo de su prosa:

«Hombres que tienen de la vida el concepto epicúreo y sano que yo quisiera ver generalizado sobre la tierra, abrieron en Medellín un concurso de cocina, con el fin de premiar y estimular la confección de manjares nutritivos y sabrosos. El concurso fue declarado desierto, según lo comunicó ayer el telégrafo con su cruel laconismo. Habrá gentes incapaces de profundizar en el significado de los hechos, que miren esta noticia con perfecta indiferencia. Pero respetando su manera de pensar, o de no pensar, me atrevo a sostener que el fracaso del concurso culinario es un signo tétrico, un síntoma alarmante, algo que sí puede indicar, mejor que ciertas vanas apariencias, una franca degeneración de la raza. Un pueblo que no les atribuye a los placeres de la mesa todo el valor que tienen, no será pueblo que deje huella durable en la historia. El hombre vigoroso, que sabe vivir, es alegre y audaz, necesita alimentarse, no sólo con abundancia sino con pulcritud y delicia. Sin eso, toda tonicidad nerviosa se pierde, y con ella piérdense también el buen humor, el ánimo, el amor al trabajo, hasta la misma voluntad. Y de las multitudes podéis juzgar en lo moral por su género de alimentación». (*El Espectador*, 28 de octubre de 1920).

En este fragmento podemos descubrir la secuencia de recursos que luego utilizaría Tejada en muchas de sus crónicas:

- 1- Una noticia cualquiera, un hecho banal, cotidiano.
- 2- Una simple constatación de cómo se piensa habitualmente ante hechos similares.
- 3- Una propuesta de interpretación inesperada, sorpresiva.
- 4- Introducción de argumentos lógicos imprevistos.
- 5- Generalización o extensión del nuevo modo de pensar a otras categorías o fenómenos.

Con este modelo, Tejada escribirá crónicas para convencernos de que el canibalismo es la mejor forma posible de alimentarse, o para demostrar que el ser humano bien puede ser descendiente de una silla o de un sofá a través de un largo proceso evolutivo, o para aducir pruebas lógicas de que la corbata, los pantalones y las camisas tienen sicología propia y nos dominan sutilmente. Algo de esta estructura se descubre también en algunos de los cuentos cortos de Luis Vidales y en poemas de León de Greiff, siempre para afirmar cosas al parecer absurdas o improbables, lo que prueba que el taller de trabajo de «Los Nuevos» fue la bohemia, la convivencia intelectual, el compartir metáforas y recursos y temas en el alegre oficio de echar abajo todo lo viejo y podrido en la apoltronada sociedad tradicional. Es muy interesante constatar,

por ejemplo, que Armando Solano escribió también un elogio de la pereza:

«Yo daría mucho de lo que no tengo por llegar a ser el cantor de la virtud nacional, que es la pereza. Yo la llamaría en el elogio que de ella hiciera, con muchos de los dictados que se aplican a la madre de la cristiandad: *janua coeli, turris eburnea, consolatrix afflictorum*, y otros que le caen mejor a la pereza, madre del ensueño, genitora de los pensamientos profundos, en cuyo seno se acendran las resoluciones heroicas, las aspiraciones geniales, las obras artísticas y todas las cosas que merecen algún respeto» (*Glosario Sencillo*, 1925).

Compárese con lo que dice Tejada sobre la pereza, en la crónica titulada *El trabajo*:

«... el instinto más firme, noble e indestructible en el hombre. Los tipos de la perfección suma que la imaginación concibe –los dioses– son personalidades eminentemente perezosas que, o permanecen estáticas en sus tronos de nubes, o se divierten entregadas a juegos ociosos o a placeres sibaritas. Entonces la pereza es en cierto modo una virtud esencialmente divina; pero ¿qué son los dioses? Son, simplemente, hombres perfectos en un sentido ideal».

Ya he mencionado, al inicio de esta desordenada divagación, al antioqueño Ricardo Uribe Escobar (1892-1968) y ahora es la hora de reproducir una de sus crónicas para que vean los lectores que Tejada no fue el único tejadiano, y que ni siquiera fue el primer tejadiano de Colombia. La crónica se titula *Un salto mortal* y fue publicada en junio de 1921, cuando Tejada estaba apenas instalándose en Bogotá:

«He leído en El Correo que un caballero bogotano se arrojó al salto del Tequendama, que es como decir se lanzó al abismo horrible de la muerte. Es indudable el más bello modo de salir de Colombia para siempre: un suicidio poético, épico, heroico, y acuático.

Quitarse la vida es cosa reprochable y pecadora, pero es tan feo dejarse morir en una cama, entre el mal olor de los medicamentos, rodeado de los curiosos del barrio, de los criados y de la parentela, todos con los ojos clavados en la cara del agonizante, viendo los ridículos gestos que uno hace para soltar el alma, con una mosca rebelde en la punta de la nariz, conque dizque lo ayudan a uno a bien morir, y pensando en el hoyo negro, frío y estrecho, en los rezos del padre Henao y en el negro Sapirrias, con sombrero de copa y fumando tabaco,

llevándolo a uno a los brincos, en su coche ridículo, al cementerio.

Yo quisiera poder ejecutar mi salto mortal en el mismo salto del Tequendama, tranquilamente, sin avisarle a nadie y dejando una tarjeta de despedida para la Patagonia. De este modo me evitaría todos los inconvenientes apuntados, le ahorraría a mi sobrina el fastidio de las visitas de pésame y los gastos de entierro, no se verían obligados los periodistas a hacerme el suelto necrológico de cliché, ni les daría ocasión a mis amigos de recordar mis faltas y debilidades.

Pero ahora recuerdo que no sé nadar...»

Y así podríamos seguir, dando ejemplos y más ejemplos de brillantes cronistas y poetas que, conociéndose los unos a los otros, trabajando con frecuencia en los mismos periódicos, emborrachándose –acaso con mayor frecuencia todavía– en las mismas cantinas y a las mismas horas, compartieron temas, se enseñaron los unos a los otros el arte de reinventar la realidad y pusieron al país en rumbo hacia una mentalidad moderna. El genialísimo Clímaco Soto Borda (1870-1919), que firmaba con el seudónimo Casimiro de la Barra, no tuvo la suerte de participar en esas tertulias, pero sí la de influir poderosamente en todos esos muchachos que hicieron del

irrespeto inteligente un arma de combate. El santandereano Joaquín Quijano Mantilla (1875-1949) guerrillero de la *Guerra de los Mil Días*, escritor folclorista y popular, aportó un estilo desfachatado, de pícaro campesino, que hizo las delicias de los lectores de *Cromos* por los mismos años en que toda una pléyade de jóvenes periodistas ensayaba sus agresiones contra la absurda lógica de la sociedad tradicional.

Se preguntará el lector por qué gasto tanto espacio para demostrar que Tejada no fue el único cronista genial, ni el primero, ni siquiera original en algunos de sus temas. Mi respuesta es: sencillamente porque me río de la llamada «crítica literaria» que quiere ver milagros por todas partes, «casos únicos», «genios individuales», productos de la nada, regalos gratuitos de los dioses y otras imbecilidades parecidas. No, Tejada es un producto social. La nación entera estaba cambiando, sacando de sus propias entrañas a toda una generación de rebeldes intelectuales, nuevas formas de organización de la clase obrera, nuevas ideas políticas, nuevas formas de pensar y de actuar.

Es en ese contexto que debe valorarse el empuje de «Los Nuevos», su decidido afán iconoclasta, su desvergonzado empeño en convencer a las gentes timoratas de que lo imposible *es lo posible*, lo mágico

es lo real, lo maravilloso *es lo cotidiano* y lo permanente *es el cambio*. Era necesario ser irreverente, excéntrico, «anormal» en un país en que lo normal era pegarle a los niños para que aprendieran a amar al prójimo. Y la irreverencia pasaba por cuestionar todo lo establecido, por *obligar a la gente a pensar lo impensable*.

Por ese camino transcurrió el proceso intelectual de Tejada, su peregrinaje del radicalismo liberal al comunismo y a la fundación del partido. Recuerda mi padre:

«Tejada y yo siempre andábamos juntos, lo que hacía que nuestros amigos me llamaran «l'enfant gâte» de Tejada. Por las tardes siempre nos citábamos para irnos a casa. El trabajaba en El Espectador y yo en el Banco de Londres. Una tarde, mientras yo lo esperaba en la esquina de la catorce con la séptima, salió del periódico y se vino precipitadamente a mi encuentro, diciéndome sin saludarme: «Aquí en esta casa está en este momento un ruso que quiere hablar con nosotros. Ahí hay una reunión de obreros liberales, que lo han citado para que los oriente sobre la posición de los trabajadores en las próximas elecciones. Subamos. Cuando termine nos vamos con él y charlamos. Esto puede ser muy interesante». La casa de que hablaba Tejada era la misma en que hoy está «La

Cigarra». El ruso no era otro que Silvestre Sawinsky.

Sawinsky vivía en la vieja y amplia casa que queda inmediatamente después de lo que hoy es la plaza de San Martín hacia el norte. Allí entramos. Recuerdo que en el vasto corredor nos llamó la atención ver numerosos cueros colgados, y Sawinsky nos dijo que se había dedicado a la curtiembre, para ganarse la vida. Nos presentó a su esposa y nos instalamos en la amplia sala ante una gran mesa, cubierta con una gruesa tela de terciopelo verde, y sobre la cual una caparazón de tortuga con una caja de metal incrustada servía de cenicero de agua. Pronto comenzamos a menudear las tazas de té, de las cuales tomamos como diez, a la manera rusa, mientras planeábamos el nuevo partido. Como a las nueve de la noche salimos de allí, después de haber dejado un cerro de colillas dentro del recipiente de la tortuga. Habíamos trazado el esquema para la formación del partido comunista en Colombia. Llevábamos la lista de los nuestros, que se redactó de mi puño y letra, y a la cual habíamos agregado algunos nombres que juzgábamos adictos a nuestra causa, entre otros, Luis Cano, Armando Solano y Alfonso Villegas Restrepo. Digo esto, porque nadie sabía cómo se fundó el partido comunista de

entonces, es decir de dónde partió la idea, y he oído muchas versiones contrarias a la realidad, de gentes que desean hacerse pasar por *personas actuantes* (el subrayado es mío, LV). No. Aquella noche no estábamos presentes sino Sawinsky, Tejada y yo. De allí convocamos a una reunión, en la cual quedó constituido el nuevo partido. No está por demás decir que ni Luis Cano, ni Armando Solano, ni Alfonso Villegas Restrepo concurren nunca a ninguna de nuestras reuniones.

Pronto nuestro partido se encontró con muy serios problemas que nosotros no sabíamos cómo resolver. La cuestión orgánica y nuestra conexión con las masas eran cosas al rojo blanco sin la solución de las cuales podríamos subsistir. Ni Sawinsky ni nosotros sabíamos nada en cuanto a los procedimientos. Ignorábamos por completo cómo se hacía un partido comunista. Era aquella una época en que el resplandor de la revolución rusa iluminaba el universo, y todos los hombres libres del mundo querían ir por esa senda, lo que no significaba necesariamente que quienes así pensarán fuesen teóricos consumados. El conocimiento de Marx y de los métodos revolucionarios de los rusos no se habían generalizado. En la prensa todavía se leía que el general Soviet se había tomado al sur de Rusia una importante ciudad llamada

Lenin. En estas circunstancias, nosotros resolvimos como mejor pudimos nuestros embarazantes problemas. Le dimos al partido, por proposición de Moisés Prieto, una secreta organización tipo masónico, por grados, con sus signos, sus convenciones, sus palabras claves para los momentos de peligro. Y en cuanto a programa, yo traduje con Sawinsky el programa del P.C. ruso y echamos diez mil copias en mimeógrafo, que fueron a parar al río Magdalena, a los cuarteles, a las organizaciones obreras, etc. Su distribución fue tan completa, que todavía se acuerdan de haberlo recibido los obreros de muchos lugares del país. No abandonamos tampoco el trabajo en el ejército, y fue por nuestra labor de hojas sueltas, al frente de la cual estaba Sawinsky, que el buen ruso, más terrorista que bolchevique y más niño que hombre terrible fue expulsado del país.

Un día me llamó Tejada con mucho sigilo para decirme que habían inventado un grado superior, el último al que sólo tenían acceso los elegidos, pues había ciertas cosas que no se podían tratar delante de algunos camaradas, en los cuales no se tenía la suficiente confianza. Me advirtió que mi iniciación allí se había fijado para una sesión especial, como en efecto ocurrió. Por entonces Tejada ya vivía en una casa de la calle doce, casi contra el paseo Bolívar.

En un cuarto oscuro, iluminado apenas por una vela de sebo, se efectuó la ceremonia de mi ingreso al más alto grado. De pie, en torno de una mesa, se hallaban Tejada, Sawinsky, José Mar, Moisés Prieto y Diego Mejía. Sobre la mesa reposaban los símbolos de la purificación y la fe del comunista, consistentes en la constitución rusa, el programa del partido y, encima, una pistola, alegoría de la violencia revolucionaria y a la vez del castigo que esperaba al traidor. El juramento consistía en un largo interrogatorio escrito, que Sawinsky leyó aquella noche, con su particular acento ruso. Se hablaba en voz baja. Tejada se transfiguraba por completo, y a la escasa luz de la vela se le veía poseído de la más intensa emoción. A Sawinsky le temblaba levemente el labio inferior. La respiración de todos parecía contenida. El interrogatorio llegó a aquello de «jura usted no hacer diferencia de razas?», y yo respondí: lo juro; «jura usted no hacer diferencia de nacionalidades?», y yo respondí: lo juro. Pero cuando se me dijo: «Jura usted no hacer diferencia de sexos?», dí inmediatamente el grito, separándome del grupo. «No, me es imposible jurar eso», exclamé. La estupefacción se apoderó de todos. Tejada me miraba con angustia escrutadoramente. «¿Por qué no juras?», me dijo con un tono de ruego. Yo les dije «Lo de la supresión de la diferencia de sexos

no lo juro, porque por pepiciego que uno esté siempre sabe quién es hombre y quién es mujer». Todavía oigo las carcajadas de José Mar y las recriminaciones de Tejada, que no concebía que se llevara ningún espíritu ligero a semejante ambiente de solemnidad y de misterio» (Luis Vidales, «Cómo nos hicimos comunistas», *Sábado*, nov. 10 de 1945).

Hace ya treinta años, en 1975, escribí un pequeño ensayo sobre Luis Tejada (publicado dos años más tarde), titulado *Magia y Revolución*. Sostuve entonces, como sostengo ahora, que las grandes transformaciones políticas a que aspiraban «Los Nuevos» —la revolución social— solamente podían ser concebidas mediante una ardiente fe en las potencialidades ilimitadas del ser humano. Dije así:

«El comunismo de Tejada era el de Maiakovski: nada tuvo que ver con la fría y estrecha fórmula del sectario que asesina a la imaginación y declara ilegal a la fantasía. En aquella hora turbulenta del mundo, burgueses y proletarios, estudiantes y poetas, madres y vírgenes, niños y viejos asistían estupefactos al espectáculo de una revolución que arrojaba del trono a la centenaria dinastía de los Romanov y entregaba el poder sobre la sexta parte

del planeta a «un gobierno de mozos de cuadra y cocineras», como decía el decano de la prensa británica. Tejada, que en los días de estudiante había confesado su ambición de seguir los pasos del que «sabe encontrar siempre algo de maravilloso en lo cotidiano; el que puede hacer trascender lo efímero; el que, en fin, logra poner la mayor cantidad posible de eternidad en cada minuto que pasa», no podía ser ajeno al subyugante influjo de la epopeya rusa. Porque este muchacho bohemio y humorista, de imaginación desbordante y de fe sin límites en las potencialidades mágicas del mundo material; este jovencuelo que buscaba «con el júbilo cruel del creador, el alma múltiple del universo»; este adolescente genial, era de algún modo hermano de aquellos que, en el otro extremo del mundo, poseídos de loco afán y de ciega fe, derribaban obstáculos gigantescos para poner la mayor cantidad posible de eternidad y de grandeza en las manos rústicas y sencillas de los parias.

¿Cómo podría ser de otro modo? Si yo creo que aquella muleta del rincón «va a andar; va a salir traqueteando por las habitaciones, rediviva, ambulante, fraternal», y va a hacerlo porque «tiene insuflado, coesenciado, el espíritu y la vida del que la llevó»; si, además, opino que «el sombrero nos

demuestra gráfica e irrefutablemente que si el alma existe, es ahí, en ese adminículo espiritual, donde debe tener su residencia o refugio»; si, a mayor abundamiento, sostengo «la inminencia de esa mañana prodigiosa en que mi corbata va a salir arrastrándose onduladamente detrás de mí, como un pequeño animal amaestrado»; si afirmo que «en el interior de las salas cerradas, en las largas noches solitarias, los muebles ceremoniosa y cortésmente se reciben la visita», y que «quizá asomándose uno por el hueco de la cerradura los vería accionar con parsimonia y los oiría hablar de política, o de economía, o de no sé qué cosas graves y abstrusas»; si declaro que tal vez «el taburete sea el tipo degenerado de una gran especie que vivió en remotas edades o el principio de evolución de una especie que vivirá en el porvenir»; si agrego que «quizá se podría formular una teoría en que se probara que el hombre desciende del taburete; teoría ingeniosa y verosímil que tendría tanto éxito como las otras que tratan de probar que el hombre desciende del mono o del caballo»; y si, en fin, reconozco que el hombre no sólo puede transferir sentimientos, actitudes y pensamientos a las cosas, sino que de hecho lo hace a cada instante, llenando de dignidad y de humanidad a los objetos inertes, es porque no tengo la menor duda de que

el hombre puede dignificar y humanizar al hombre. Creo en la revolución porque creo en la magia o, lo que es lo mismo, porque creo en la ilimitada potencialidad del hombre» (Carlos Vidales: «Magia y revolución – Las crónicas de Luis Tejada», *Revista UN*, mayo de 1977, N° 15).

Por eso, entre la escritura de sus crónicas, las alegres tertulias, las calaveradas del amanecer con sus amigos Vidales, Rendón, de Greiff y José Mar, este reformador de las mentes colombianas se daba tiempo para buscar a los obreros de las fábricas y los soldados de los cuarteles, reunirse con ellos y predicarles la buena nueva de la revolución proletaria.

«Tejada era un comunista convencido. Indudablemente, nuestro movimiento, en el fondo, era un movimiento liberal, como lo fue en gran parte, años después, el *movimiento socialista revolucionario*. El partido liberal, con la pesada herencia del fracaso de la guerra civil iba de mal en peor. Nadie creía ya en que pudiera levantarse de la postración en que se encontraba. Y en estas condiciones se buscaban sustitutos, otras formulaciones y otros medios que se suponían más eficaces para el derrocamiento del conservatismo. Mucho de eso había en nuestro movimiento. Pero no en Tejada. Tejada era comunista, con la visión de una sociedad mejor y más

equitativa para la humanidad. De ahí que yo no juzgue a Tejada como obligadamente lo juzga la gente: como un cronista que ha producido Colombia; el mejor, en una abarcadura más ancha, del habla española, que aún no ha sido superado ni igualado aquí ni fuera del país. Porque Tejada era más que eso. Tejada era un apóstol, un líder incomparable del proletariado. Murió en el momento en que se estructuraba ideológicamente en el marxismo, cuando ante sus ojos de visionario la escritura del viejo alemán le abría las puertas de un mundo amable para todos, en el cual había soñado siempre. Amó a la humanidad con un amor entrañable. Amó a los humildes, y supo con toda claridad que ellos serán poseedores de un paraíso aquí en la tierra. Por hacer más próximo ese paraíso, luchó hasta su último aliento» (Luis Vidales: «Cómo nos hicimos comunistas», *Sábado*, nov. 10 de 1945).

La década de 1920 fue decisiva para la evolución política del país. En su transcurso se definió la decadencia y el fin de la hegemonía conservadora; se desarrollaron los primeros sindicatos modernos; surgió la prensa obrera, socialista y comunista; se fundaron las primeras organizaciones campesinas; se formó el primer grupo comunista; se trazaron las redes de los ferrocarriles; se industrializó la vida de las grandes ciudades; se iniciaron

las obras de comunicaciones en los territorios selváticos; y se modernizaron muchas de las viejas estructuras del estado. Pero, por sobre todas las cosas, surgió una nueva mentalidad, una nueva perspectiva intelectual, una nueva racionalidad, y las gentes comenzaron a descubrir que todas las verdades y todos los postulados tenidos por lógicos y sensatos desde la llegada del conquistador don Gonzalo Jiménez de Quesada eran locuras, absurdos ridículos y delirantes, necedades y supersticiones que era preciso olvidar para siempre. En cambio, las gentes comenzaron a sospechar que, en efecto, *una nueva realidad es posible desde que sea posible imaginarla*. Así fue surgiendo la insensata y maravillosa idea de que se puede concebir un *futuro* y trabajar por construirlo. Y esta revolución mental se produjo en gran medida gracias al trabajo de los jóvenes intelectuales de esa década, entre los cuales brilla por su inteligencia, por su audacia, por su generosidad y su imaginación, nuestro querido Luis Tejada.

Las últimas crónicas de Tejada fueron más políticas, más concretas, más apegadas al combate social. Pero sería un grave error decir que ellas representan una «maduración política» o un «mayor compromiso político» comparadas con las delirantes elucubraciones de los primeros días. Mírese a fondo el asunto y se verá que Tejada está siempre cuestionan-

do lo intocable y, de este modo, rompiendo los andamiajes del sistema establecido, tanto cuando se burla de la lógica oficial como cuando denuncia los crímenes del gobierno o pone al desnudo la dictadura de clase.

Yo pienso, por otra parte, que muchas de esas crónicas tejadianas al parecer absurdas y exóticas son de una tremenda lógica y que todos deberíamos aprender a vivir, al menos un poquito, como el cronista propone. Por ejemplo, en su crónica titulada *Resurrección*, Tejada nos cuenta el caso del general Clodomiro Castillo, a quien le dio por resucitar en febrero de 1924, después de nueve años de estar muerto, amortajado, velado y sepultado. Aunque Tejada es discreto en estos asuntos, podemos imaginar la estupefacción de su viuda, el desencanto de sus herederos y el desconcierto de la Caja de Pensiones del Ejército Nacional. Unos dicen que se trata de una farsa, y que el general simplemente había simulado su muerte. Otros dicen que es efectivamente una farsa, pero que el general está muerto y un impostor pretende tomar su lugar y sus bienes. Sólo Tejada, precursor de la Ley de Resurrección, sostiene que es posible, lógico y verosímil el retorno a la vida, como un hábito que había caído en desuso desde tiempos inmemoriales y que el general Castillo ha resuelto poner otra vez de moda.

Tejada prevé incluso que las resurrecciones llegarán a ser tan frecuentes y naturales, que en las páginas sociales de los periódicos podrán leerse avisos como el siguiente: «Esta mañana a las 11 resucitó en el cementerio de la ciudad, el general Fulano de Tal. Con ese motivo, la familia del exdifunto dará esta noche un téailable a sus amistades». Pues bien, yo opino que es una desgracia que no se haya puesto en práctica la saludable sugerencia de nuestro cronista. Sería, por ejemplo, maravilloso, asistir a la resurrección de los trabajadores de las bananeras, ametrallados en 1928, apenas cuatro años después de la muerte de Tejada. O declarar una campaña nacional de resurrecciones para volver a la vida a los cientos de miles de humildes compatriotas asesinados a lo largo del siglo XX en el curso de nuestras violencias políticas.

Tal vez podamos ver y vivir eso algún día. Y tal vez el propio Tejada se aparezca algún día entre nosotros, resucitado en cuerpo propio o ajeno, para explicarnos una vez más que la magia de la revolución solamente es posible cuando trabaja por «*el advenimiento del único reinado humano y justo: el del hombre simple, del buen hombre, del hombre*».

Carlos Vidales
Estocolmo, octubre de 2005

Nota sobre las fuentes

Aparte de las referencias citadas en el texto, hay que precisar que las citas de los cronistas mencionados proceden del libro *La crónica en Colombia: medio siglo de oro*, de Maryluz Vallejo Mejía, Biblioteca Familiar Colombiana, Presidencia de la República, consultado en su versión digital Biblioteca virtual Luis Ángel Arango. Algunos de los datos biográficos son del estudio de John Galán Casanova «Luis Tejada: crítica crónica», *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Banco de la República, vol. XXX, N° 33, 1993. Otras fuentes de consulta son: Juan Gustavo Cobo Borda, «Luis Tejada», en Luis Tejada, *Gotas de tinta*,

Biblioteca Básica Colombiana, Colcultura, 1977, y los testimonios de Jorge Zalamea, Alberto Lleras y Luis Vidales incluidos en la misma obra; Antonio Mejía Gutiérrez, «Luis Tejada: sociólogo de lo cotidiano», *Revista UN*, N° 2, enero-marzo, 1969; Lino Gil Jaramillo, «Luis Tejada, pequeño filósofo de lo cotidiano», en *Tripulantes de un barco de papel*, Ed. Beta, 1975; Darío Ruiz Gómez, «Luis Tejada contra el despotismo ilustrado», en *De la razón a la soledad*, Universidad Nacional, Bogotá, 1977; y mis propias notas sobre mis conversaciones con Luis Vidales.

Crónicas



Gotas de tinta



El mejor cronista es el que sabe encontrar siempre algo de maravilloso en lo cotidiano; el que puede hacer trascendente lo efímero; el que, en fin, logra poner mayor cantidad de eternidad en cada minuto que pasa.

El mejor periodista no es el más sabio sino el más intuitivo; no es el que escribe mejor, sino el que mejor sabe hacer escribir; no es el más honrado, ni el más sincero, sino el que es capaz de hacer decir al mayor número de gentes: ¡eso era lo que yo pensaba!

El mejor novelista es el que amalgama en su trama lo inverosímil dentro de lo posible, lo fantástico dentro de lo real. Porque así va recto al corazón del hombre, eternamente iluso, heroico y ansioso de realidades enormes. Por eso los libros perfectos, los únicos verdaderamente humanos, y que se pueden leer todavía con deleite, son los libros de aventuras: Homero y Dumas.

Entre nosotros, artistas y poetas casi nunca coinciden en un solo individuo. El tradicional afán parnasiano de pulir demasiado la frase, prefiriendo las construcciones y las palabras excesivamente sutiles, aunque estén descargadas de enérgica expresión y

de hondo sentimiento emocional, ha impedido la renovación de nuestra lírica. Tenemos artistas admirables, pero no tenemos un poeta conmovedor.

Sin embargo, hay versos malos que son muy bellos.

El más grande poeta de América es Juana Ibarbourou.

Parece que la poesía de hoy y de mañana pertenece a las mujeres. Sólo ellas, que traen a la literatura su sensibilidad virgen, podrán darnos un matiz nuevo de emoción dentro de los viejos temas, agotados ya por los hombres.

Y viéndolo bien, la poesía es una actividad esencialmente femenina. Todos los poetas verdaderos han tenido alma de mujer.

A los hombres les quedará la prosa. La técnica de la prosa perfecta es demasiado profunda, para que esté al alcance de las menudas uñas de rosa; la prosa perfecta requiere la garra madura, crispada y genial del macho.

Pero, después de todo, ¿para qué escribir? Se podría escribir aun cuando no fuera sino por el deleite inefable de leernos a nosotros mismos. Yo soy mi mejor lector. La obra maestra, para mí, es la que yo hago, porque es la que más se acerca a lo que yo sueño que debería ser una obra maestra; es la que más se aproxima a mi caro ideal; y no admiro a los demás, sino en relación directa a la semejanza que tengan conmigo, porque en esa misma proporción los comprendo.

No se deberían leer sino los propios libros.



Los caminos



Quizás estas vacaciones, muchos habréis dado un paseo largo por los pueblos de la montaña; habréis ido, por ejemplo, a Santa Bárbara, a Yarumal o a Marinilla; habréis transitado por esos caminos bermejos, tortuosos y que bordean la cordillera o la escalan francamente, que se hunden a ratos entre montes sombríos y a ratos siguen el curso de un río pequeño, que flanquean páramos ingentes dando vueltas y revueltas, como cinta caprichosa, atravesando bulliciosas quebradas

Frías, descendiendo a oscuras cañadas pobladas de ecos infinitos, subiendo cuevas enhiestas, serpenteando por filos inverosímiles donde el viento salvaje domina, prolongándose y perdiéndose a lo lejos, para reaparecer más allá, amarillos y estrechos, en

el límite con el cielo distante, hasta llegar, al fin, a algún pueblecillo acurrucado y perdido, con su iglesia blanca y vigilante, con sus callejuelas sonoras, sembradas de anchas piedras.

¿No os ha conmovido, no os ha llenado de una inefable melancolía el paso por esos caminos mudos, selváticos, de la montaña? Ellos, en los medios días de verano, son terribles, son angustiosos e inexpresivos, porque el tedio se apodera de nuestras almas ciudadanas, y el cansancio dilatado nos invade. La esperanza de llegar muere en nosotros y nos parece que estamos adheridos para siempre a ese camino sin fin, que esa estela de tierra roja se extiende en frente perdiéndose y apareciendo de nuevo en la distancia, sale de nosotros mismos, es un desenvolvimiento delgado e infinito de nuestra alma, de nuestra vida, un apéndice inacabable que nos ha nacido que no podremos recortar ya jamás; algo así como aquellas tiras de trapo o de papel que algunos prestidigitadores se sacan de la boca, estúpidamente largas, inconmensurables, asfixiantes.

Sin embargo, hay momentos en que esos caminos solitarios se llenan de un misterio enorme y delicado. Es generalmente en los atardeceres frescos, cuando el crepúsculo

de oro se filtra entre los ramajes aureolando extrañamente las hojas menudas, haciéndolas traslúcidas, ingravidas, rutilantes unas como sutiles puñales, rojas otras como el fuego de las fraguas. Una paz inaudita y silenciosa desciende de los montes sobre el camino bermejo y sobre nosotros. Entonces es bueno dejar ir la cabalgadura a su paso natural y hundirse en la beatitud mística y maravillosa del momento; detenerse a veces para oír la música salvaje del monte, el traquear tremendo de la madera, el canto agorero de un pájaro, el chasquido misterioso de las hojas; detenerse también para admirar la belleza singular de un árbol que nos ha sorprendido entre todos o para aspirar el perfume acre de rastrojo que el viento nos trae en un momento determinado; detenerse para contemplar, con cierto contenido terror, esos trayectos de monte quemado que hay a los lados del camino, donde los árboles, truncos y tiznados, asumen actitudes prodigiosas, humanas y sobrehumanas: Cristos crucificados que extienden los brazos negros en el aire, monjes brujos que rezan de rodillas sobre la tierra reseca, viejas paralíticas que se arrastran apoyándose en los codos, figuras descarnadas que huyen de un monstruo de diez manos. . . Todo esto, en el crepúsculo encantado, adquiere una vida loca y fantástica que nos hace estremecer un poco sobre nuestros galápagos.

De pronto, un campesino que arrea una yegua cargada de maíz, y su potranco peludo, nos alcanza. Con sencillez inenarrable, nos dice:

—Buena tarde.

—Buena se la dé el Señor —le contestamos, y seguimos en pos de él, hablándole de algo, para espantar de nuestras almas la honda melancolía crepuscular. Y es que el camino, antes apacible y luminoso, se va haciendo trágico, a medida que anochece.



El elogio de la guerra

Es interesante y conmovedor ver los esfuerzos enormes que hacen los hombres en todas partes, por aparecer pacifistas, por amar y realizar ese sueño absurdo e inexplicable que se llama la paz. Pero en la íntima realidad, en la realidad profunda y subterránea del corazón, ningún hombre logra ser pacifista verdadero; aun bajo la capa gruesa de carne del burgués más burgués y más gordo, queda una divina chispa bélica, una partícula del instinto supremo de la guerra, que no han logrado apagar definitivamente ni las alucinaciones locas de la razón ni la influencia de una vida regalada y soñolienta.

Y es que el hombre es, al fin y al cabo, un animal noble y fuerte dotado de poderosa vida interior; para alimentar su alma insaciable tiene que eliminar lo externo, que absorber lo circundante; mientras más alma se tenga, más potente es el instinto de la absorción; podría decirse que, después del combate, los vencedores se han asimilado el alma de los muertos, la han incorporado a su vida interior, acrecentándola; por eso sin duda los ojos de los vencedores son tan luminosos y sus piernas tan ágiles y tan vitales.

Pero, por una singular contradicción, el hombre se avergüenza de la guerra. Es verdad que, generalmente, el hombre se avergüenza de todo lo que pudiera enorgullecerlo. Del amor, por ejemplo; sin embargo, el amor, como la guerra, es una sed infinita de alma; un abrazo y una estocada son dos maneras distintas de vigorizarse, de duplicarse interiormente, eliminando o queriendo eliminar a otro ser. El hombre se avergüenza de ambas cosas, quizá por la secreta y misteriosa afinidad que hay entre ellas. En todo caso, el pobre hombre sueña siempre con llegar a ser una entidad dócil, apacible, conciliadora, llena de dulce benignidad hacia todas las cosas, y especialmente hacia los otros hombres; y hay muchos que logran conseguirlo aparentemente, superponiendo a su naturaleza esencial de animales puros, una naturaleza artificial confeccionada a base de razonamientos idealistas y de sueños fantásticos. Pero, en el fondo, la chispa selvática y agresiva vigilia: yo conozco convencidos pacifistas que al ver pasa bajo sus balcones un batallón rutilante o al oír en el campo de maniobras la sonora y milagrosa voz del clarín, gritan vivas al ejército y tiran los sombreros al aire,

penetrados, a su pesar, de la inefable emoción que a visión de los guerreros en marcha. Las más razonables diatribas contra la guerra y los principios más arraigados de benevolencia humana no llegarán a oscurecer nunca la figura estimulante del guerrero, bello, intrínsecamente bello, en medio de su decorativa esplendidez.

Lo que sucede, en los pueblos obstinadamente pacifistas, es que el instinto de la guerra degenera en curiosas desviaciones hacia el crimen y la violencia particular. En una época normal de guerra, el Hombre Fiera, por ejemplo, hubiera sido indudablemente un gran general; su alma misteriosa y voraz lo hace creer así; hubiera sido, sencillamente, un Napoleón, con toda su enérgica vida interior y su juventud sobrehumana. Un boxeador es un capitán de dragones en calzoncillos, a quien la paz arrebató su espada formidable. El mal humorado solterón que al levantarse esta mañana le tiró con la escupidera a su sirvienta, es un guerrero auténtico que se ha quitado a sí mismo un campo de batalla, unas armas y unos enemigos dignos de él, y que lógicamente debían estar a su alcance. Pero no ha podido quitarse —como debiera ser para proceder con justicia— no ha podido quitarse su instinto bélico. Ahí me tiene la contradicción curiosa que suele haber entre los sueños pacifistas de los hombres y su alma violenta: entre el instinto poderoso y la idea efímera.



El revólver

Mi querido colega «Calibán» se pronuncia en estos días contra los que llevan armas de fuego en el bolsillo; porque, según él, ésa es una causa primordial de criminalidad.

Pero yo me atrevo a creer lo contrario; tal vez lo que hace falta aquí, es que se generalice un poco más el uso de las armas; tal vez sería mejor que cada uno llevara su arma, evidente, visible, de manera que a cierta distancia se percibiera la culata del revólver o el mango del puñal; porque así, indudablemente, habría más respeto mutuo ciudadanos, y nadie se atrevería, sino en un caso demasiado grave, a dar un bofetón o a proferir un insulto.

Ahora bien: yo creo que todo el mundo debe llevar un arma, pero creo asimismo que, en realidad, el arma no sirve ni se hizo para matar. Y que no me digan la lista de los que mueren a balazos con frecuencia que está alarmando ya a los directores de las cárceles, porque yo respondería las locomotoras también matan mucha gente, sin que inventado precisamente para eso.

En cierto modo, las muertes a balazos son obra de la casualidad, como los accidentes ferroviarios; cuando un revólver o



una locomotora matan a alguien, hacen una función accidental, opuesta o, al menos, distinta para la que fueron creados; la locomotora se inventó para conducir pasajeros y carga, y el revólver se inventó principalmente para quitar el miedo, esa curiosa enfermedad tan propia del hombre. El revólver es, psicológicamente, una especie de contrapeso del coco y del brujo; cuando estamos grandes, el revólver nos ayuda a vencer el miedo que el coco y el brujo dejaron en nuestras almas de niños; esa es su función permanente; por eso el

revólver nos dignifica y fortifica, nos serena y tranquiliza, y por eso lo deberíamos llevar a todas horas.

El miedo es una afección puramente subjetiva; está dentro de nosotros como un demoncejo cosquilleante, como un niño mimado que teme a las sombras y a la soledad; necesitamos algo que lo adormezca, y el mejor medio es el revólver protector.

Las armas, y aun muchas cosas que no lo son pero que lo parecen, poseen esa preciosa cualidad de tranquilizar; una escopeta descargada o sin gatillo, o un cuchillo de palo, o simplemente una cubierta vacía de revólver, producen ya cierta inefable sensación de seguridad; basta con que tengan una conformación siniestra, un aspecto agresivo y mortífero, para que nos sintamos fuertes y seamos capaces de adelantar por los sitios llenos de probables enemigos.

Un observador perspicaz podría adivinar en la calle quiénes llevan revólver, por el aire firme, sonriente y desembarazado, por la gentil negligencia que imprime la posesión de un arma de fuego.

Quizá los hombres verdaderamente valerosos, serenos y lúcidos, no necesitan llevar armas; no temen a lo desconocido, y para ellos el «¿quién sabe?» es una interrogación sin sentido, porque han despejado sus almas de prejuicios infantiles; pero los débiles y los tímidos necesitamos un complemento para, ser espiritualmente fuertes: es el revólver.



El arte de caminar bien



Hay una cosa que el hombre moderno ha olvidado por completo: es el arte de caminar bien.

Porque no puede llamarse caminar bien a lo que hace la mayoría de los ciudadanos en la calle. Eso podrá ser tambaleo, o brinco o arrastre, según los casos; todo, en fin, menos caminar bien.

Hay quienes efectivamente, van por la calle a grandes zancadas como si anduvieran sobre brasas; otros, al contrario, avanzan demasiado despacio, levantando penosamente cada pierna, como si calzaran zapatos de plomo; muchos marchan medio agazapados, adheridos a la pared, hundiéndose en los huecos de las puertas y agarrándose a las esquinas, al volverlas, como si

temieran encontrar un abismo al otro lado; en cambio, otros vienen por la mitad de la vía; rápidos y ciegos, haciendo zig-zags escurriéndose entre la multitud con la cabeza baja y trotando en los trechos despejados, como si los persiguiera un fantasma terrible; de cuando en cuando se encuentre ese bulto negro y redondo, de levita y sombrero de copa que camina lenta y cadenciosamente, con un grave meneo lateral a la manera de los patos gordos; o esa esquelética figura que adelanta a brincos menudos, a imitación de ciertos pájaros acuáticos; o ese filósofo excesivamente embebido, que va rompiéndose las narices contra todas las cosas. Todo eso y mucho más se ve en la calle; pero lo que no se ve, sino muy rara

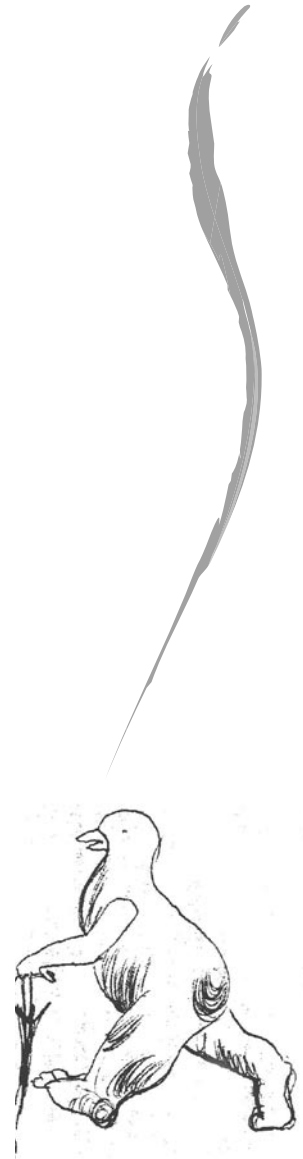
vez, es el hombre enhiesto y desembarazado que avanza sin demasiada premura y sin demasiada lentitud, con cierta solemne firmeza, con cierta dignidad noble y sencilla. Eso es: ya no se ve el hombre que camina con dignidad.

Indudablemente, en otras épocas no se caminaba como hoy. Yo no puedo creer, por ejemplo, que el Conde de Villamediana caminara como camina el general Ospina, o que los caballeros venecianos entraran al Concejo con ese desgarbo con que nuestros congresistas provincianos entran al Capitolio.

Pero, ¿por qué se ha degenerado de tal manera? ¿Por qué se ha perdido el antiguo sentido clásico de la armonía y la elegancia en los movimientos? Ello obedece, sin duda, a causas profundas y múltiples. Podría decirse, en general, que el hombre moderno es más nervioso, más desequilibrado y más urgido que el hombre antiguo; la civilización lo ha enloquecido, haciéndole perder el sentido de la medida y de la proporción, haciéndole perder un poco la conciencia de sí mismo, arrojándolo en el torbellino de las ciudades como la hoja en el huracán.

Pero hay una causa especial y esencial que influye definitivamente en la degeneración del movimiento: es la indumentaria. El traje rige la manera de caminar; no camina lo mismo un individuo cuando va de levita que cuando va de americana. Mientras más rico y fastuoso sea el traje, mejor se camina. En nuestra época las mujeres son las únicas que caminan bien porque son las únicas que visten suntuosamente.

El traje del hombre moderno es demasiado pobre, sencillo; no logra excitarlo, no logra comunicarle esa alegría pujante, esa elasticidad enérgica y suelta que el contacto de las telas preciosas, los olanes, las batistas, las



sedas, las púrpuras, infunde a quien las lleva, haciéndolo marchar con firmeza y flexibilidad.

Además, al hombre moderno le falta un atributo esencial: la espada. Todo el que lleva espada va erguido y camina en línea recta; esos trastabilleos y forcimientos y tambaleos y traspiés que se advierten en la mayoría de los transeúntes, pueden explicarse muy bien por la carencia de la espada. Más que ninguna otra cosa, la espada obliga a caminar con dignidad; desde el instante en que se la ciñe, cambia la psicología del individuo: si era tímido se hace audaz, si era vacilante se hace firme, si era hipócrita se hace sincero. La espada lo transforma, le da una mejor idea de sí mismo, acrecienta su valor humano y lo excita a marchar enhiesto y severo, con cierto varonil desembarazo.

Desde que al ciudadano le faltó la espada se hizo un infeliz, un pobre diablo tambaleante y encorvado, perdido en el océano proceloso de las calles, sin timón, sin órgano director expuesto a todos los tropiezos y a todas las caídas y atormentado, en fin, por absurdos temores interiores. Desgraciadamente hoy, aunque las leyes lo permitieran, sería imposible resucitar el uso de la espada; la civilización la eliminaría como ha eliminado la capa. El hombre de hoy debe tener los brazos y las piernas

libres de adornos y perifollos, debe estar lo más suelto y liso que sea posible, para poder subir fácilmente a los tranvías y acomodarse en los ascensores y deslizarse por entre las multitudes y entrar y salir por las puertas, demasiado angostas ya para la cantidad de gentes que las transita. Figúrese, por ejemplo, lo difícil y grave que sería pasear por la Quinta Avenida de Nueva York, si cada uno de los quinientos mil individuos que ambulan diariamente por allí llevaran un espadón de metro y medio.

Y como es imposible resucitar la espada, es imposible resucitar también, para los hombres, el lujo suntuoso de otras épocas. El lujo traería desigualdad y el mundo de hoy quiere la igualdad en todo y sobre todo en el traje. Es necesario que el rey vista igual al zapatero, para que el zapatero pueda creerse algo rey.

Pero la mezquindad en el traje al hombre, lo disloca, le hace perder el sentido de la armonía y de la gracia en los ademanes y en los movimientos. Llegará una época febril, industrial y comunista, en que para andar más rápidamente los pobres hombres locos se arrastren en cuatro pies, por las calles hormigueantes, como los monos.

Y después de todo, eso podría ser lo más natural.

La lección de los guajiros

Las noticias de hoy consignan una rebelión de los indios guajiros en los alrededores de Riohacha. El corresponsal cuenta que los resguardos de las salinas están amenazados por un centenar de indígenas, bien montados, armados de carabinas y dardos, que se pasean por la playa con las largas melenas sueltas, como centauros.

Aun riesgo de merecer el reproche de las gentes sensatas, no podemos ocultar nuestra simpatía hacia esa actitud fiera de los indios guajiros. Es conmovedor y grandioso contemplar los últimos ímpetus de rebelión de un pueblo vencido, despojado, aniquilado y olvidado que ha conservado sin embargo, a través de los dilatados siglos, debajo de las cenizas y los escombros, una pequeña brasa encendida, un poco de genuino espíritu racial, de orgullo tradicional, de sentido de independencia, de odio implacable al vencedor.

Es éste en verdad un ejemplo, reducido en sus proporciones, pero solemne y significativo, para muchos otros pueblos que se creen superiores pero que son incapaces de conservar con cierta celosa fiereza su patrimonio espiritual, que dejan ahogar sin reato sus ideales propios y su civilización característica dentro de otros ideales y otras civilizaciones exóticos.

Es admirable la capacidad de resistencia de los indios guajiros a la conquista espiritual, al purito de penetración de una civilización que nosotros creemos superior a la suya, pero que aún no se ha averiguado que lo sea, desde algunos





años antes de la fundación de Santafé, ya los homéricos guerreros indígenas luchaban arduamente contra la invasión y muchas veces estuvieron a punto de hacer fracasar la empresa de los conquistadores; muchas veces con sólo sus armas primitivas arrollaron, vencieron y desbandaron entre las selva a los Bastidas, a los Lugos, a los Céspedes; más de un valeroso capitán español

cayó asaeteado como San Sebastián, entre los ricos ariscos de la costa; y cuando, por medio de estratagemas ingeniosas o por el efecto desmoralizador que producían las armas de fuego y la presencia milagrosa de los caballos, los intrusos lograban un triunfo sobre los poseedores legítimos de la tierra, no podían en verdad vanagloriarse mucho tiempo de ello; porque después de cada derrota, los guerreros indígenas renacían con más vigor, con más ánimo, y volvían al combate resueltos a morir, como murieron tantos y tantos, antes que entregarse al yugo oprobioso.

Han pasado desde eso largas centurias, el dominio de los conquistadores se propagó y estabilizó sobre el suelo americano; se hizo eterno e irrevocable, toda lucha contra ellos es utópica, fantástica, imposible: desde el punto de vista del indígena, toda esperanza de redención, de liberación está perdida; ni aún cuando en sus almas míticas existiera, como en el pueblo judío, la presunción de un milagro lejano, asentada sobre la base leve de una profecía, podrían nuestros indígenas acariciar esa esperanza, porque toda fe se ahogaría ante la formidable realidad, sin embargo, sin fe, sin esperanza, se sostiene aún en muchos de ellos la conciencia de la libertad, el instinto de la rebelión, no han transigido íntimamente con el vencedor, lo

odian, lo repelen y alzan contra él siempre que encuentren oportunidad, no importan las condiciones infinitas de desigualdad y la seguridad previa de la derrota.

¡Ah!, esta es una lección estupenda para nosotros, como pueblo en probabilidad de ser conquistado, que así estamos, y como pueblo conquistador que fuimos en una remota época, quizá somos tan fáciles de absorber por otra raza por otra civilización, como torpes hemos sido en imponer a nuestro turno nuestra raza y nuestra civilización a los pueblos vencidos. ¿Qué hemos hecho, en el curso de nuestra historia, a favor de los núcleos indígenas? Nada, esquilmarlos, oprimirlos y embrutecerlos por todos los medios religiosos, oficiales e individuales que están al alcance del hombre. Ni los héroes burgueses de la independencia, ni el decantado genio universal del Libertador, ni las burocracias envanecidas que han explotado después el país, se han preocupado

jamás por hacer extensivos a las masas indígenas los derechos del hombre, ni siquiera los derechos del animal doméstico, hoy consagrados prácticamente en todos los países civilizados. Sin embargo, es innegable que ellos tienen un derecho más legítimo que nosotros a la tierra en que nosotros vivimos y al aire libre que nosotros respiramos; no reconocerlo así siquiera en parte, constituye la más monstruosa injusticia histórica que se ha cometido en el mundo. ¿Cómo vamos a condenar, pues, la rebelión de los guajiros de los indios de Tierradentro, que también en éstos momentos están sobre las armas? Su guerra a nuestra civilización es una guerra santa, justa y bella; a su lado debe militar el dios de la desesperanza sin límites y el de la libertad inalcanzable; el dios de Espartaco, de Cuauhtemoc, de Abdel-Krim y los soldados rifeños, de todos los héroes que han luchado contra la inequidad abrumadora.

Primera crónica



La incertidumbre

Se ha roto la confianza que todos teníamos en nuestras paredes protectoras, en nuestro buen techo blanco, que todos mirábamos cariñosamente al acostarnos y que hoy contemplamos con los ojos llenos de reproche y de furor, porque la muerte está encima acurrucada y avizora.

Hace cinco días nadie duerme en esta ciudad de los sustos. Los nervios han llegado al máximo de irritación. Estamos, pues, muriéndonos de miedo. De miedo a ese monstruo invisible, que pasa apachurrando las casas, como huevos, y haciendo morir las viejecitas sin confesión.

Muchos hombres serían capaces de sentir la muerte con serenidad, frente a un toro, en un campo de batalla, pero yo sé que ninguno esperaría imperturbable un alfilerazo, sin saber de dónde viene ni conocer la mano que lo guía.

No ver al enemigo, no poderse defender, no ultrajar, no herir, estar en la incertidumbre de no saber si lo que ha de llegar viene ya o dentro de unos minutos, o nunca, nos hace temblar como cañas. El misterio nos vence.

Las noticias

Y este estado de intranquilidad, de alarma, de insomnio, que debía decrecer con la disminución del peligro o por haberse habituado un poco, persiste, sobre todo en el pueblo. Porque las noticias escalofriantes que todo el mundo hace circular, lo atizan.

Se decía que en Nazareth habían muerto muchísimas familias labriegas, y no murieron sino tres personas en un derrumbe casual. Que Bogotá se iba a hundir anoche a las doce; que Monserrate iba a despertarse con una explosión atronadora y otras atrocidades. Esto es delictuoso, pensamos. ¿Por qué llevar la intranquilidad y el pavor a las buenas gentes del pueblo, que son extrañamente propensas a creer las mayores absurdidades y a pensar que estas cosas tienen causas divinas o diablicas?. Esto debe ser un delito, repetimos.

Cuando en vez de aterrorizar, se podría sacar algo bueno de estos fenómenos, explicando su naturalidad y destruyendo ciertas supersticiones extravagantes que entorpecen la mente de las multitudes.

Ahora

Ahora, precisamente, cuando se anuncia el paso de un nuevo cometa ante nuestros ojos ingenuos, los padres en sus casas, los maestros en sus cátedras y los periodistas en sus papeles, debían aunarse para destruir esas creencias absurdas que privan en el pueblo sobre la influencia nefasta de los cometas, para evitar las escenas ridículas y lamentables que otras veces hemos visto.



La pobreza

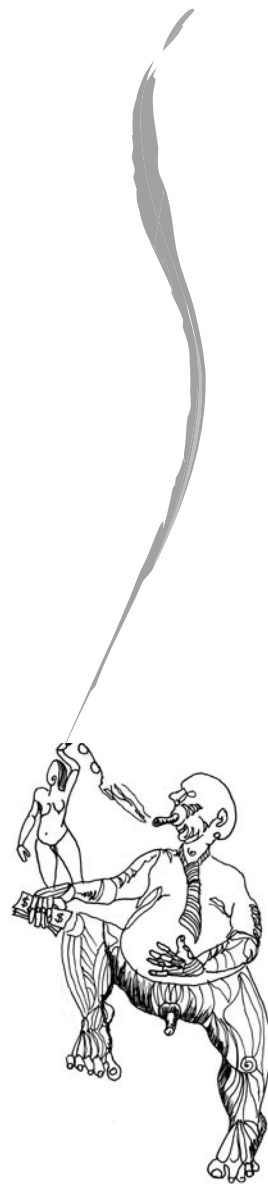


En estos críticos momentos que atravesamos, no sería inconveniente hacer algunas menudas observaciones acerca de la pobreza como método necesario de vida. Los que tenemos la fortuna, inestimable hoy más que nunca, de no ser banqueros, ni cafeteros, ni empresarios, ni comerciantes, ni propietarios, y no tenemos por lo tanto nada que perder ni que ganar en este río revuelto, podemos apreciar ahora desde un buen punto de vista práctico, las grandes ventajas de la pobreza y sus excelencias como elemento decisivo para la tranquilidad personal y la felicidad general en el mundo.

No voy a recomendar la pobreza como una virtud más o menos indispensable para alcanzar el cielo, tampoco voy a predicar a los millonarios que repartan cuanto antes sus riquezas ni a decir a las gentes que dividan su capa con el prójimo y se metan a vivir con Diógenes debajo de un tonel vacío. Soy enemigo convencido de esa clase de aparatosos heroísmos sentimentales: los movimientos demasiado caritativos me infunden cierta desconfianza y el altruismo sistemático me parece una de las peores manías. Simplemente quiero insinuar que la

pobreza decente, holgada y sencilla es en este siglo profundamente igualitario y violento, una base de seguridad personal y una garantía de paz y de estabilidad. Hay más: creo que la pobreza es un magnífico negocio, quizá el único magnífico negocio que se pueda hacer hoy con seguros resultados prácticos para el porvenir. Es evidente que el mundo económico se ha transformado de raíz y seguirá transformándose más; los que tienen algo que perder, sin duda lo perderán hoy o mañana, o al menos, sufrirán las zozobras de la situación y el espanto del peligro inmediato; en cambio, a los que no tienen nada que perder, lo peor que les puede pasar será continuar como están, aunque es más probable que ganen algo, pues siempre sucede que cuando unos se arruinan, otros mejoran proporcionalmente. Pero hay una cosa todavía más grave, y es el trastorno social que hay en el mundo: la revolución, el advenimiento de los desarrapados y de los pequeños. La demasiada riqueza se ha convertido en un peligro para el que la posee; como el hereje en otras épocas, el millonario se ha hecho hoy un poco sospechoso: no vale la pena, pues, acumular durante laboriosos años de trabajo un tesoro, para que cualquier día lleguen las gentes feroces y no sólo lo despojen a uno, sino que hasta lo ahorquen de un árbol de la plaza mayor. En este caso, que ha sucedido con frecuencia y que sin duda seguirá sucediendo, los pobres, es claro, no correrán ningún riesgo; al contrario, se harán a méritos entre los probables vencedores.

Pero lo más excelente de la pobreza, hoy, es que se ha convertido al fin en una cualidad rara y difícil, solamente apreciada por los hombres de verdadero gusto. Cualquiera puede ser rico: le basta economizar y trabajar, cualidades negativas y puramente mecánicas; las posibilidades de trabajo se han



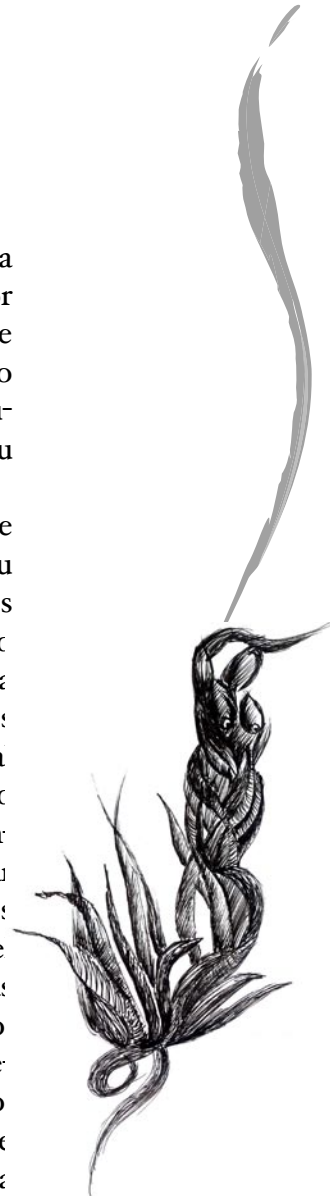
multiplicado y la nada envidiable virtud de la economía se ha hecho general: cualquier muchacho formal se consigue una fortuna cuando menos lo piensa. En cambio, la pobreza se ha vuelto casi imposible; se necesita, además, de una considerable cantidad de talento, cierta energía firme para ser pobre, para no entregarse con loca ansiedad a los negocios fáciles y demasiado productivos. Antes, un hombre de buen gusto podía ser rico sin escrúpulos estéticos; los placeres de la riqueza no se habían popularizado tanto, no se habían hecho tan comunes y tan accesibles a todos. Hay una invasión formidable y tenaz de loa “nuevos ricos”, con sus ostentaciones estrepitosas, ha hecho que las más exquisitas comodidades se vuelvan detestables y vulgares. ¿Quién podrá llevar ya joyas preciosas en las manos, en la corbata, en la cadena del reloj, si todos los fabricantes de conservas las llevan en radiante abundancia? ¿Quién podrá guiar su automóvil si el negociante en novillos y el político barrigón y el prendero de la esquina, llevan los suyos de mil colores y

nos lo meten a cada paso por las narices? El champaña, la seda, el frac, los diamantes, los palacios suntuosos, los finos muebles, todo se ha prostituido hasta un grado ínfimo y no merece la pena de esforzarse un poco para disfrutarlo. El hombre verdaderamente aristocrático del porvenir buscará los placeres modestos y vivirá inadvertido dentro de una pobreza digna y voluntaria: llevará las manos desnudas, vestirá sencillamente, andará a pie por las calles y los paseos, odiará el sombrero de copa, prenda de aurigas, y el champaña, bebida de filipichines; no tendrá preocupaciones sociales, porque la sociedad se hará aún más fatua y vulgar, y detestará las mansiones modernas de fachadas pretenciosas y demasiado impersonales, para habitar la clásica casita española de amplio patio sombreado y dulces tejas rojas. La pobreza así será el método ideal de vida, y sólo cuando los ricos se resuelvan a ser pobres por imitación o por envidia, entonces empezaremos nosotros a ser ricos de nuevo, para sostener el contraste.

Valencia o la belleza que pasa

Robándole una comparación a Juancho Uribe, podría decirse que la prosa de José Umaña parece un “bejuquero” por lo enredada y compleja; pero a menudo asume cierta noble entonación lírica que subyuga, y no falta de cuando en cuando en el fondo de la armoniosa hojarasca una idea sutil o un argumento razonable; así lo comprobamos con fiera alegría en su réplica de ayer.

No es en verdad difícil defender y elogiar la obra rutilante de Valencia; nosotros, por otra parte, no le hemos negado ni su perfección intrínseca ni su grandeza relativa, y aun pasaríamos por alto los plagios evidentes y el exotismo —esa incapacidad esencial, esa impotencia para crear, esa afeminación vergonzosa del espíritu que se deja poseer y suplantar por personalidades remotas, ajenas a su medio, a su tierra, a su raza— si, al fin y a cabo, la obra magnífica tuviera una eficacia actual, una vitalidad permanente, pero después del esfuerzo máximo de Ritos. Valencia no ha logrado superarse a sí mismo, no ha logrado marchar al paso ligero y subversivo del tiempo. Indudablemente, Ritos fue un libro bello hace treinta años, en una época en que el público inteligente, sujeto a las mismas influencias literarias que el poeta, estaba preparado para admirarlo y comprenderlo pero hoy los hombres no son los mismos de entonces y numerosas y hondas inquietudes estéticas han nacido en el mundo puede decirse que la belleza misma ha cambiado lentamente de sentido, porque la belleza no es ni puede ser una perpetua



actitud idéntica a sí misma, indiferente al tiempo y al hombre; no, la belleza está en el sujeto, en nosotros, en nuestra capacidad de emoción ante las cosas, y esa capacidad, como nosotros mismos, es aleatoria, es susceptible de modificarse, bajo el influjo laborioso y periódico de las ideas; diga lo que quiera nuestro gentil contender en elogio de los segados mármoles de la Hélade, lo cierto, lo profundamente cierto es que a nosotros ya no nos apasionan tanto las frías vírgenes de Praxíteles, como apasionaron a los hombres del Renacimiento; admiramos más o menos ese sentido clásico de belleza, pero, confesémoslo, nos conmueve y nos subyuga mucho más la figura inarmónica, mística y terrible de esa mujer moderna que va por la calle, con sus enormes ojos llenos de alma y de misterio. No en vano llevamos encima dos o tres centurias de civilización atormentada y compleja.

Y si el concepto de la belleza se modifica y se subvierte, debemos exigirle al poeta, por lo menos, que marche paralelamente a ese proceso, si no es capaz de intuir los venideros que recoja en su obra las ansiedades revolucionarias que cada época trae consigo. Valencia, miope y retrospectivo, no lo ha hecho así, y por eso no puede instituirse en el rector espiritual de las juventudes de hoy. Fue un poeta, quizá en cierto momento propicio, pero no será el poeta de siempre, porque aquel

momento, con las circunstancias especiales que lo rodean, no ser repetirá jamás.

Pero hay, sin embargo, grandes poetas que lo fueron no sólo en su época sino en las épocas próximas también, por el fermento intuitivo que animó sus obras o por la fecunda realidad terrígena que los ligó perennemente a un suelo, a una patria; Silva, por ejemplo, el inmortal, el que logró encajonar dentro de formas sorprendentemente nuevas, una rica y activa sustancia romántica que aún nos conmueve, que aún alcanza a ponerse en contacto vivo con nosotros, por lo que allí de enérgicamente personal, por lo saturada que está toda su obra de nuestro ambiente peculiar. Silva es el poeta verdadero; Valencia, el insigne misticador.

Y para concluir esta ligera nota queremos hacer a Umaña Bernal una pequeña rectificación: él afirma la superioridad de Los Camellos sobre Los Elefantes de Lecomte; pero la distancia capital que existe entre los dos poemas es de determinación muy sencilla: que Los Elefantes fueron concebidos y lanzados al mundo antes que Los Camellos y Lecomte apareció como creador del género; es lo mismo que sucede con la Venus del Milo que está colocada en el Louvre y las que fabrica aquí en la Carrera Séptima el señor Tito Ricci, tan admirables y tan perfectas; sólo que el buen Tito Ricci no tuvo la fortuna de inventarlas.

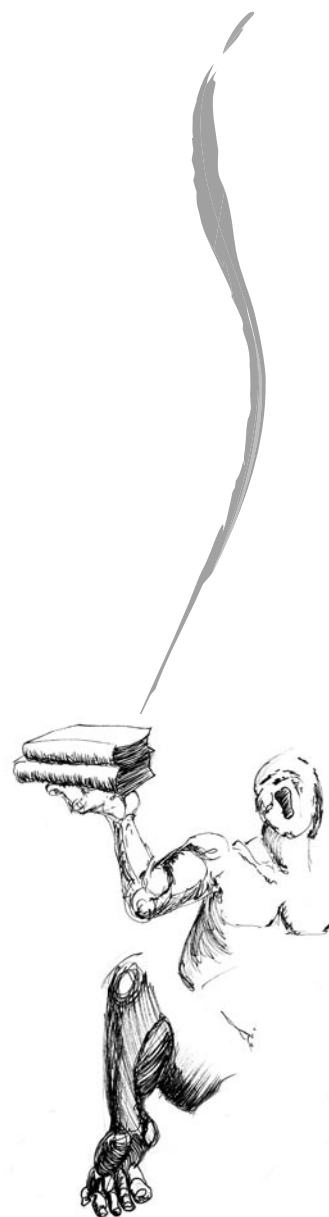
La crisis de la vida intelectual

La Comisión Internacional de cooperación intelectual instituida por la Asamblea de la Sociedad de las Naciones, se reunió hace poco en Génova, en sesión plena, bajo la presidencia de M. Henry Bergson.

La comisión de la mesa leyó la exposición de algunos sabios y literatos a quienes se les había encomendado inquirir sobre la situación del trabajo intelectual en los principales países del mundo civilizado. M de Reinold, encargado de esa encuesta en Alemania, Holanda, los países escandinavos, y entre los intelectuales de la migración rusa, concluyó diciendo en su informe que, aun en los países neutrales, durante la guerra pasada, la vida intelectual sufre una crisis profunda, no sólo como consecuencia de las calamidades económicas, sino además, con motivo de la indiferencia de los gobiernos y del público hacia la ciencia y el arte desinteresado.

M. Castella, encargado especialmente de lo que concernía a Suiza, declaró que allí la crisis de la cultura es general y que los estudios de toda índole se van haciendo cada vez más utilitaristas, exceptuando sólo las actividades históricas, que son las únicas que logran atraer todavía un interés vivo por parte del público.

M. Luchaire, que tuvo a su cargo la investigación en los países latinos, constata también una crisis de la ciencia pura en Francia y la disminución creciente del amor al trabajo intelectual desinteresado.





En el mismo sentido, más o menos, se expresaron M. Depsch, Halscki, Reverdin, De Castro y Bannerjea, a quienes se les encomendó la encuesta en Austria, Bolonia, los países bálticos, los Estados Unidos, América Latina y la India.

Se ha verificado, pues, en una forma bastante general y muy aproximada, el descenso, la relajación de la vida intelectual, que era visible ya en el mundo. Es verdad cómo se estaba empezando a creer que la ciencia pura y el arte puro disminuyen en intensidad y calidad y pierden poco a poco ese sentido de la posteridad, esa clásica dignidad orgullosa, llena de conciencia futurista que les impedía transigir con la angustia económica del momento en perjuicio de la excelencia de la perfección posible de la obra.

El trabajo intelectual, en sus aspectos más elevados de investigación científica, de especulación idealista, de creación de belleza eterna, está abandonando su larga y gloriosa tradición de apostolado desinteresado y está haciéndose

relativo y circunstancial, oportunista y utilitario. El filósofo se ha hecho galante y mundano y acomoda su visión del universo al gusto de las señoritas elegantes; el sabio pone su capacidad investigadora al servicio del simple progreso industrial; el artista se vende al mercader, que comercializa la belleza de todas las formas posibles; el poeta hace el elogio rítmico de los específicos y de los ungüentos o escribe sobre medidas para las revistas y los periódicos; el novelista fabrica folletines halagüeños.

Esta crisis general de la cultura es lógica y explicable, porque no era presumible en la época en que la bailarina mediocre se enriquece exhibiendo sus piernas, y el odioso tenor de ópera acumula millones en el ejercicio de su arte inferior y el brutal campeón de boxeo es fabulosamente retribuido, y el execrable tipo de peluquero gana más que mil profesores de universidad, no era presumible que en

medio de la munificencia circulante, sólo el trabajador intelectual permaneciera sumido en la dolorosa estrechez económica, acorralado dentro de la miserable vida del proletariado; tenía que venir una reacción inconsciente, estimulada por el instinto natural que impulsa a la holgura y al confort y por el ejemplo circundante de los otros órdenes de actividad intelectual mercantil, que han logrado independizarse y prosperar económicamente. Por eso el intelectual clásico puro empieza a claudicar acosado por el sentimiento de la inferioridad social, de las malas condiciones de vida a que se le ha relegado, por olvido, por ingratitud y por incompreensión; el intelectual empieza a abandonar su guardilla pobre y eminente, de donde ha salido todo lo grande y lo bello que hay hoy teórica y prácticamente, y a descender al tumultuoso y pingüe tinglado del mercado público en que todo se vende y se compra.

El regreso de las ideas

Se empieza a recomendar, desde diversos sectores de la opinión, la necesidad de un regreso a la política de las ideas; o mejor, la necesidad de una reacción intelectual contra el personalismo, ese fenómeno de decadencia política que está presentándose entre nosotros con caracteres singularmente agudos.

Existe indudablemente una crisis de las ideas; la fisonomía doctrinaria de los partidos ha desaparecido por eliminación y ha sido sustituida por la simple actividad temperamental de los hombres; el jefe, el líder, no es ya en nuestra política un signo accidental representativo, conductor de una bandera de principios ideales colectivos; es la política misma; el partido se ha confundido con el líder; el líder puede decir: “el partido soy yo”.

Dentro de esta forma rudimentaria de encarnación personal, la política corre el peligro de hacerse puramente sentimental restringiéndose hasta interpretar nada más que las pasiones peculiares del individuo; y éste sería el mejor caso, porque podría correr también el peligro todavía más grave, de interpretar sus ambiciones particulares y colocarse exclusivamente al servicio de ellas; pero en todos los casos, la política personalista tiene que ser estéril, si no,

aparentemente, en su aplicación inmediata, sí, necesariamente, en sus proyecciones posibles sobre el porvenir: porque sólo las ideas sistemáticas, los ideales abstractos, son susceptibles de fecundidad futurista.

Y hay que agregar que la presencia del personalismo político significa que hay en la conciencia pública un eclipse, más o menos momentáneo y completo, de los mejores principios democráticos; el líder absoluto encarna un tipo esencial de tirano en perspectiva, que lo será prácticamente en la realidad nacional, cuando pueda sustituir su fórmula de: “el partido soy yo”, por esta otra más general y comprensiva: “el Estado soy yo”.

Alcanzamos, pues, un momento singularmente interesante en la evolución de nuestra vida política, un momento que podríamos llamar decisivo. Y es evidente que en esta vía de declive que está emprendiendo la política hacia la confusión caótica, se impone un movimiento reaccionario en que deben tomar parte principalmente las fuerzas jóvenes de todos los partidos. Pero quizá esta reacción no podría hacerse como se ha hecho en un sentido de “regreso a las ideas”, o mejor, como un remonte ideal de los partidos hacia sus cauces tradicionales donde rejuvenecerían

su fisonomía doctrinaria; y no puede hacerse así, porque las ideologías tradicionales de ambos partidos se han agotado por caducidad completa, irresucitable, o por realización en la nacional; los conflictos ideales que hacían posible antaño la lucha política doctrinario han sido transados y se hallan incrustados en las instituciones; y si alguno de ellos no lo ha sido todavía, la transacción es sin embargo posible e inminente, y en todo caso, la existencia vital de ese conflicto, no alcanzaría a llenar totalmente un programa doctrinario. Por eso los partidos, hoy, no pueden “regresar”; tienen forzosa y necesariamente que mirar hacia el porvenir y determinar la reacción que exige el momento actual, en un sentido de avance, de transformación.

Pero he aquí que, en el panorama del porvenir, no existe tampoco un ideal estrictamente filosófico que pueda dividir esencialmente a los partidos y renovar a fondo sus viejas ideologías agotadas. O si existe es sólo en una forma parcial vinculada íntimamente a la economía política; y por eso es aquí, en el terreno de la economía, en el único en que realmente pueden dividirse hoy los partidos y encontrar ideales nuevos, perfectamente definidos; en el concepto de organización de la producción, en el concepto de la función del Estado en relación con la vida económica y en otras nociones económicas similares, es en lo único en que los partidos pueden encontrar ya ideales fundamentales de renovación y también puntos fundamentales de disidencia.

So pena de desaparecer de la vida nacional como fuerzas políticas, o de hundirse en el caos bárbaro del personalismo, los partidos tienen que adoptar, no puntos de vista circunstanciales, sino ideologías económicas esenciales, que asuman un carácter enérgico de fermento doctrinario, que contemplan sistemas renovadores de la organización económica del país.



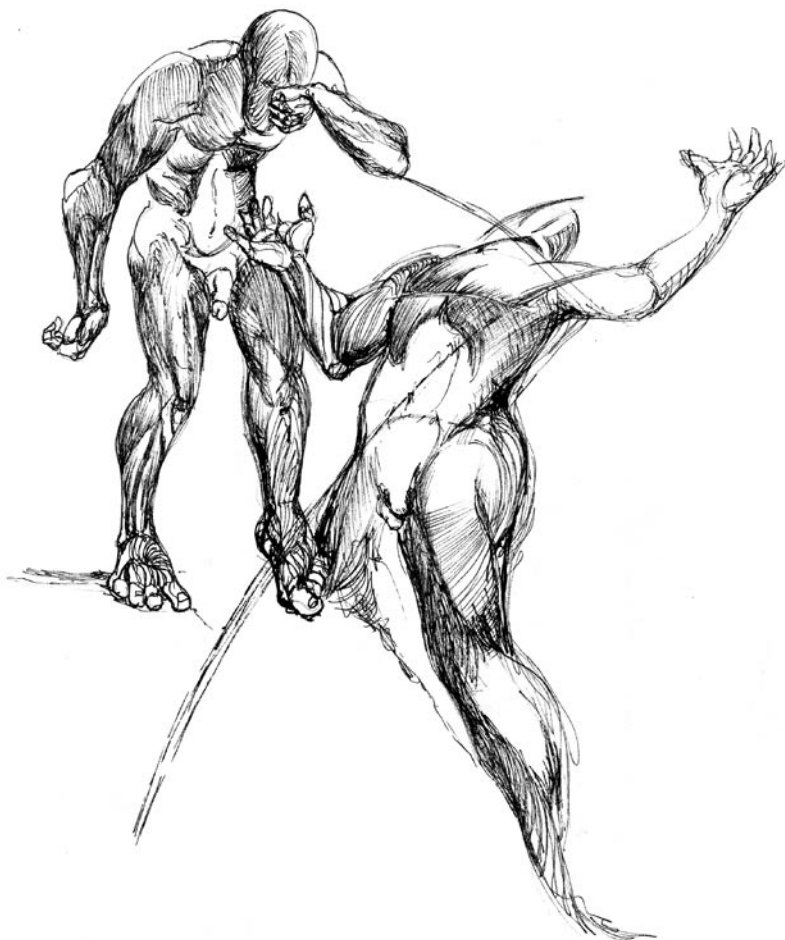
La canción de la bala

La civilización va a desaparecer víctima de una pequeña máquina hija de la civilización: el revólver.

El revólver, catapulta de bolsillo, que lanza la bala leve, ágil y perforante. La bala es la polilla de la humanidad; como microbio tenaz roe y pudre las entrañas de los hombres y convierte en polvo la carne.

Gusanillo de hierro, devorador de cadáveres vivos, hermano de los gusanos de las tumbas; ejecutor de justicias, mensajero de rencores, caballero alado de la muerte.

¿Qué pensará el buen obrero de ojos sencillos, que habita probablemente en la casita blanca de arrabal y tiene tres niños retozones y una mujer alegre y sonrosada; qué pensará el buen obrero al forjar las balas en su taller? No sabrá, sin duda, que esa, tan esbelta y pulida, impulsada por la mano ilusa del ácrata, irá a taladrar la frente de un rey;



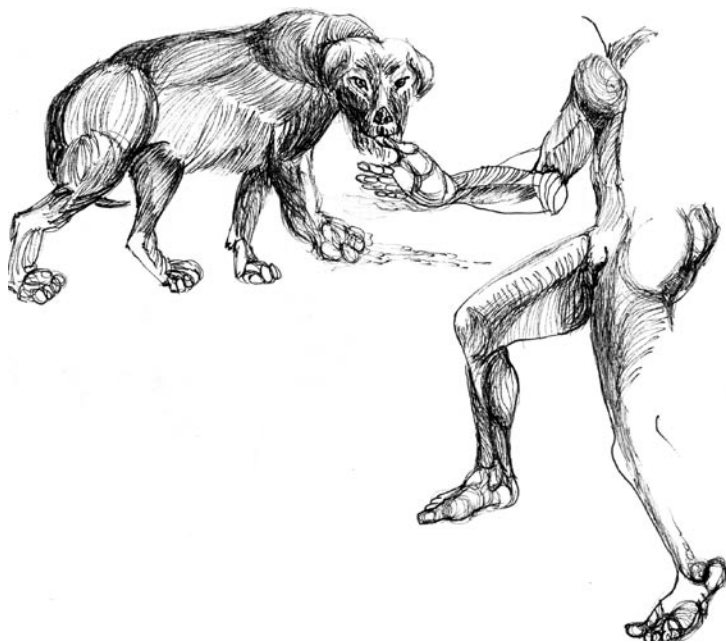
ni que esa otra, vibrante y fría, desgarrará el seno trémulo de la mujer que engañó; ni que aquella otra servirá un día al conspirador monárquico para apagar la luz libertadora en el cerebro del reformador.

Y no sabrá tampoco el buen obrero que unas y otras, las justas y las injustas, las que llevan un mensaje de odio o las que van a realizar una sublime idea, las que vengan al amante, las que suprimen al espía; las que hielan al pensador, las que atravesaron a Jaurés, sacrificado en aras de un restringido ideal patriótico y las que intentaron matar a Clemenceau, guiadas por un amplio ideal humanitario, las que derribaron a Canalejas porque era un grande hombre, y las que derribaron a Darto porque no lo era, las que eliminan a la princesa inocente, y al sátrapa oprobioso, todas van a colaborar en la oscura obra de la transformación del mundo como los ciegos gusanos de las tumbas que preparan las materia para un nuevo florecimiento.

¡Una racha admirable y misteriosa de locura cruza la tierra; en Londres gélido y en Berlín burgués, la bala, alegre y musical, canta en los oídos la canción de la muerte fecunda! Estamos, amigos míos, en la era de la bala; descubrámonos ante nuestra señora la Pistola, virgen de siete ojos y larga nariz, virgen vendada e iluminada, que trae en su seno la libertad de los pueblos; que está arrasando todas las tiranías, las aristocráticas y las democráticas, las de la sangre y las de la ambición, que está preparando el advenimiento del único reinado humano y justo: el del hombre simple, del buen hombre, del hombre.



Elegía a los perros muertos



El asesinato de los perros urbanos es un gran crimen que está cometiendo la ciudad, y que tiene ya muchos pobres hogares de duelo; en la casa, estrecha del suburbio, el perro es una prolongación vital de la familia, una especie de segundo hijo menor mimado y regalado al mismo tiempo, que comparte íntimamente la vida común y que posee una personalidad acentuada dentro del concierto familiar; se habla de él con naturalidad, se le tiene en cuenta, se le considera inconscientemente como a una débil persona querida, sin voz pero con voto efectivo en las menudas decisiones del hogar; podría decirse que se acumula en él ese excedente de cariño que siempre existe vagamente y que es, quizá, el cariño que se iba a dedicar a los niños fracasados o que se tiene en potencia para los que no han nacido todavía o para los que no nacerán ya; el perro es,

en esas casas reducidas de muy íntima y estrecha comunidad familiar, como un término medio entre el hijo menor y los hijos futuros, como una personificación anticipada de la probable descendencia.

Por eso, la matanza colectiva de perros caseros, en cierto modo, una degollación de los inocentes, una tragedia herodiana que puebla las calles de dulces cadáveres clientes y llena de dolorosa estupefacción a los corazones ingenuos que no podrán comprender jamás por qué se asesina al pequeño ser expresivo, de húmedos ojos afectuosos, de rosada lengua palpitante, de castos dientes de mujer, de profunda alma abierta a todas las virtudes heroicas; al pequeño ser tan lleno de inteligencia y de conciencia, tan eminentemente espiritual, que desaloja a nuestro rededor tanta frialdad y tanta soledad como la presencia de la mujer amada o del amigo preferido; que transcurre a nuestro lado mirándonos calladamente, con una mirada más honda, más elocuente y más conmovedora que todas las palabras del mundo, aun las santas y terribles palabras de los profetas y de los niños.

Yo no quiero que haya una alma irradiante y eterna en el hombre, ese pedazo de carne fría y brutal; pero si el alma existe como una esencia pura, noble y superviviente, allí y nada más que allí tiene que estar detrás de las pupilas cálidas del perro. Y si es verdad que hay un paraíso póstumo, una patria supraterrrestre de selección, debe ser para recibir en ella a las almas buenas de los perros; paraíso de los niños juguetones y senderos de arena donde pueda estirar sus ágiles piernas y pasear su serena alegría; y con una luna pálida por las noches para que fijen en ella sus ojos enigmáticos.



Lo poético y lo prosaico

Algún periodista de Barranquilla preguntó a Santos Chocano por qué organizaba la recitación de sus poemas en forma de espectáculo, cobrando las entradas como lo haría un empresario de teatro; y el poeta contestó que procedía así, a imitación de Paul Fort y Maeterlinck, quienes recorrieron la Argentina y los Estados Unidos ofreciendo sus ideas y sus versos de una manera rigurosamente comercial.

Estas declaraciones de Santos Chocano nos dan, a quienes no lo conocemos, una idea muy precisa acerca de su filosofía personal, de su concepto del universo.

Porque desde épocas inmemoriales, los poetas habían suelto absurdamente dividir el universo en dos partes iguales: la parte poética y la parte prosaica; pequeña, admirable y considerable la una. Y grande, fea y despreciable la otra. Y había cosas poéticas y cosas prosaicas: una rosa sobre un muro viejo, era algo singularmente poético: pero una zanahoria sobre el mismo muro, venía a ser detestablemente prosaica. Una pálida muchacha, asomada por la tarde a una ventana, constituía la imagen más poética pero no lo era, por ejemplo, un hombre con



paraguas. Era bello decir: “la vaca de los ojos claros”, peor no lo era decir: “esa vaca tiene las orejas grandes”. Y había también actitudes poéticas y actitudes prosaicas; estar con los ojos torcidos hacia arriba, el cabello arremolinado y la mano sobre el corazón, era extraordinariamente poético; pero no lo era, y sí muy prosaico, estar caído de bruces en una zanja.

Pero había algunos casos especiales, en que las diferencias introducidas por los poetas asumían un carácter realmente sorprendente, por lo absurdo; el oro, por ejemplo, no era admisible para los poetas, sino considerándolo en abstracto o aplicándolo en un sentido simbólico podía decirse “cabellos de oro, estrellas de oro, corazón de

oro”; pero en cuanto el oro, en su aspecto de artículo de cambio, empezaba a relacionarse con el comercio, ya, los poetas principiaban también a detestarlo, a considerarlo como la cosa más prosaica del mundo: un billete, aunque estuviera fuertemente respaldado por áureas barras apiladas en los sótanos del banco, era algo abominable, indigno de incluirse no digo ya en el verso, pero ni siquiera en el bolsillo de un poeta. Toda profesión productiva, todo lo que se relacionaba directamente con el dinero, era despreciado con altivez por los poetas; e igualmente despreciaban a los desgraciados que se dedicaban a acaparar esa vil cosa sucia, que es el dinero; decirle millonario a un individuo, era el colmo de la ofensa a que podía recurrir el poeta; con eso querían significar a un pequeño ser gordo y afeitado, con gruesos anillos en los dedos; a un horrible ente perfectamente prosaico, incapaz de comprender todo lo que puede haber de poético en la rosa sobre el muro derruido o en la pálida muchacha frente al crepúsculo.

Pero ya hoy no sucede así, o mejor, ya empieza a no suceder así: los poetas están adquiriendo un concepto más general y más uniforme del universo; no han dejado, sin duda, de ser sensibles al valor poético de la rosa, pero principian a ser sensibles al valor poético de la zanahoria; tan comprendido, al fin, que todo en el mundo es algo poético, inclusive el dinero.

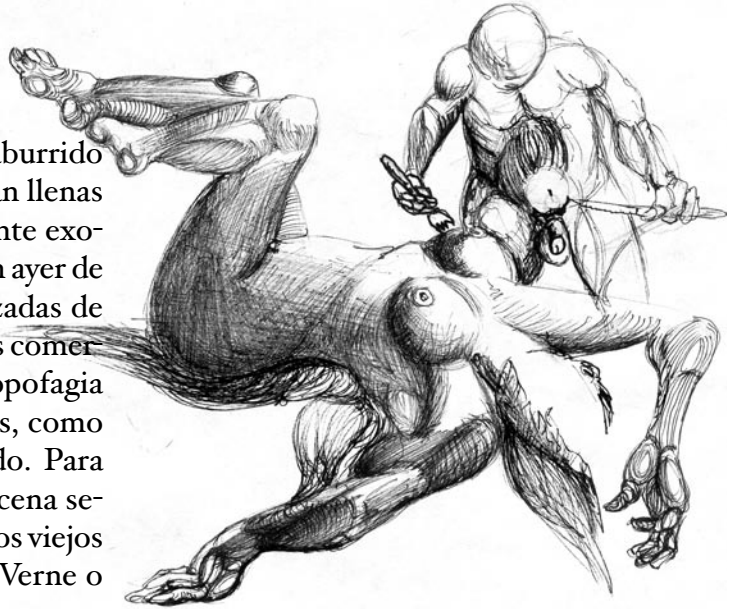
¿Y por qué no? En la realidad de la vida moderna, el dinero es el sustituto equivalente de las varitas mágicas, itan poéticas! de los cuentos de hadas; con la misma maravillosa propiedad con que las varitas mágicas convertían a un patojo en príncipe o a una princesa en dragón, el dinero convierte una choza en castillo, un limpiabotas en millonario, o un poeta en comerciante.



Antropofagia

Son muy raras ya dentro el aburrido panorama cotidiano, las noticias tan llenas de emoción, de color y de penetrante exotismo como ésta que nos comunican ayer de la Costa; en las llanuras semicivilizadas de Bolívar, los indios se comieron a dos comerciantes. Es decir, un caso de antropofagia con todos sus caracteres primitivos, como ya casi no se produce en el mundo. Para encontrar la descripción de una escena semejante tendríamos que recurrir a los viejos libros sabidos y resabidos de Julio Verne o a las arcaicas crónicas de Indias.

Sin embargo, no podría haber nada más lógico, más natural y hasta más conveniente que la antropofagia; porque es evidente que la carne humana, debe de reunir, distribuidas en la proporción necesaria, la cantidad de sustancias más apropiadas para el alimento del hombre mismo. La carne humana, es verdaderamente el producto de una selección de elementos nutritivos verificada en ese misterioso laboratorio del organismo; al comerla, es claro que nuestro cuerpo no tendría el trabajo de eliminar nada o casi nada; todo sería en ella aprovechable y nutritivo, ¡he ahí el alimento completo, perfecto integral!



No es muy difícil comprender que, por ejemplo, a una señorita convaleciente para que se robustezca rápida y completamente deberían darle carne de señorita gorda; y a un boxeador, carne de boxeador; y a un niño, carne de niño. Cada organismo podría, asimilar así, fácilmente, las sustancias afines que necesita, en cierta proporción y cantidad matemáticas y que no pueden encontrarse sino en otro organismo semejante.

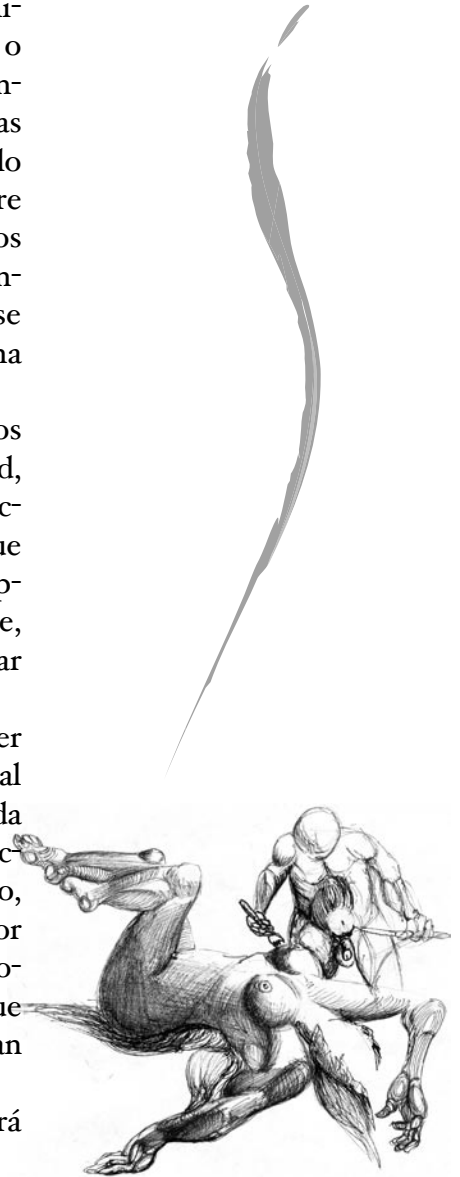
Es indudable que la ciencia moderna va derivando fatalmente hacia ese concepto terapéutico, el más lógico y el más eficaz de todos; ya existe una cantidad considerable

de elementos medicinales que no son sino extractos orgánicos que irán a robustecer las partes similares deterioradas o fatigadas de nuestro cuerpo. Y se está propagando la creencia científica de que ciertas glándulas humanas asimiladas en alguna forma por el organismo, lo rejuvenecen y hasta lo resucitan; el jugo de la glándulas adrenales inyectado sobre el corazón revive a los asfixiados y resucita realmente a los niños que nacen muertos. Esas no son sino maneras científicas e indirectas de comerse uno a sus semejantes. Ese viejo precepto latino de “similia similibus curantur” es una verdadera insinuación de antropofagia.

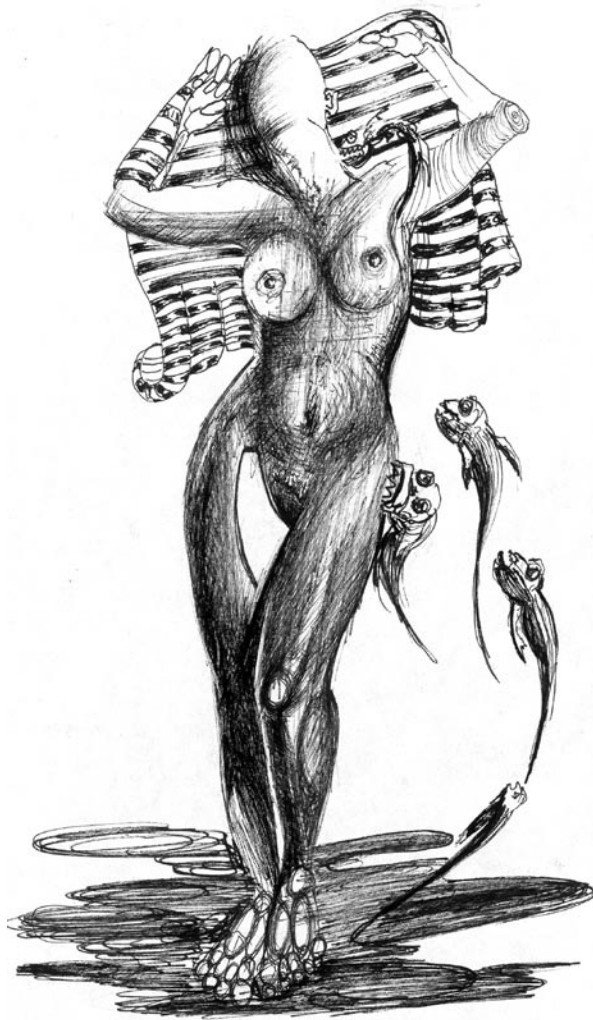
Desgraciadamente, desde hace tiempos, los prejuicios éticos y sociales, y no sé qué invertido concepto de caridad, han colocado la carne del hombre civilizado bajo la protección de la ley, en una forma absoluta. Está establecido que todos los animales se pueden comer, menos uno. Y esta excepción como todas las excepciones impuestas violentamente, es algo absurdo, algo en contra que tendrán que reaccionar al fin los mismos hombres.

Y sin embargo, la carne del hombre civilizado debe ser sencillamente deliciosa. El hombre civilizado es un animal refinado y cuidadosamente cebado; se prepara durante toda su vida como para que se lo coman. El uso del traje y la selección especial de los alimentos, hacen de su carne algo tierno, blanco y verdaderamente succulento. Hay veces que, al ver, por ejemplo, las orejas pequeñas, vivas y rosadas de esa dama rozagante que encontramos, la primera impresión imparcial que sentimos es la del hambre; y pensamos cuán agradables serían esas orejas fritas y cocinadas en una roja salsa de tomate.

¡Ah, yo confío en que, para bien de la humanidad, llegará pronto el día de la libertad de antropofagia!



La tiranía de la higiene



Yo afirmo que la Higiene se está convirtiendo en una tiranía horripilante y absoluta, contra la cual va a ser necesario rebelarse en masa. Ya el pueblo, con su instinto inefable, desconfía de ella y la odia como a un insoportable soberano, como a un verdadero aniquilador de libertades y de tradiciones, que está haciendo del mundo, antes libre, bello y pintoresco, una aburridora máquina de matar microbios.

Afortunadamente, Bogotá, ciudad conservadora y romántica por excelencia, es inaccesible a las problemáticas innovaciones de la ciencia moderna. La prueba es que las tentativas que se venían haciendo para clorificar el agua, van a fracasar por completo, y el pueblo no carece de razón al hostilizar con un murmullo confuso y sostenido esa labor química, que quizá logrará disminuir en cierta proporción los casos de tifoidea, pero que hará de aquel licor divino fresco y tónico juego de la tierra, un líquido pastoso y abominable, inexpresivo al paladar. Desde hace años se ha notado que el agua esterilizada no conserva el mismo sabor dulce y grato de las aguas naturales; luego, lo que le da su buen sabor a las aguas naturales son los microbios. Además el

agua del acueducto, hay que reconocerlo, precisamente por la respetable cantidad de bacterias que lleva en cada gota, se ha convertido en una especie de vacuna, que preserva de todas las enfermedades infecciosas, a los que tomar el agua en cantidades no dosificadas progresivamente; una vacuna demasiado abundante, puede también matar al vacunado. Se conocen casos de personas acostumbradas al agua esterilizada de Bogotá, que al ir a Girardot y tomar agua natural, se sienten atacadas de súbitas dolencias internas. Y es que un estómago sin muchos microbios de todas calidades y tamaños, está en muy malas condiciones para vivir y para viajar; la mejor manera de eliminar a los microbios es tragárselos sistemáticamente.

Aquí no necesitamos para nada de las combinaciones diabólicas de la Higiene. El agua de acueducto por dentro, y la mugre por fuera, nos guardan, gracias a Dios, contra todos los enemigos del cuerpo. Yo quisiera hacer un elogio sincero y apasionado de la mugre en Bogotá, de la buena mugre, tibia, densa y protectora, que, acumulándose sobre los poros y endureciendo la piel, da al hombre de estas heladas cumbres un atributo necesario que la naturaleza olvidadiza no le dio: la caparazón defensiva y formidable que preserva contra los fríos del invierno y contra las rachas veraniegas de Monserrate, mortales como espadas. Nadie sabría explicarse cómo las gentes limpias, felizmente muy escasas, pueden vivir en este páramo, cruzado de pulmonías por todas partes; cómo no mueren instantáneamente al salir del teatro, o al descubrirse un poco la bufanda para tomar el aperitivo. Porque la neumonías prefieren los cuellos blancos y tersos de las mujeres que se han bañado, y se dirigen como balas a las camisas perfumadas de los caballeros ricos, y sienten una



delectación espantosa por la piel olorosa a jabón fino, de los niños aristocráticos. En realidad, en estos climas, la muerte es la compañera inseparable del estropajo: bañarse y refregarse con esponjas, no es solo alborotar los microbios para que tengan oportunidad de penetrar por las narices y por los ojos, sino también abrir en cada poro un camino libre para que los enemigos dispersos en el agua y en el aire nos invadan. Además, el baño a esta altura, es un doloroso placer, algo perverso y delicioso al mismo tiempo, que asume la categoría del paraíso artificial, que puede convertirse en vicio refinado y peligroso, en pasión enfermiza, degeneradora de la voluntad; yo creo que hasta pecado será.

Que no nos quiten nuestra mugre, lo único que da color, sabor y espíritu a la ciudad, ni nos conviertan el agua dulce y bondadosa, en medicina insoportable, con olor a cosas enfrascadas de botica. Porque detrás de esas innovaciones vendrán otras y

otras, hasta que se implante entre nosotros la tiranía de la Higiene con los caracteres odiosos y opresores que tiene en los Estados Unidos, por ejemplo. Empezarán a disminuir progresivamente las libertades individuales más amables y justas, como la de fumar, la de escupir, la de besar a nuestra mujer sin enjuagarnos antes la boca con dioxógen.

La Higiene, aun cuando no fuera oprobioso, sería siempre inútil. En los Estados Unidos, el país higiénico y limpio, cuando los sabios han logrado extirpar del mundo una enfermedad vieja, la fiebre amarilla, digamos, los dioses, para vengarse, les envían una enfermedad nueva, como la parálisis infantil o les matan, con la gripa, dos o tres millones de pulcros ciudadanos... Pero la Higiene no solo es inútil, sino oprobiosa, irresistible, alarmante. La próxima revolución mundial va a ser contra la Higiene. Y esa será de la pocas revoluciones razonables.

La cola

Aquel griego sutil que amputó la cola de su perro en un raptó de irónico buen humor, no adivinaba quizá en toda su magnitud, el significado profundo, con proyecciones espirituales, que ese apéndice carnosó y peludo tiene en relación con la vida de los animales superiores.

En la cola reside indudablemente el equilibrio físico, y yo creo que también el sentido del equilibrio intelectual de los mamíferos. Me dicen que un pobre perro sin cola es incapaz de pasar un puente estrecho; esto, aun cuando no fuera cierto, es verosímil y lógico. La cola es para el animalillo como la palanca que el bailarín lleva en la cuerda y que le ayuda a distribuir las fuerzas y los pesos, cuando el cuerpo va a inclinarse demasiado a un lado o a otro. La palanca es la cola del bailarín; le infunde confianza, le encuentra no sé qué invisibles puntos de apoyo en el espacio y lo guía a lo largo de la cuerda, si que se interrumpa esa situación sutilísima y matemática que llamamos equilibrio.

Ahora bien: un perro sin cola es, además, el pequeño melancólico y chiflado por excelencia; ambulante y lleno de leves caprichos, parece que un eje secreto se ha roto en él, que falta a su vida una dirección precisa y ordenada, que su existencia ya no tiene razón de ser porque ha perdido su fin ideal. No me extrañaría que ese perro se hiciera misántropo y hasta que empezara a elucubrar teorías metafísicas y a preguntarse qué puede haber más allá de la vida y cuál es el principio y el fin de las cosas. Claro: el infeliz ha perdido el sentido del equilibrio intelectual, se ha desorbitado, es casi un hombre.





¿Y el hombre? ¿La falta, o mejor dicho la pérdida de la cola ha influido en él espiritualmente? Porque es innegable que el hombre tenía cola; cualquiera puede cerciorarse personalmente, palpando con discreción los vestigios ancestrales de ese adminículo que llevaron, completo y movable, nuestros abuelos remotos.

En el hombre actual la falta de cola es un defecto verdaderamente esencial, que yo no he podido resignarme a aceptar del todo; a veces en la calle pienso que todos los que van delante de mí, la levantan cuidadosamente enroscada debajo de la americana, y me asalta la extraña presunción de que yo soy el único que no la tengo, convirtiéndome por eso en el ser más desgraciado de la tierra.

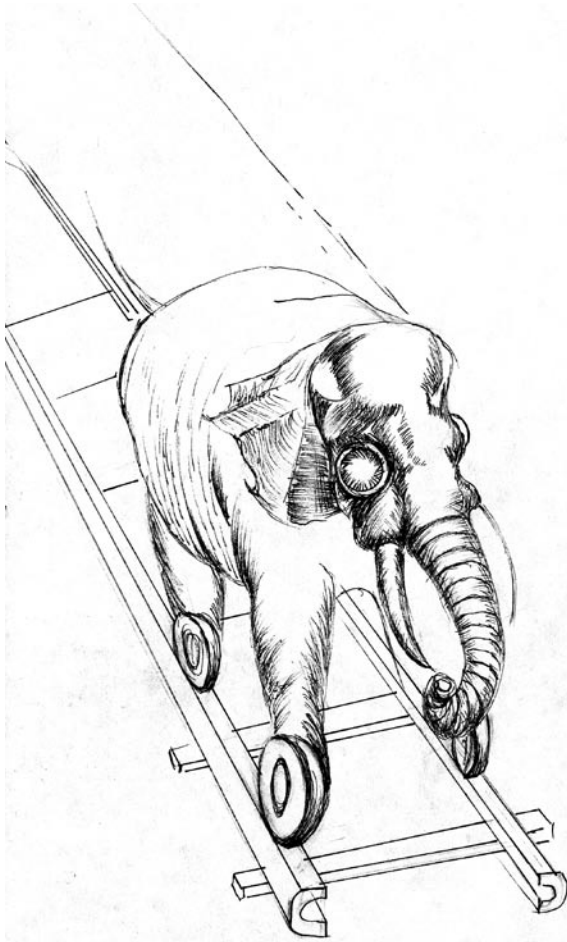
Pero en fin: sea que haya ido extinguiéndose lentamente o que un dios caprichoso -como Alcibíades a su perro- la recortó de un tajo en alguna mañana inmemorial. Lo cierto es que esa deficiencia, ha influido en el hombre de una manera definitiva. ¿Por qué entonces, afirmaba Pascal “que el hombre es el único ser imperfecto” y por qué solía decir el doctor Garavito, que el hombre “es un animal loco”? Os ruego que meditéis en esas dos frases, buscándoles la sutil analogía que tienen; sí, el hombre es un animal loco e imperfecto; una rotura primordial lo ha desenterrado,

lo ha dejado sonámbulo y errabundo dentro de la modernidad; lleno de apetitos inconmensurables, de extraños anhelos, de torturantes cavilaciones, el hombre tiende siempre a salirse de la órbita que le ha sido designada en la naturaleza. La sabiduría y la perfección de los otros animales, sobre todo de los que tienen cola, está en el sometimiento inconsciente y maravilloso a su destino; el caballo, por ejemplo, nunca desearía dejar de ser caballo; tranquilo y feliz, vive sujeto a su sino, y no trata de salirse de la escala que le corresponde en la naturaleza; es perfecto. El hombre en cambio, trata de modificarse a sí mismo,

lleno de ansias infinitas, complicando su existencia cada día un poco más; solo en él se encuentra el descontento metafísico, la inconformidad trascendental; sólo él no es feliz. En relación a los otros animales, el hombre es como el cometa, ambulante y perdido, en relación a los astros que poseen su órbita fija y la recorren ecuánimes, sencillos, humildes, desde el principio hasta el fin de los tiempos.

Y es que al hombre le falta una batuta, una palanca, un índice que guíe y sostenga su equilibrio: al hombre le falta la cola, cabo flexible y prodigioso que amarra la inteligencia loca a la realidad de la vida.

La locomotora



A pesar de todo lo que se dice a favor de la sabiduría de la naturaleza, yo no creo que la naturaleza sea capaz de crear obras iguales en belleza y perfección a las que salen a veces de la mano del hombre.

¿Cuándo nos dará la naturaleza una catedral gótica? Podría afirmarse que jamás; sin embargo, la naturaleza ha pretendido indudablemente imitar la obra del hombre; por ejemplo, siguiendo la idea esbelta y geométrica de la catedral gótica, la naturaleza ha hecho el pino, imitación pálida y desmirriada que acusa pobreza de ejecución y falta evidente de sentido artístico.

Pero en la obra del hombre hay cosas de una originalidad tan difícil y compleja, que la naturaleza no ha intentado siquiera imitarlas. Entre ellas está la locomotora, ser misterioso y maravilloso; que yo sepa, ningún jesuita geólogo ha encontrado en los terrenos secundarios, terciario o cuaternario. Entre los fósiles de la extraña fauna prehistórica, nada semejante a una locomotora. Aquellos paquidermos pausados y contrahechos, de cuellos demasiado largos y piernas demasiado cortas, o viceversa, que poblaron los bosques antediluvianos, constituyeron evidentemente un ensayo de la naturaleza,

penoso y consecutivo, para encontrar la forma posible de ese ser monstruoso y ligero al mismo tiempo, terrible y sencillo que la naturaleza buscaba en vano. Al fin hubo de quedarse en el elefante, y paró ahí su instinto creador.

Pero el elefante no encarna aún perfectamente aquel ideal perseguido; no es lo suficientemente bello ni lo suficientemente poderoso, ni lo suficientemente rápido para constituir el tipo perfecto de monstruo que necesita el mundo. Y no lo es puesto que el hombre se vio obligado a crear la locomotora para llenar el vacío que la naturaleza no pudo llenar, a pesar de sus laboriosas y hasta cierto punto admirables tentativas.

La locomotora es la síntesis de la fuerza suprema y de la alada ligereza. Poderosa y tierna, va por los campos veloz como la mariposa, pero aplasta como el formidable alud. Es un ser vivo y completo; tiene ojos que escrutan en la noche con intensidad sobrehumana; tiene un corazón detonante, cálido y nervioso, que arroja hacia nosotros su hálito vivificador, confianzudo y loco como el respirar fragoso de un ser que nos ama y solloza sobre nuestro pecho; tiene pies perfectos y ligeros, más que el casco del caballo y que la planta del hombre; porque el mecanismo de sus bielas y sus ruedas la hace deslizarse ágil, esbelta y desmelenada, semejante a una aparición ultraterrestre.

A este dulce monstruo no le fue concebido el torbellino del sexo, pero es falaz, cruel y testarudo como una bella mujer; quizá fue mejor así, porque si no, todos los débiles y pequeños hombres nos prenderíamos de su gracia terrible y anhelaríamos sentir su abrazo crepitante y mortal. Así, asexual y espeluznante, son más perfectas, y así la amamos y nos ama, puesto que a veces nos mata.



Los retratos

¿Hay en los retratos algo siquiera del espíritu de las personas retratadas? No lo sé. Ayer mi mejor amiga me ha obsequiado uno suyo, hecho con primor por el señor fotógrafo; yo lo contemplé largamente y no supe después qué hacer de él; al fin, lo puse al revés, sobre la pared de mi cuarto, porque yo quiero de verdad a esa muchacha enigmática y no me gustaría contemplarla siempre en esta posición fija, imperturbable y un poco falsa, un poco estirada, que adoptan todos los retratos, por más naturales que pretendan aparecer.

¿Qué es lo que amamos en una mujer: lo que la asemeja a las otras mujeres o lo que la diferencia de ellas? Todas las mujeres tienen ojos, todas las mujeres tienen boca, todas las mujeres tienen pies, pero todas las mujeres son distintas en la manera de mirar, en la manera de hablar y en la manera de caminar. Solo en estas tres cosas, la mirada, la voz y el movimiento, se siente la personalidad propia, original y más o menos poderosa de una mujer, porque solo estas tres cosas son eminentemente espirituales, puesto que tienen su génesis y reciben su impulso de ese misterioso depósito de fuerzas interiores, que es sin duda



lo que queremos llamar alma. En estas tres cosas, cuando se acentúan al influjo de un espíritu superior, está el secreto de la gracia envolvente, irresistible y terrible que hace de ciertas mujeres un centro magnético, un foco de atracción fatal y deliciosa. Y esas tres cosas son precisamente las que están “muertas” en todos los retratos.

Este que tengo aquí representa la quietud absoluta; pero yo lo que amo en aquella

dulce amiga, es su movilidad; amo las variaciones infinitas de su manera de mirar, desde el pestañeo fulgurante, acompañado, de un leve fruncido de cejas, que indica el asombro ante una pregunta inesperada, hasta la mirada amplia, honda y triste de los momentos de duda, o la fijeza penetrante cuando quiere decir algo “sin palabras”; amo también su voz, porque la voz ¿no es algo todavía más vivo, más vital, más enérgico que la mirada, y al mismo tiempo, o por esto mismo, más espiritual? Esta voz de modulación innumeras es sorda y concentrada en el instante de la ternura, cuando, las palabras detenidas mucho tiempo dentro del pecho, salen al fin, entre dientes, como brasas; franca y abierta cuando refiere “una historia”, y mimosa y suave cuando amenaza, fingiendo rencor. Y amo, sobre todo, su movimiento: grave y elástico en la marcha; ágil, con agilidad felina y firme cuando salte la pequeña zanja o el caño estrecho de la calle; ligero y fugitivo cuando, al llegar a la casa, traspasa el umbral.

¡Ah!, el movimiento tiene en ciertas mujeres un sentido místico y recóndito, un no sé qué trascendente que las incorpora más visiblemente que a todos los otros seres, al ritmo del mundo, que hace sensibles en ellas de un modo singular la armonía inefable del Universo. Y, dentro de una significación más relativa, el movimiento hace que los perfiles sean siempre fugaces, borrosos, inaprehensibles: por eso nunca vemos a una mujer de la misma manera y siempre encontramos en ella, a lo largo de esa mudabilidad infinita, una faz, una actitud levemente nueva. A cada minuto esa mujer es distinta para mí, y ese es su encanto.

¿Cómo voy a tolerar entonces, ese retrato desesperante sobre mi mesa, si en él, ella aparecerá a mis ojos eternamente igual a sí misma?



Oración para que no muera Lenin



¡Oh, Parcas silenciosas, ya que lleváis en vuestros ágiles dedos los hilos de la vida de los hombres detened un instante la tijera tremenda ante ese más puro, más fuerte y más bello que todos: porque ese es Lenin, Nuestro Señor!

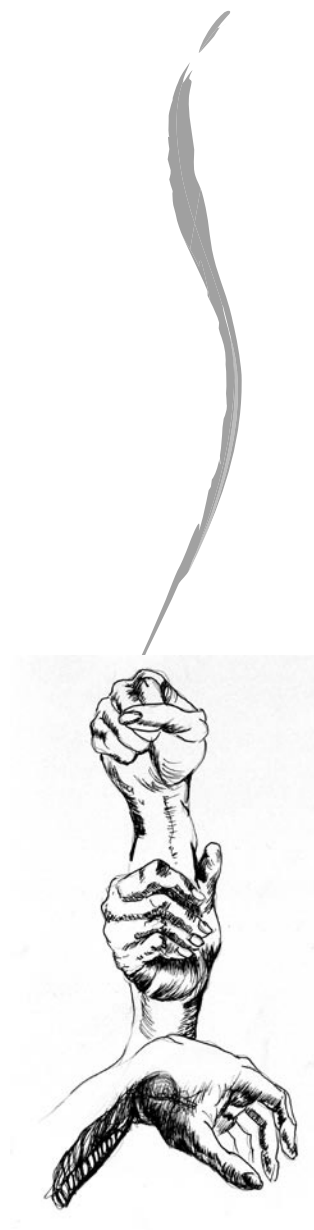
Que caigan Wilson de Londres y Rathenau en Berlín; que la hoz lívida de la muerte siegue oscuras cabezas a lo ancho y a lo largo de la tierra. Está bien: la carne y la sangre de los hombres rejuvenecen el mundo fatigado y lo fecundan; pero que no llegue aún hasta el Kremlin de cúpulas nevadas, porque ahí bajo la bóveda de oro yace el espíritu del redentor.

Solo él es necesario hoy al porvenir; es el piloto en el caos; el que lleva la luz en la oscuridad, la única y última esperanza de los pueblos. Porque, ¿a dónde iría a parar el mundo bajo la zarpa astuta y cruel de los George, de los Celemenceau, de los Poincaré, de los falsificadores de democracia, tiranos de americana, conquistadores de sombrero de copa, si no aparece en el confín de la estepa el sublime, Cristo hiperbóreo

de ojos oblicuos, de barbas endrinas, de sencillo y misterioso paso? Al soplo de sus labios sinceros, las pequeñas almas, los espíritus humildes destripados y ennegrecidos por la esclavitud, todos los que no alcanzaron a ser redimidos en Jerusalén, se irguieron entre el lodo, significados por la llama santa de la rebelión; el mujik se hizo hombre y se hizo hombre el oprimido proletario de la ciudad; y se vio el espectáculo doloroso y maravilloso de una humanidad envejecida que empieza a mudar de piel.

Porque solo él, genio destructor y constructor, lleno de nuevas soluciones, ha sido capaz de poner un poco de orden en la vida que se había vuelto angustiada y caótica; él la está transformando, la está haciendo más humana, más sincera, más equitativa; puesto que el sol y la felicidad son para todos, él está dando a cada uno de los pobres hombres la parte de sol y de felicidad que les corresponde.

Por eso es necesario que el redentor no desaparezca todavía, que sus ojos supervivientes no se cierren ni sus manos creadoras se hielen sobre el pecho; los gusanos negros pueden esperar en su cubiles, devorando mientras tanto las carnes bellas e inútiles que la muerte les manda; pero el mundo no puede esperar todos los miles de años que se requieren para que llegue otro salvador.



Los versos

Para que una mujer sea verdaderamente bella debe ser un poco fea. Es decir, un poco imperfecta e inarmónica, con algo levemente raro y sorprendente, en su belleza. Ante todo, no ha de estar conformada según esos impecables modelos griegos, que vemos en los museos y que ya nos tienen fatigados de corrección y frialdad. “Sus facciones –dice Poe de Lady Ligeia– no se definían en el molde corriente que se nos ha enseñado a admirar falsamente en las clásicas obras de paganismo”. El ideal moderno de la belleza femenina no está todo en la perfección majestuosa de la diosas. Nuestra imaginación ya un tanto desequilibrada busca mejor en la mujer una cierta gracia discreta y lejana iluminada por espiritualidad penetrante, la mujer que despierta, por su aspecto imprevisto, ilusiones inesperadas, no le hace falta que ella sea menuda, o demasiado delgada, o tenga los ojos muy grandes, o las naricillas pequeñas, no le hace que no lleve proporción nimia en las partes ni tenga la imponencia olímpica de los mármoles. ¡Ay! ¿cuándo hemos visto y dónde, aquellos retratos pálidos de Ghirlandajo, llenos de idealidad vaga y grave, concentrados e inundados de un grave



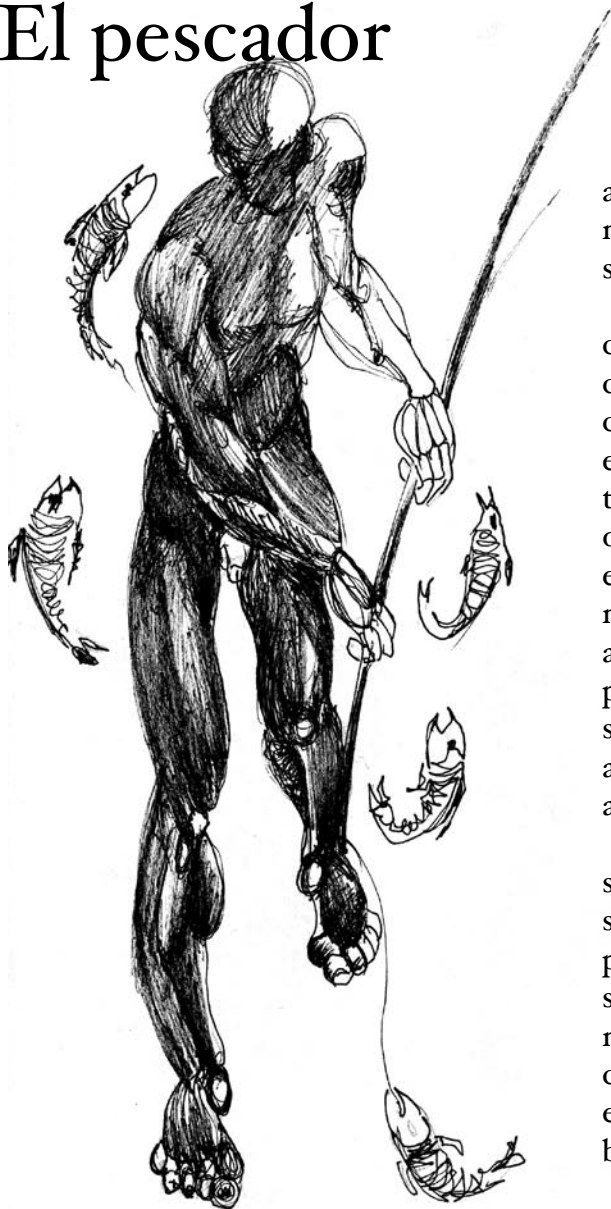
espíritu místico que los hace radiantes? Yo no sé, pero amo esa belleza enfermiza que es una reacción contra la Venus, láctea, inespiritual y horriblemente perfecta.

Ahora bien: mi sentimiento personal respecto a la poesía es idéntico a lo que he tratado de explicar de la belleza femenina. ¡Dios me guarde de los versos perfectos,! Quiero los versos un poco descoyuntados, pero vivos y que vengan formados de palabras, no exóticas, sino simplemente imprevistas; que envuelvan al mismo tiempo una idea o una imagen, no nueva, sino que apenas os deje un poco atónitos, un poco sorprendida, porque no la esperábamos allí, porque no adivinábamos que la estrofa iba a concluir de esa manera, tan natural sin embargo, pero tan poco acostumbrada. No importa que todo eso no esté sujeto a las estrictas reglas métricas y no importa que el vocablo no sea demasiado elevado, demasiado poético. ¡Hay versos malos que son tan bellos!.

Verlaine hablaba, de torcerle el cuello a la elocuencia. Muy Bien. ¡Cuánto antes! Pero, al mismo tiempo, el poeta pedía para los versos, música y solo música. ¡Pues yo, ya no, ya es tiempo de torcerle el cuello a la música! ¿Hasta cuándo nos van a dar los poetas su música cansada de cascabeles, la terrible música monótona de los sonetos y de los cuartetos, la música intensa de todos los metros correctos, que nos hace pensar con pavor en las recitaciones de las escuelas y de las veladas literarias en que se dicen epopeyas atroces? Proclamemos el horror a las palabras musicales, a los metros musicales, a los poemas musicales de todo género, que, cuando los decimos, o nos los dicen, obligan a adoptar ese tono cantado y elocuente, ese tono conmovedor, irresistible para las mujeres y para los poetas, ramplón y mediocre como nada en el mundo. Proclamemos la necesidad de que los poetas, los poetas de verdad, no tengan oído ni posean el instinto de la musicalidad fastidiosa de las palabras y de las estrofas.



El pescador



Hay una profesión llena de intensas alegrías y de pruebas duras, que cuadraría muy bien al filósofo pensativo: es la profesión del pescador.

¡Yo quisiera ser pescador y tener una caña larga para irme por la orilla de los ríos, cavilando en silencio, mientras tiendo la celada mortal a los peces escondidos! Pescar es emocionante y delicioso, porque constituye una traición premeditada, porque es un delito sutil, como decir una mentira, como engañar a un niño. La emoción que sentimos, al izar el pececillo en el aire después de atraerlo con bellas promesas, es, reducida a pequeñas proporciones, la misma que debe sentir el asesino que ha estado acechando a su víctima detrás de la esquina y al fin la atraviesa a puñaladas.

Pescar es esperar para matar. Por eso solo son verdaderos pescadores ciertos seres extraños, de corazón conformado para los espectáculos sencillos y terribles; seres reflexivos, helados, calmos, que están más allá de la moral popular, de la ley y del concepto del crimen. Pescar es infame y exquisito, es dulce y desesperante. El alma bien templada y serena, se pone a prueba

ahí, frente a la caña inmóvil que se alarga hacia el río como un puentecillo sin fin.

¿No habéis visto el refinamiento admirable del pescador y cómo rodea de atenciones a los futuros prisioneros? ¡Espera y sonríe, va sigiloso por la orilla, había paso, como si bajo del agua estuviera dormida su amada!

¡Yo quisiera tener una larga caña para irme por la orillas de los ríos y pasarme las horas abierto de piernas sobre dos piedras húmedas, como un diminuto coloso de Rodas, frente a la torrentera! Esperar, esperar así, quieto y solemne, y de pronto, levantar la saeta de plata trémula y aleteante que da volteretas en el aire y cae sobre la arena como un menudo monstruo mitológico.

Yo mismo vendría a vender mis peces al mercado y los pondría sobre un mostrador negro, bajo la clara luz, para que las gentes quedaran estupefactas al ver las rutilantes escamas y las lúcidas pupilas, y sintieran, al pasar, un olor acre y marino de puertos lejanos, de Marsellas, de Stokolmos, de Smirnas desconocidos.



El optimismo



El optimismo es una aberración intelectual tan interesante, por lo menos, como el pesimismo, pero evidentemente más falsa, y hasta en cierto modo más perjudicial. El optimista es el ser racional por excelencia y precisamente por eso se encuentra siempre equivocado y su concepto del mundo es ilusorio. La razón y la experiencia van siempre en sentidos opuestos o en sentidos paralelos, pero nunca concuerdan exactamente en la naturaleza. Racionalmente el sol debería girar alrededor de la tierra; eso sería lo lógico porque así lo vemos, porque así aparece, a los ojos del ser racional que contempla el fenómeno. Sin embargo, no es así. ¡La verdad es el absurdo, lo que nadie hubiera podido creer: que nosotros giremos alrededor del sol! Transportando al terreno de las ideas este criterio, da un resultado idéntico. El optimista cree por ejemplo, que la paz debe existir en el mundo; que no es lógico ni razonable que los hombres se maten unos a otros. Es claro, los hombres no deben matarse y el optimista tiene la razón. ¡Solo que la razón no está de acuerdo con la verdad experimental; la naturaleza esta vez, como siempre, opta por el absurdo, y los hombres se matan y seguirán matándose, y

el que los hombres se maten viene a constituir ya un fenómeno natural y matemático como la fijeza del sol!

Desde este punto de vista, el criterio del pesimista es rigurosamente científico; el pesimista, como la ciencia, elabora sus teorías sobre la experiencia de los hechos. Su concepto del mundo es sombrío, doloroso y aparentemente absurdo. El pesimista dice, por ejemplo: “el hombre es hoy tan cruel como ayer”. Bastaría una deducción lógica para llegar a creer que el hombre no debe ser tan cruel hoy como hace dos mil años. ¿Y la educación, y el influjo de las nociones cristianas, y la selección espiritual, y las ideas de fraternidad? Sin embargo, los hechos cotidianos y generales, vienen a comprobar experimentalmente la teoría pesimista: la historia de la última guerra, o las estadísticas criminales, son lo verdadero, aun cuando no sean lo razonable.

El pesimista es, pues, analítico: el optimista es deductivo. Pero la deducción lleva al error fundamental de querer acomodar el mundo a ciertas ideas preconcebidas, a cierto ideal determinado. El optimista se obstina en barnizar y embellecer el Universo a su manera, sin tener en cuenta una circunstancia capital: que la naturaleza es sencillamente inmodificable.

El pesimista es más sincero con la vida, y decididamente más cuerdo. Solo que no ama al mundo, y ese puede ser su error: no comprende que a pesar de todas sus imperfecciones, o precisamente por ellas, el mundo es perfecto, en sentido general y acomodaticio. El mundo es condescendiente con todos, y es como todos quieren que sea. Al único que no da gusto es al optimista. Por eso el optimista es el ser más desgraciado de la tierra.



Las llamas

En esta semana las primeras páginas de los periódicos vinieron llenas con los detalles del último incendio ocurrido en un pueblo lejano; al leerlas sentí renacer un deseo mío, viejo e inconcreto, de escribir el poema de las llamas.

Pero no de las llamas enormes que consumen con voracidad campos, caseríos o ciudades, ante la impotencia de los hombres atónitos: la verdadera belleza no está ya, en lo gigantesco, en lo inconmensurable: el mar embravecido, por ejemplo, es un gastado cliché, demasiado cinematográfico, que no logra conmover a los que prefieren, ante todo, en los espectáculos, un poco de gracia discreta; ni tampoco logran conmover las tempestades, con su ingenua pirotecnia celeste, siempre idéntica; ni los famosos crepúsculos tropicales, que han pasado de moda, como los chalecos de fantasía y otras exuberancias románticas. Es lástima que la Naturaleza, en su calidad de empresario de grandes espectáculos, no sea capaz de modernizar la técnica de su *misseg en scène*: en ese importante ramo se dejó ganar de los nuevos decoradores rusos y de algunos artistas futuristas que han logrado desentrañar las cosas. Para hallar algo verdadera y delica-

damente conmovedor de la Naturaleza, hay que buscarlo en los matices efímeros, en los escorzos ligeros, en todos esos menudos hechos que nadie advierte, pero que encierran a veces una belleza extraña y sutil.

No quisiera, pues, elogiar el esplendor de los grandes incendios, sino escribir el poema de las pequeñas llamas humildes que alientan un instante a nuestro lado, o pasan intermitentes y fugaces a lo largo de nuestra vida.

La llama blanca del fósforo que cae encendido y permanece un minuto recta, hierática y silenciosa, como una luz votiva.

La llama azul del alcohol que prende no se sabe quién en nuestra cabecera, cuando estamos enfermos en el lecho y que, al apagarse, lo hace súbitamente, con un golpe hueco y sonoro como el aletazo de un gran pájaro.

La llama dorada, alegre y agorera del fogón de la montaña: llama clara de leña seca que miran pensativos todos los que están sentados en los bancos de piedra. Cuando esa llama canta, la vieja cocina gruñona profetiza que va a venir alguien: y viene siempre.

La llama roja y lenguaraz que, cuando vamos de noche por un camino, vemos de

pronto en el pico del monte; alrededor de esa llama incomprendible, están indudablemente bailando los gnomos y las brujas.

Y las llamas terribles, que no olvidaremos nunca, de los disparos vistos en la oscuridad; y las llamas locas y falsas de los fuegos de San Telmo: y la menuda llama ligera, inocente y juguetona de la mecha de una mina que vimos prender quién sabe dónde; y la llamilla moribunda, caída y aceitosa, que se extingue un momento para renacer milagrosamente, de ese candil arrinconado que contemplamos, al pasar, en el fondo de la guardilla sucia.

¿Quién dirá toda la gama de las llamas? ¿Y quién dirá también qué es la llama, de dónde viene y qué quiere en el mundo? Podría creerse con fundamento, como creía Novalis, que la llama es animal, es un organismo vivo, es un extraño ser que ha adoptado para existir esa forma exótica y sorprendente dentro de los procedimientos habituales de la Naturaleza.

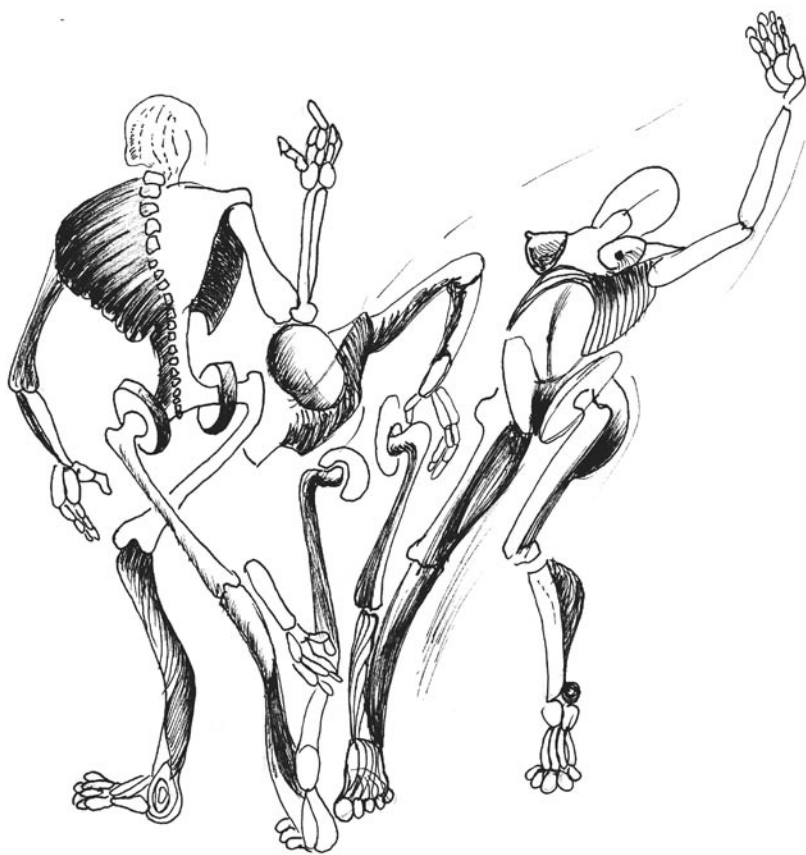
O, tal vez, cada llama será el alma condensada y superviviente de alguien que existió hace mucho tiempo.

Hay también en el mundo ciertas cosas, muy pocas, que por su vitalidad extraordinaria, por su intensidad maravillosa de vida, nos parece que no podrían morir jamás y que serían fácilmente transformables en llamas: las lenguas, cálidas y voraces, de algunas mujeres amadas, o los ojos concentrados y fantásticos; de los gatos, o algunos de esos mechones de cabellos rubios, negros o rojos, que después de solo haberlos rozado por casualidad, nos queda la mano como quemada por muchos días y una inefable emoción en el alma...

¡Yo quisiera escribir el poema de las pequeñas llamas misteriosas que alientan un instante a nuestro lado, o pasan, intermitentes y fugaces, a lo largo de nuestra vida!



Resurrección



La resurrección del general Clodomiro Castillo está causando inquietud en Bogotá y en la Costa. El general Castillo había muerto hace unos nueve años; así lo afirman la viuda del general y varios amigos que lo amortajaron, velaron y enterraron. A pesar de todo, Castillo resolvió resucitar en estos días y escogió para ello un pueblecito de Bolívar.

Hay quienes creen que se trata simplemente de una sofisticuería, ya sea que el general no haya muerto de verdad, y solo pretendió desaparecer por cierto tiempo, o que sí murió realmente y muerto está todavía, pero otro ciudadano quiere ahora hacerse pasar por él, inventando una curiosa farsa. Las dos hipótesis son probables, pero yo creo que no debe descartarse del todo en este asunto la posibilidad de una resurrección auténtica. El general Castillo pudo haber resucitado,

como puede resucitar cualquier otro difunto ¿Tendría eso algo de particular? No, porque en realidad, resucitar es nacer por segunda vez, ¿por qué no podríamos nacer también la segunda? Lo que pasa es que los difuntos no suelen resucitar con frecuencia y no estamos acostumbrados al fenómeno; por eso resucitar no es natural, pero ello no quiere decir que sea antinatural, ni mucho menos sobrenatural. Es un acto que ha entrado en desuso, que ya la naturaleza no efectúa tan a menudo como antes, porque no lo necesita, o porque las causas que lo provocaban en otras épocas no se han vuelto a reunir. A mí por mi parte nacer me parece un milagro muy difícil, más completo, y más sorprendente que resucitar. Solo que el nacimiento ha dejado de ser una cosa maravillosa, precisamente porque es común y cotidiana, porque sucede todos los días y porque conocemos más o menos su proceso íntimo. Pero evidentemente, es mucho más prodigioso el fenómeno de la célula ínfima que se convierte en hombre en la tumba maternal, que el del esqueleto reanimado que surge de su sepulcro, caminando y hablando como antes lo hacía.

Cuando las resurrecciones sean más frecuentes, cuando algunos otros Generales de la República nos den el gustazo de resucitar también, y numerosos ciudadanos difuntos se resuelvan a imitarlos, entonces el hecho perderá su aspecto extraño y se hará natural y desprovisto de interés. Hasta llegarán a estilarse participaciones sociales como se hace en los matrimonios y los nacimientos, y en la vida social de los periódicos se registrará el suceso más o menos así: “Esta mañana a las 11 resucitó en el cementerio de la Ciudad, el General Fulano de Tal. Con ese motivo, la familia del exdifunto dará esta noche un téailable a sus amistades”.



Meditaciones ante una butaca

Todos los hombres, aún los poco imaginativos, acarician un ideal personal de felicidad, algo que ellos quisieran ser o hacer y a cuya realización encaminan sus esfuerzos cotidianos, o al menos, sus deseos cotidianos, los que son incapaces de enderezar sistemáticamente sus actos con un fin premeditado; unos creen que la felicidad está en los viajes y sueñan con poder salirse algún día por el mundo vasto y hundirse entre las abigarradas muchedumbres que pueblan las ciudades lejanas y los puertos llenos de color y sabor; otros piensan que quizá la felicidad esté en dejar transcurrir la existencia apaciblemente detrás del mostrador pulcro de una tienda de telas o de una librería; hay quienes aman la lucha compleja y peligrosa de la política y muchos tienen el proyecto, siempre latente y nunca llevado a cabo, de abandonar la ciudad y dedicarse, a la vida eglógica del campo.

Pero yo conozco un pobre y joven poeta cuyo ideal de felicidad es mucho más sencillo y más concreto que todos; porque él solo quisiera para su vida y para su muerte, como único don de la Fortuna, como único beneficio del destino misericordioso que da a unos tantos millones y a otros tanto

poder; él solo quisiera, y a ello orienta sus esperanzas y en ello funda su razón de existir, solo quisiera poder poseer alguna vez una de esas butacas, bajas, abollonadas y episcopales que exponen en los escaparates de los almacenes de muebles. Cuando, al anochecer, pasa por ahí, el joven poeta se queda mirándolas largamente, un poco extático y un poco deslumbrado como el que entreviera de pronto todo un mundo de futura felicidad, como al que le permitieran contemplar un paraíso a través de frágiles cristales.

¡Quién pudiera –dice entre sí el visionario– hacerte mía para siempre, oh mórbida butaca, y pasar los días y los días hundido en tu regazo blando y ancho como el de una gorda matrona adorable! Colocarte ante la soñada ventanilla que se abra sobre los tejados grises y rojos de la ciudad y por donde entre un poco de cielo triste o de cielo alegre; luego, abandonarse uno a ti, echado suavemente de espaldas, con los pies rectos y altos, más altos que la frente, porque para el buen imaginar los pies deben estar, siempre más altos que la frente; con la gorra felpuda sobre la cabeza, porque para los que tienen cierta propensión a la

calvicie, el dulce peso de la gorra es como una mano cálida que se apoyara, como una caricia amodorrante propicia al sueño y al ensueño; con el cigarro largo, con la pipa en los labios, porque el humo ingrávido que asciende en azules volutas hasta el techo, desgarrándose como un velo en las cabezas salientes de los clavos de la pared, arremolinándose en los huequicillos de las vigas, envolviéndose amorosamente al alambre encerado de la luz, porque el humo ingrávido estimula y purifica la imaginación, la hace celeste, la lleva en pos de sí a altos mundos bellos y desconocidos. El humo del cigarro es la mitad de nuestra vida, la más noble y espiritual, la más aérea y azul, en la que somos más buenos.

¡Quién pudiera –continúa el visionario– hacerte mía para siempre, oh aterciopelada butaca, silenciosa y sensual como la piel de los gatos! Odio los tientos taburetes de las oficinas, las sillas frágiles y estúpidas de los salones, los bancos redondos y trípodes que hay junto a los pianos y junto a los altos escritorios de los contadores. ¿quién podrá pensar y trabajar y hablar y descansar sobre esos duros artefactos de rígidos planos que no se amoldan a las redondeces naturales de nuestros cuerpos? Rodín esculpió al pensador en cuclillas; pero para pensar en cuclillas hay que ser de mármol como el pensador de Rodín. No se concibe al hombre que piensa y sobre todo, al hombre que es feliz pensando, sino echado bocarriba sobre el seno fecundo, genitor de ideas y sueños, de esa butaca matronil que yo, pobre y joven poeta, ambiciono en vano!



La mal vestida

El hombre es, en la naturaleza, el ser más hermético y más inaccesible; nunca nos da totalmente su alma; nunca logramos penetrar del todo hasta el fondo de su corazón misterioso. El perro, por ejemplo, desde el primer saludo cordial nos revela sinceramente lo que ha sido y lo que será, nos entrega de una vez y para siempre su ánima sencilla y cálida; el caballo, tan fraternal, tan benévolo, muestra su vida entera a través de las grandes pupilas iluminadas; el buey es un libro abierto; la paloma es clara como un cristal, pero ¿quién adivinará dentro de sí este hombrecillo vulgar que va delante de nosotros o esta señora encopetada que viene detrás? ¿Cuántas cosas enormes se esconderán en esos pechos cerrados, cuántos crímenes desconocidos, cuántas ignoradas abnegaciones, qué luchas, qué triunfos, qué vencimientos que solo ellos saben y nadie ha podido adivinar jamás?

¡Es imposible dominar cierto movimiento de estupor al caer en la cuenta del misterio de las gentes que pasan: cada hombre es un infinito que camina; un cielo y un infierno metidos dentro de esa pobre caja de huesos ambulante! Yo los miro a todos a la cara, con los ojos hipócritas no

me dicen nada. Sin embargo, me complazco en fraguar historias absurdas alrededor de esas fisonomías transeúntes, más o menos sugestivas.

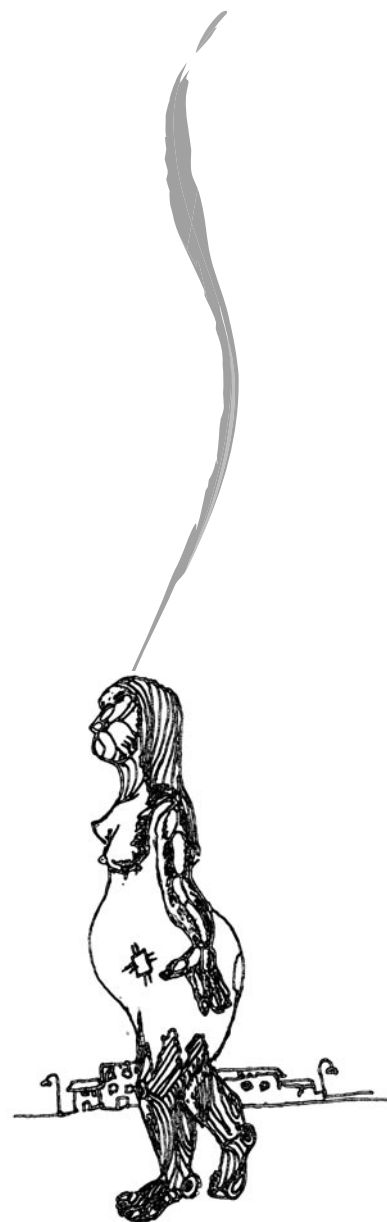
Todas impresionan y todas hacen soñar, pero ninguna como la de aquella mujer mal vestida que marcha indecisa a lo largo de la acera, o se detiene en el hueco de un portal y mira arriba y abajo con vaga inquietud como esperando algo que no sabe claramente qué es. Hay en ella a menudo, cierta lejana aristocracia; en un tiempo fue bella y lujosa quizá, pero la pobreza ha lamido su traje dándole al conjunto esa pulidez de las piedras que han rodado mucho; los tacones de sus zapatos están ya un poco torcidos y la mantilla, sobada y resobada, no hace pliegues rectos y crujientes como las telas nuevas.

¡Pobre mujer mal vestida! Nadie la ve, perdida y abrumada dentro de torbellino suntuoso de las otras mujeres que vienen y van; torbellino alucinante de pieles y de sedas, que se lleva tras sí todas las miradas frívolas. Sin embargo, el observador apasionado y cauteloso, el verdadero pescador de almas, no dejará pasar inadvertido ese semblante grave, diferente de todos que

atraviesa tímidamente entre la multitud; la tragedia ha esculpido sus facciones, imprimiéndoles un carácter profundo y personal que no tienen los otros semblantes. Porque las mujeres ricas y hermosas, que llevan vidas demasiado holgadas y no han sufrido nunca, van adquiriendo lentamente una fisonomía igual, inexpresiva y lejana, que no nos dice nada al pasar ni se os queda grabada en el alma; la calle está llena de esos rostros mediocres, lindos y sonrosados, pero sin la intensidad de expresión, sin la fuerza patética y conmovedora que hay en la mal vestida, laminada por las pasiones voraces y por la vida cruel y terrible. Esos ojos ansiosos ahondados y dilatados por el dolor verdadero, no se nos olvidarán nunca; ni esa boca sabia y desdeñosa que el amor amargo labró, dándole no sé qué amplitud enérgica y definida; ni esa frente, y esas mejillas y esas manos, en que parece que se hubiera quedado para siempre un poco de la luz vívida de las lámparas de petróleo o de los cabos de vela agonizantes, consumidos en las noches de insomnio y de trabajo.

Cuando yo encuentro en la calle a la mal vestida, quisiera adivinar sus secretos tremendos y saber su existencia maravillosa. Quizá viva en una casita vieja con ventanas pequeñas a la calle sucia y pintoresca; tendrá una madre gruñona o unos hermanos desarrapados, o tal vez un hijo llorón y pedigüeño; ella misma preparará su desayuno, aplanchará la ropa fresca y modesta y al medio día coserá en la máquina inclinando silenciosamente los ojos profundos, cargados de desengaños y de esperanzas.

¡Ah! ¡Estoy seguro de que la mal vestida sabrá amar como ninguna otra! ¡Tal vez por el amor está así, tal vez por el amor lleva ahora los tacones torcidos y la pobre mantilla sin pliegues crujientes, como los de las telas nuevas!



El hombre que se casa

Acabo de saber por los periódicos franceses que M. Anatole France contrajo matrimonio hace algunos días con Mlle. Emma Laprevotte. ¡Sin duda, no imaginábamos los admiradores de ese estupendo maestro de escepticismo, que al cabo del tiempo iría a concluir por creer en tantas cosas, incluso en el amor!

Es cierto que M. France se convirtió en los últimos años en apóstol fervoroso de ciertas ideas de redención social; cuando empezó a creer en el amor, ya M. France creía en el socialismo! ¿Qué pensáis de la evolución de aquel fino espíritu irónico de antes que se reía amablemente de todo y que ahora se ha dejado coger en las redes severas del matrimonio y de la filantropía? ¡Ah no vale la pena de pasar toda una vida por encima de las cosas, para meterse después dentro de ellas, con esa solemnidad aparatosa del que se casa o del que predica!

Porque el hombre que se casa como el hombre que predica, es el tipo esencial del crédulo, del que tiene fe absoluta en la vida y está metido dentro de la vida, con una obstinación ciega e ingenua, como la de los niños; es el que lleva todavía dentro del corazón



ese pajarillo pueril que se llama esperanza. Por eso el apóstol y el enamorado son siempre dos seres un poco ridículos; ¿y no lo han de ser si van persiguiendo con un empeño conmovedor cosas comprobadamente ilusorias y frágiles? Al verlos imparcialmente tenemos que sonreír como sonreiríamos contemplando desde la terraza de nuestra casa a un naturalista que caza mariposas en

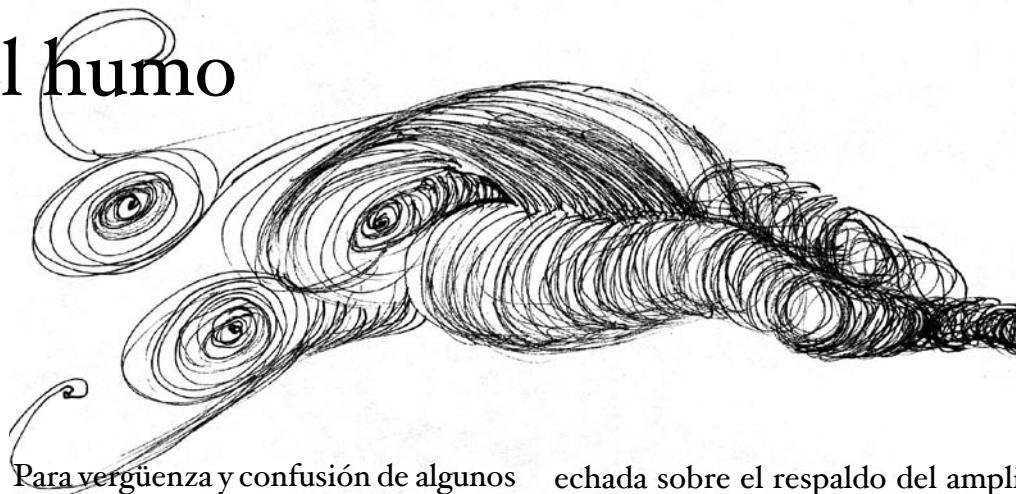
el campo. ¡Cuántas piruetas insinúa, cómo va y viene en pos de ellas, salta o se inclina, camina con precaución cómica o corre a grandes zancadas! Desde nuestro observatorio, nosotros sabemos que si las aprehende al fin, se desharán muertas en sus dedos y todo el esfuerzo habrá resultado inexplicable. El apóstol que cree en una posible modificación de la vida y el enamorado que busca un remedio para la soledad de su corazón, van en persecución de unas mariposas locas; no saben que esas cosas son inmodificables o irremediables; no aprovechan las viejas y constantes lecciones de la experiencia y no logran salirse de esos círculos cerrados para contemplar el panorama desde un punto indiferente.

Eso solo lo hace el humorista, no porque el humorista sea precisamente un desencantado, sino porque tiene una intuición especial y completa de las realidades, porque ve el universo, no en los detalles inmediatos, sino en un conjunto total; sabe que las cosas han sido así una vez y que seguramente así seguirán siendo siempre. Por eso el humorista no espera nada, pero procura conformarse con lo irremediable y lo aprecia de una manera sonriente y benévola. El humorista está al “margen” de las cosas; el enamorado y el apóstol están “dentro” de las cosas y las toman tan a pecho, tan en serio, que podrían dar tristeza si no fuera porque primero hacen sonreír.

M. France dejó de ser humorista desde que ingresó al socialismo porque un socialista, es lo más dramático y lo más serio que hay en el mundo: ahora que M. France se ha casado no solo será serio y dramático sino también decididamente trágico: el matrimonio siempre es y será una tragedia, quizá una mala tragedia.



El humo



Para vergüenza y confusión de algunos amigos míos, que sin razón o con razón han resuelto dejar de fumar, voy a escribir este pequeño elogio del tabaco. ¡Ojalá que mis palabras los aparten del peligroso camino del ascetismo, que haría de ellos al fin esa cosa monstruosa y horripilante que llaman “hombre ejemplar”!.

Hay que desconfiar siempre un poco de toda persona que no fuma. ¡Qué otros tremendos vicios tendrá! ¡Porque el tabaco es una delgada canal por donde salen y se dispersan en el infinito nuestros instintos perversos. Fumando se torna el alma levemente cándida y azul como el humo ligero. ¿Andáis buscando por todas partes con vuestra linterna al hombre bueno y feliz? Yo sé dónde lo encontraréis. Es aquel que está sentado en su habitación, frente a la ventana, al atardecer. Tiene la cabeza

echada sobre el respaldo del amplio sillón friluno. Las piernas estiradas y colocadas sobre un parapeto eminente. Mira caer la lluvia a través de los cristales pálidos. Fuma. De su boca, como de un pebetero hierático, asciende el humo en leves volutas, recto, grave y silencioso, adhiriéndose a las estrías del cielo raso, buscando los menudos promontorios de la manera para rodearlos, hundiéndose en los jequecillos y quedándose un instante prendido a los clavos solitarios, para difundirse al fin en la penumbra de los rincones. ¡Ah, os prometo que ese es el hombre bueno y feliz! ¡Sus pensamientos serán puros y elevados, y su alma se habrá ablandado al influjo de aquella columna inefable que surge de su pecho en ondas tenues y aladas. Dios lo ve porque su humo sigue hacia lo alto, como el en holocausto de Abel.

El tabaco tiene una santidad callada y emocionante. Es místico. Su alma será purificada por el fuego. La brasa encendida y misteriosa consumirá su carne y limpiará su espíritu. ¡Ay esas filas de largos ascéticos cigarros que veis encerrados en sus cajas herméticas, son monjes severos que van a su Tebaida! La hoja humilde, encierra, sin embargo, la esencia de las transformaciones supremas que elevan y dignifican la materia: se convertiría en ceniza blanca, símbolo de la muerte y de la evolución de la naturaleza hacia fines inconcebibles; y se convertirá en humo azul, símbolo de espíritu alado que tiende hacia el espacio sin límites.

El tabaco es cordial, fraternal, sencillo. En las penosas horas de trabajo nocturno nos compañía y nos conforta, porque posee una pequeña vida que Dios no concedió a las otras cosas inertes que nos rodean: los retratos mudos de los abuelos, las sillas tiasas sobre sus patas, los libros enfilados en el estante, el lecho solitario y blanco que descansa en una esquina. Nada se mueve, nada habla. Solo el cigarro, colocado con la ceniza hacia arriba sobre el tintero, despide ligeras espirales móviles, inquietas, que nos hacen guiños minúsculos. Sabemos que algo palpita ahí, que una diminuta alma encendida se consume junto a nosotros y pasará. ¡Pero esos retratos no pasarán nunca y esas sillas estarán siempre ahí! Este medio cigarro que nace y muere, y es efímero, está más cerca de nosotros que todo aquello eterno. Es un resumen infinito de nuestra vida. Por eso nos consuela y nos acompaña.

No fuméis, amigos míos. Pero ¡oh, cuán angustiosa y demasiado sola será vuestra soledad!



El trabajo

“El remedio es trabajar”
Carlos Vázquez
(Telegrama sobre la crisis.)

En todas las mitologías el trabajo es considerado como una maldición del cielo. El hombre, desde las edades remotas ha simbolizado su ideal de vida en una quimérica palabra: Paraíso. Pero la primera condición que se requiere siempre para que ese paraíso sea verdaderamente paraíso, es que no haya necesidad de trabajar en él. Nadie se figura que en el paraíso se pueda cargar piedra en zurrónes, o llevar contabilidades, manejar maquinaria. No. Los que están en el paraíso han de ser, ante todo, unos seres ociosos que viven extendidos sobre la grama sentados bajo los árboles, con las frutas al alcance de las manos y llenas de paz las almas. La humanidad ha concentrado en esa bella fábula todo su sueño de felicidad, felicidad que debe ser la única perdurable y completa, puesto que está basada en la pereza, el instinto más firme, noble e indestructible en el hombre. Los tipos de la perfección suma que la imaginación concibe -los dioses- son personalidades eminentemente perezosas que, o permanecen estáticas en sus tronos

de nubes, o se divierten entregadas a juegos ociosos o placeres sibaritas. Entonces la pereza es en cierto modo una virtud esencialmente divina; pero ¿qué son los dioses? Son, simplemente, hombres perfectos en un sentido ideal. Por eso, entre el tipo terrestre, el más puro, el más elevado, el que más se acerca a esa perfección, es el que tiene más arraigada y frecuente la virtud de la pereza. El vagabundo, el gitano, el mendigo voluntario, y algunos aristócratas de pura sangre, constituyen dentro del mundo actual los últimos conservadores de la gran dignidad humana y de la tradición del ocio como cualidad suprema, que nos dejó la tradición del ocio como cualidad suprema, que nos dejó la civilización antigua.

Yo sé que trabajar es necesario, según el orden de cosas que se ha creado y que se hace desgraciadamente cada vez más indestructible. Pero eso no quiere decir que trabajar no sea una mala costumbre, una de las peores costumbres que pueden adquirirse. Ante todo, trabajar no es bello ni digno, ni siquiera conveniente. Al mismo tiempo que hasta en una aceptación mística significa humillación y relajamiento del orgullo viril, el trabajo constituye el gran elemento

degenerador de las razas. De las fábricas, de las oficinas, de las minas, de los laboratorios, de los bufetes, salen las legiones de neurasténicos, de miopes, de tuberculosos, de mancos, de locos, de raquíuticos, de melancólicos, de histéricos, de tantas categorías de enfermos que llevan las ciudades modernas. Sin embargo, esta capacidad exterminadora no es realmente un argumento en contra del trabajo, como la muerte de los soldados no lo es en contra de la guerra. La diferencia esencial que hay entre el trabajo y la guerra, es que el trabajo es una actividad oscura y forzosa, algo en que hay que encorvarse y sufrir para alcanzar al fin objetos innobles y mezquinos: alimentarse, vestirse, acaparar oro. La guerra, en cambio, puede hacerse o no hacerse y esa libertad de elegir deja a salvo la dignidad humana. Además, la guerra es más bella y más viril mientras tenga menor razón de ser y menos objetivos persiga, porque así evidencia simplemente un capricho, un arrebato de la voluntad soberana del hombre.

Yo confío en que el porvenir que se anuncia, traerá para los trabajadores una disminución gradual de trabajo y un aumento proporcionado de paz y de divina ociosidad. Hasta ahora se ha trabajado mucho, en un afán insensato de acumular millones. Pero en una forma todavía vaga, está llegando a las gentes en convencimiento de que tener demasiados millones, es una circunstancia, no solo inútil sino evidentemente peligrosa. Hay que esperar en que al fin llegará al mundo una saludable cordura. Todos nos convenceremos de que lo más espiritual, lo más hermoso y noble será luchar apenas lo estrictamente necesario para llevar una existencia modesta y sobria. Entonces nos aficionaremos un poco al delicado placer de no hacer nada y nos convenceremos de que, en realidad, no se debe perder el tiempo trabajando tanto.

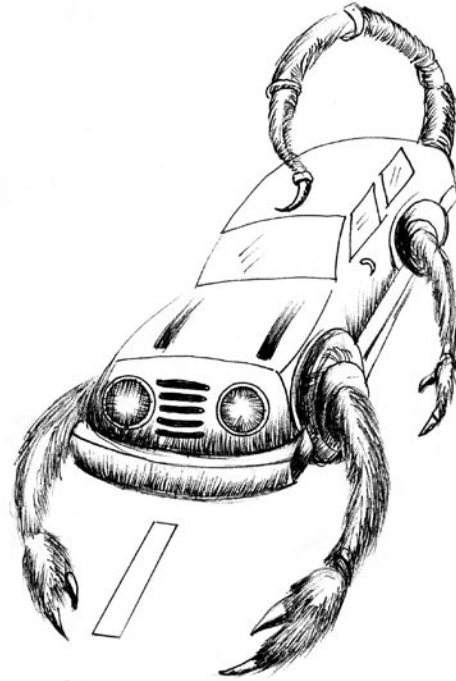


El automóvil

Ayer tarde, después de un accidente de automóvil en que pereció un anciano machacado por las ruedas, las gentes del pueblo trataron de linchar al piloto y muchos atacaron el aparato con sus cuchillos y bastones, desgarrándolo. Tuvo que intervenir con firmeza la policía, para refrenar la ira del público.

Al leer en los periódicos de la mañana la noticia esa, me acometió la duda de que tal vez toda la furia de la muchedumbre no sería por compasión del viejecito muerto. Quizá lo que hubo, más bien que amor al pobre prójimo, fue odio, odio violento y concentrado que encontró allí ocasión de desbordarse. ¿Odio a quién, me diréis? Odio al automóvil; las gentes no quieren bien esa máquina fantástica que no comprenden y aprovechan cualquiera oportunidad para increparla y maldecirla, para estorbarla y hacerle daño.

El automóvil, a pesar de su creciente incremento en la vida ciudadana, posee aún cierto misterio inquietante, cierta manera de ser inusitada y casi diabólica que impresionada. Por eso las gentes sienten deseos de romperlo para ver qué tiene dentro, como hacen los niños con sus juguetes.



Quando vemos en la noche un automóvil que avanza en la carretera solitaria, con las enormes pupilas encendidas ¿no nos da la impresión de un ser sobrehumano, de un animal vertiginoso y detonante que perteneciera a otro planeta, a otra fauna, ultramundana y distinta, y que se encontrara entre nosotros por casualidad? El aeroplano, por ejemplo, aunque todavía más maravilloso, es sin embargo más nuestro,

más terrestre, más natural, porque adopta la forma conocida de los pájaros y hasta con ellos se confunde a lo lejos. Pero el automóvil es único y no se asemeja a nada viviente; su conformación es imprevista. Apenas si, cuando ve uno esos automóviles enfilados en la plaza, piensa en unos personajes serios, solemnes, chatos, de anteojos, que esperan algo en silencio; pero es una semejanza vaga e inasible. Hay más afinidad humana entre un hombre y una mosca, que entre un automóvil y un hombre. Todos los animales, menos el automóvil, tienen algo humano, un rasgo lejano, que puede hacerse resaltar y definir. Esa mosca que va sobre la mesa con las alas recogidas y sobándose una con otra las patitas delanteras ¿no se parece al abogado que se pasea por su despacho, de dorsay y sin sombrero, frotándose las manos con satisfacción después de haber ganado un pleito? Y una langosta, ¿no se parece a un caballero de frac? Y una vaca ¿no tiene cierta semejanza con una señora robusta? Pero el automóvil es un animal aparte: sus ojos supravidentes y su estertor extraño, son de otro mundo, no tienen afinidades ningunas con nosotros.

A veces, cuando se marcha a gran velocidad sobre una larga carretera, le parece a uno que el automóvil va a desprenderse del suelo y a seguir volando en el espacio hasta caer quien sabe a qué mundo distinto, que será el mundo natal del automóvil y donde él se sentirá natural y común, porque allí los hombres y las cosas serán de su misma categoría y obedecerán a esas mismas conformaciones fantásticas, que nosotros todavía no conocemos bien.



El valor de la vida

Esta mañana, mientras me ponía los pantalones he decidido firmemente creer en el Diablo. Nunca como hoy he estado tan convencido de que ese personaje debe existir, de que es necesario que exista.

Ante todo, no se vaya a pensar que esta afirmación obedece a un arranque súbito de credulidad; no; es el resultado de una serie de cavilaciones mentales, perfectamente razonadas y razonables que he venido deduciendo lógicamente y que han tenido este último resultado incommovible: el Diablo debe existir.

Fue anoche en cine, mientras veíamos silenciosos y mojados por la lluvia, la proyección de una película americana, cuando yo empecé a concebir mi teoría. Precisamente en el momento en que el tigre se iba a comer al protagonista tuve yo la primera idea vaga sobre la necesidad metafísica, del infierno; y cuando, por última vez, los héroes aparecieron en la pantalla felices y sonrientes en su luna de miel, ya había formulado casi por completo mi afirmación trascendental: para que la vida sea activa y profunda, es necesario que exista un “peligro”; ese peligro puede ser el infierno.

Trataré de explicar el proceso que me llevó a esta conclusión categórica. Lo primero que se le ocurre a uno en el cine es pregun-

tarse. ¿Qué será lo que tienen estas estúpidas películas americanas que interesan tanto al público? Después de un rato ve uno que, en realidad, el secreto de esa película está “en el peligro”; para que interesen es necesario que el protagonista esté a punto de que lo devore un león, o de que los bandidos lo vayan a arrojar por el cráter de un volcán ardiente, o de perecer de hambre en el desierto; claro que todo esto no sucederá, pero basta con que “pueda” suceder para que la película toda se revista de un interés profundo, y cada una de las acciones de los protagonistas, hasta las más pequeñas, se valoricen extraordinariamente; en el ambiente heroico que se crea, en efecto, cada sonrisa y cada lágrima adquieren un valor tan grande como lo sea el peligro que se va a correr. No es lo mismo sonreír a nuestros amigos en casa que sonreír entre las garras de los caníbales de la Polinesia; no es lo mismo que la niña bonita llore en su palacio porque no le traen pronto el desayuno, que llore cuando cuatro bandidos, en traje de carácter, le coloquen la pistola en el pecho. La inminencia probable del peligro, da a aquellas pequeñas acciones un sentido profundo y emocionante. El público se siente electrizado y aplaude.

Ahora bien. Traslademos a la vida la técnica sabia y simple de las películas americanas.

La vida en sí es aburrida y no tiene razón de ser. Nuestros esfuerzos se pierden en el vacío, y cada día las emociones se hacen más fugitivas y superficiales. Para ciertos hombres escépticos las antiguas fuentes de felicidad se están agotando; ya ni en el pecado se encuentra un pequeño placer, porque el pecado está perdido en su prestigio místico y peligroso. El placer se aprecia cuando nos “cuesta algo”, cuando arriesgamos algo para conseguirlo; el placer, para que nos emocione hondamente, hay que ir a buscarlo, como los expedicionarios de la película americana van a buscar el tesoro escondido en la isla, aventurándose a todos los peligros probables. Entonces hay necesidad de crear en la vida un peligro imaginario, hay necesidad de fabricarse un león metafísico que esté a punto de devorarnos a cada momento. Y ese león metafísico puede ser muy bien el infierno. ¡Ah, si nosotros llegáramos a creer con sinceridad, con absoluta y ciega sinceridad en el infierno, la vida adquiriría de nuevo su valor emocional, y la felicidad sería posible en el mundo!

Suponeos, por ejemplo, el amor: si yo estoy convencido de que el beso que voy a dar a mi prima detrás de la puerta, “puede” costarme la salvación eterna, ¿cómo será de intenso y delicioso ese beso, cómo me acercaré yo a ella temblando de emoción y cómo lo saborearé después, sabiendo lo que me “pudo” costar? Las cosas se aprecian por lo que nos valen; si lo que arriesgamos por ellas es infinito y eterno, como la salvación, infinita y eterna será la felicidad con que las disfrutemos. En la expectativa de ese peligro inminente, las acciones, grandes o mínimas, se valorizan hasta un grado inconmensurable, y la vida se convierte en un campo invisible de batalla en que todo lo tendremos que conquistar con nuestra audacia y con nuestro esfuerzo.

Indudablemente, el infierno es una institución sabia y necesaria; no me explico cómo hay quienes no creen bien en él.



Los cordones



Nada me ha dado tanta luz sobre el temperamento de Washington Irving como el detalle insignificante que trae de paso William Curti en un libro de crítica. Dice de él que marchaba “a lo largo de Broadway, con andar ágil y elástico, calzando zapatos bajos esmeradamente atados”.

Ante todo, este Irving, sin duda, no fue un hombre demasiado nervioso. Sería más bien un ser equilibrado y alegre, porque marchaba con paso “ágil y elástico”, hundido en esa felicidad desbordante que asalta a veces en la calle a los hombres sanos. Quizás silbaría a ratos un aire militar y detendríase con frecuencia a charlar vivazmente con los transeúntes. Sería, en la vida, un hombre acicalado y correcto, y debieron haberlo hecho diplomático.

Pero lo que yo envidio a Washington Irving no es precisamente su fama de primer autor clásico de los Estados Unidos, ni sus cuentos excelentes, ni su puro humorismo anglosajón. Lo que yo le envidio es aquel secretillo misterioso de haber

sabido atar bien los cordones de los zapatos. ¿Hay entre los pequeños menesteres que aprendemos no se sabe cómo, y ejecutamos mecánicamente, uno que sea a menudo tan mal desempañado como este de atarse los zapatos? Para mí la humanidad se divide en dos clases: los que se atan bien los zapatos y los que se los atan mal. Los primeros, son los hombres enérgicos, metódicos, minuciosos, de acelerada voluntad los que harán carrera y conseguirán fortuna; los segundos son los hombres descuidados, indiferentes, nerviosos, los que hacen todo débilmente y a medias, los que morirán pobres, y no darán nunca, la medida de sus capacidades. El hombre afirmativo pone aún en los actos mínimos y mecánicos el sello de su resolución: todo lo hace en firme y definitivamente. El otro, el nervioso, no: el nervioso va siempre por la calle atándose los zapatos, porque se le han zafado, no se seca completamente en el baño por salir aprisa; no se hace nunca la raya del peinado recta y correcta.

Por eso, porque sabía amarrarse, completamente los zapatos, creo yo que Irving fue un señor feliz y metódico, y por eso, el único capaz de escribir una historia como la que escribió.



La gramática y la revolución

Un colaborador de “El Nuevo Tiempo” glosa ayer la pesadilla del señor Suárez, llena de veneno y de unción religiosa, que apareció hace poco en ese mismo periódico. El glosador se refiere especialmente a lo que el señor Suárez dice de la escasa simpatía que nuestros periodistas y literatos tienen hacia la gramática, y reproduce este párrafo:

“Triste es observar que ya en Colombia no se lee al sabio Cuervo y prever que en el día menos pensado llevan al Congreso un proyecto de ley como el que se presentó en 1871 a la Comuna de París y que decía: “Por cuanto la gramática es la más irracional de las enseñanzas y la más disparatada de las preocupaciones se decreta proscribir para siempre el libro de Noel y Chapsal y sus congéneres”. Va, pues, prevaleciendo la aspiración del doctor Rojas Garrido, quien en aquel mismo año ponía como una de las bases de su candidatura presidencial, “la libertad del pensamiento, sin dogmas y sin gramática”.

Pero no, no hay peligro de que aquí prevalezca ahora la magnífica aspiración de Rojas Garrido, el último gran espíritu revolucionario que produjo este suelo empobrecido prematuramente; el señor Suárez y el quejumbroso articulista de “El

Nuevo Tiempo” toman equivocadamente por eliminación de la gramática, lo que no es sino ignorancia de la gramática; es seguro que si nuestros periodistas y literatos supieran gramática, no la quebrantarían; y ahí está precisamente la diferencia esencial entre las dos actitudes. No puede eliminar la gramática, una generación que no tiene ideas nuevas, ni experimenta sensaciones nuevas; porque toda conjunción imprevista de palabras, que se salga de los moldes gramaticales, significa la existencia de una idea nueva, o al menos, acusa una percepción original de la vida, de las cosas. Por eso en las épocas de intensa agitación espiritual, en los momentos de revolución, cuando todo se subvierte o se destruye, la gramática salta hecha pedazos, junto con las instituciones milenarias. Todo profundo cambio social repercute en la gramática subvirtiéndola y renovándola también. Los hombres cuando tienen numerosos pensamientos inéditos, necesitan, para expresarlos, combinaciones inéditas de palabras, que naturalmente no están catalogadas en los textos ni estereotipadas en el lenguaje tradicional.

Armen Ohaniam escribió hace poco un agudo estudio sobre la actual literatura

rusa, y en él advierte ante todo que los grandes poetas de la revolución, traen una lengua nueva, rejuvenecida, purificada, de que se han eliminado totalmente la ortografía clásica y la gramática de la época zarista. Alejandro Block, Serguey Esseim, Andrey Biely, Mayakovsky, todos los extraordinarios poetas de la Rusia actual, que han determinado lo que se llama “El Renacimiento Ruso”, tuvieron que inventar un idioma para poder expresar sus ideas y sus sensaciones, llenas de penetrante originalidad.

Pero en Colombia, no está sucediendo nada de eso, como lo teme erróneamente el señor Suárez. Al contrario, nuestra juventud siente una enfermiza afición a la gramática; aquí, con algunas honrosas excepciones, todo el mundo escribe o trata de escribir correctamente, ciñéndose en lo posible a las reglas clásicas. Y es por incapacidad mental, por falta de inquietud espiritual, porque no sabemos ejercer con plenitud la libertad de pensamiento.

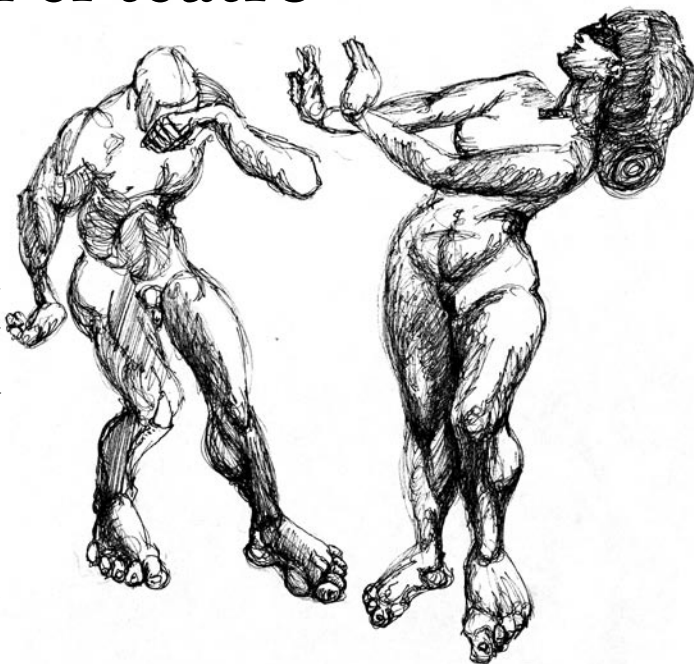
Por eso nuestra literatura es más retrasada, la menos inquieta, vigorosa y fecunda del Continente.



Los que lloran en el teatro

Siempre me han causado una especie de envidiosa admiración lo que lloran en el teatro; son bellas sensibilidades vírgenes que llegan a despojarse por completo de todo espíritu crítico, hundiéndose dentro del ambiente dramático, compenetrándose con él hasta el punto de tomar como una realidad verdadera la falsa realidad de la escena; sufren y gozan con los personajes, los aman, los odian, lamentan sus defectos y elogian sus cualidades y luego, hablan de ellos como si fueran realmente seres humanos. El autor, el dramaturgo, no les interesa mucho; solo les interesa la obra en sus detalles y en su movimiento, pero no la consideran principalmente como un producto literario y artístico, sino como un trozo de vida cualquiera, donde, como en todos los trozos de la vida, el que lo dispone y lo ordena todo, permanece invisible y esfumado sin poner directamente manos en el asunto.

Para esos seres afortunados, ya lo dije, los personajes de la escena adquieren un relieve humano; por eso cuando al otro día se refieren a ellos les dicen familiarmente Alberto o la Condesa, como si se tratara de Fulano o de Perano, los vecinos de enfrente a quienes les ha pasado una desgracia, o de quienes saben una historia.



¿Cómo harán esos individuos para abstraerse hasta el grado de perder por completo la noción de todo lo falso, de todo lo irreal que hay en la escena? Para mí es un pequeño misterio; porque, por poco analíticos que seamos siempre existen en el teatro resquicios por donde se sale la ilusión, siempre tienen uno o más o menos talante de seguridad de que lo que pasa en las tablas es mentira: cuando, por ejemplo, en el momento trágico, la mano armada se alza sobre el que ha de morir, una voz baja y

tranquilizadora nos dice dentro de nosotros mismos, que ese puñal es de cartón; y a veces en un pasaje solemne no podemos no podemos dejar de pensar: ¡qué tal que se le cayera la peluca! Y entonces, lo sublime se hace ridículo y se evapora en nuestros nervios la carga de emoción que habíamos estado acumulando desde hacía rato.

Sin embargo, los que lloran en el teatro son ciegos y sordos a esos menudos ataques del escepticismo; su atención va rectilínea hacia un punto céntrico sin detenerse en detalles laterales y el movimiento loco y fluctuante de las pasiones los embarga y los domina, despersonalizándolos, aislándolos de lo que los rodea inmediatamente y transportándolos al ambiente dramático, al medio particular en que viven y ambulan los personajes; creo que hasta se identifican con ellos y viven con ellas su tragedia; para estos individuos exclusivamente debió haber sido creado el teatro.

Pero, me diréis: a los fríos, a los analíticos, a los críticos ¿No les será dado gozar de la belleza emocionante de la tragedia en el teatro? Esos podrán obtener en el teatro una emoción puramente intelectual; su ansia de realidad estricta no podrá verse saciada sino en las tragedias de la vida verdadera; pero quizá no todos tengan el alma todavía lo suficientemente preparada para ello: porque en la vida verdadera, la tragedia es un espectáculo demasiado enérgico y violento para que pueda apreciarse estéticamente y con tranquilidad; tal vez solo algunos muy raros asesinos refinados sabrían saborear esa emoción suprema, sin embargo en el mundo, ni aún los más feroces críticos de arte, poseen a menudo el alma fuerte y enigmática de los asesinos.



Sobre el amor y la belleza

El otro día, en una de las estaciones del Ferrocarril de Caldas, se mataron a puñaladas dos buenos mozos campesinos por el amor de una mujer vieja y fea. Yo vi cuanto traían a uno de los difuntos en el furgón de equipajes: sobre el ataúd, escueto, venía sentada la tremenda Venus montaras, fría y sencilla, fumando en silencio su tabaco, mientras miraba a través de las ventanas. ¿Cómo es -se decían las gentes- que dos valientes muchachos han podido morir por esta horrible medusa? ¿Qué le han encontrado en esa cara arrugada y en ese cuerpo deforme para enamorarse de ella, cuando hay tantas lindas mozas en la comarca?

El cronista se hizo más o menos las mismas preguntas, y a su mente llegó de nuevo un tema de meditación que lo ha preocupado a menudo, acerca de las relaciones que pueden existir o no existir sobre el amor y la belleza.

Se cree que una mujer, mientras más bella sea, más fácil y abundantemente amada será también. Sin embargo, parece que no es así, y que la belleza no constituye un requisito indispensable en el amor. Siempre que pienso en esto, no puedo menos que evocar aquella famosa Marquesa de



Chatelet, amiga de Voltaire, que inspiró tan grandes pasiones en su época a pesar de que tenía, según las crónicas, pies de gendarme y rostro de color de ladrillo. En cambio, muchas mujeres innegablemente hermosas solo logran inspirar admiraciones más o menos entusiastas.

Entonces, ¿qué es lo principal, lo que indefectiblemente infunde el amor? ¿La espiritualidad, la gracia, el ingenio? Tampoco: ese don envolvente y alado que llamamos espiritualidad, gracia, ingenio, no basta por sí solo para inspirar el amor grande. El inge-

no es más bien propicio a la amistad; las mujeres ingeniosas tienen siempre más amigos que amantes.

Es que el ingenio y la belleza son cualidades puramente accesorias que pueden ayudar a suscitar el amor, pero no son absolutamente indispensables para ello. La prueba es que, con más frecuencia de lo que se cree, mujeres que no son bellas ni espirituales son enorme y constantemente amadas a lo largo de sus vidas. En estos casos existe una tercera cualidad, verdadera genitora de las grandes pasiones; cualidad realmente fundamental, no efímera como la belleza, ni artificial como la espiritual, que es, hasta cierto punto, producto de una educación refinada. Esta otra significa algo más permanente e íntimo, que tiene su asiento quizá en la masa misma de la sangre y se prolonga hasta más allá de la juventud y de la madurez en las personas que la poseen, es tal vez un fluido especial, indefinible racha erótica que se desprende de aquellos seres singulares y va enajenando hasta grados increíbles la voluntad y la razón de los que pudiéramos llamar sus víctimas; es un magnetismo sexual, con hondas raíces espirituales.

Esa es la cualidad terrible de las grandes apasionadas; en ellas la capacidad de amar se hace inagotable, el placer de amar adquiere proporciones morbosas, y el don misterioso de ser amadas se convierte en un signo fatal que los subyuga, que lo hechiza, todo en rededor.

Indudablemente en estas mujeres excepcionales, el atractivo amoroso es más activo, más dinámico que en las demás; son mucho más magnéticas; las sutiles corrientes vitales se hacen en ellas infinitamente sensibles, puesto que experimentamos casi un choque al mirarlas a los ojos o a rozarles la piel con nuestros dedos. Hasta ahora hemos



medido inconscientemente el valor de la mujer por su belleza o por su inteligencia, pero ya creo que deberíamos medirlo más bien tomando como base esa “capacidad de amar”, cualidad que se me hace a mí extraordinariamente preciosa.

No elegiríamos una mujer, sino hasta saber a punto fijo la calidad y la cantidad de su fluido magnético; no preguntaríamos si es inteligente, sino, cuánto amor puede infundir; no nos importaría que fuera bella, con tal de que fuera supersensible.

El placer que produce la belleza es solo un placer contemplativo, y el que da el ingenio es un placer puramente intelectual; el placer verdadero ha de ser concreto, agudo y penetrante como un puñal. Ese es el secreto de ese amor brujo, que sabe herir y fulminar los pobres corazones, valiéndose de quién sabe qué arcanos resortes... Yo disculpo a los dos gallardos mozos que se mataron por esa vieja desdentada. ¿Por qué? Defendían su amor, su placer, contenido todo en ese filtro terrible que ella supo escanciarles.

¡Ah! ¡cuán inescrutables caminos recorre el corazón para llegar a la felicidad! ¿Pasaremos indiferentes sobre las ricas blondas, miraremos sin emoción tantas

pulcras y lindas mujeres, permaneceremos insensibles ante el amor correcto y acicalado, para encontrar nuestra profunda felicidad, quizá bajo los harapos de la mendiga del camino o sobre el seno exhausto de la Pánfila suburbana o en los brazos febriles de la virgen negra, en las laderas letales?

El amor se complace en presentarse a menudo bajo formas extrañas, ajenas a la belleza y a la juventud: no recordemos el caso tan manoseado de aquella Ninón de Lenclos que a los sesenta años hizo perder la chaveta a más de un rubio Vizconde; ni el del buen Baudelaire, que tanto amara a su torpe mulata.

Hay muchos ejemplos, menos literarios y más reales, que cada uno ha contemplado en el curso de su vida. En este trópico, en que el amor devora, cuántos espíritus grandes y selectos hemos visto sucumbir bajo la garra de la Venus taciturna y vil, de la desarrapada deidad a quien el destino negó todo, menos el secreto de la emoción infinita.

La belleza es una apariencia superficial, la inteligencia es un mero accidente; nada tienen que ver con el amor, fuerza misteriosa y esencial que viene y va por los cauces desconocidos de la vida.

La nariz

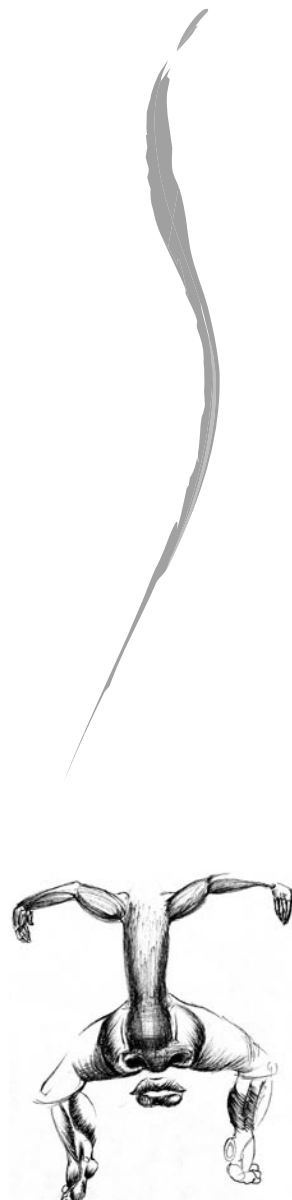
Después de largos años de ausencia en cálidas tierras negras, he regresado a mi región, y descubierto al fin una cosa de auténtico valor en mis compatriotas: la nariz.

Nariz usurera y delicada, fina, encorvada, abierta y sensual de esos hombres de la montaña; nariz viva, movable, que bebe con furor los vientos de las cúspides desoladas. Bajo el trazo recto de una ceja, entre las duras curvas de un mentón, esa nariz audaz, completa, define y subraya el esquema del hombre enérgico. Por ella y solo por ella, me he sentido para siempre enlazado y reintegrado a la raza, me he sentido ciudadano de mi Departamento y hermano de mis hermanos.

Yo os digo, a los que buscáis con afán entre las gentes la mujer ideal, o el amigo deseado de vuestra vida: estudiad minuciosamente los contornos de esa nariz que se presenta a vuestros ojos: deteneos con el mayor cuidado en el dibujo de las ventanillas; ved si esas aletas son volubles y palpitantes como en los caballos de raza. Porque allí, más que en alguna otra parte, está asentada el alma que anheláis, con todas sus divinas concupiscencias; allí, en esas aletillas sensitivas que se levantan o deprimen al leve impulso interior, está el secreto de una vida desconocida, está el corazón desnudo que vais a amar con sus ansias y sus furores, con sus deseos locos y sus flaquezas invisibles.

¿No os acordáis del retrato dulce y fantástico de Lady Ligeia? Poe, el poeta supremo adivinó aquella vez el sentido eminentemente espiritual y expresivo de las aletillas de una nariz. Describiendo la faz fabulosa y delicada de Ligeia, vio que tenía “las ventanillas de curva armoniosa que dicen de la elevación del espíritu”.

¡Cuán en vano hemos buscado por doquiera esa curva armoniosa! Porque un alma elevada es tan rara como una nariz perfecta.



En el pueblo

El regreso

Es verdad que después de muchos años de andanzas por el mundo, yo debía volver al pueblo de mis padres. Mi tío Eustaquio me había comprometido; me había dicho:

-Si no quieres volver a ver a los abuelos, no vayas; pero debes ir. Te mandaré a la estación a Pancho Villa, que es un macho número uno. Un macho que costó cincuenta mil pesos ¿Quiéres?

No hubo más remedio; aquel sábado tomé el tren, después de envolver cuidadosamente unos pantalones de repuesto por si me tumbaba el macho en el camino.

En la estación encontré puntualmente a Pancho Villa, alto, negro, con el hocico claro y peludo y las orejas nerviosas; me eché una sincera bendición, porque nunca soy tan cristiano como cuando me acerco a una mula desconocida, y la emprendí por el sendero amarillo hacia la cordillera.

Era ya tarde cuando no nos encontrábamos aún en la mitad del camino solitario. La noche clara y tremenda se abrió sobre nosotros; estábamos en lo más abrupto de la montaña.

Ciudadano, yo, de las ciudades vivas y encendidas, de las ciudades tentaculares,

pobladas de gritos mecánicos y envueltas en ardiente ajeteo, aquella soledad angustiosa poseyó mi alma. Había un olor penetrante de tierra virgen, un perfume acre de rastrojo húmedo y denso; el piscuís cantaba incesante en el monte y las gallinaciegas cruzaban fatídicas a uno y otro lado del sendero. Hubo un momento en que el misterio entrañable y desgarrador de la montaña se hizo tan agudo, tan palpable, alrededor, que me detuve atónito y permanecí sumido con alma y corazón en aquella soledad imponderable. Creo que descendí y abracé al buen Pancho por el cuello tibio, y mirándolo a las húmedas pupilas, le dije con mi acento más loco y más profundo:

-Pancho, amigo mío ¿tú no comprendes la tristeza de la tierra? ¿No te sientes abrumado por un dolor trascendental en medio de esta cañada desolada?

Quedóse callado, pero yo lloré en silencio, porque había sentido aquella noche, como nunca, el espíritu trágico de la naturaleza

En la casa.

Llegué al fin. En la casa del tío había nacido un niño el día anterior y me invitaron

a conocerlo. Entré en la estancia que trascendía a alhucema; las mujeres y los criados caminaban sobre la punta de los pies y hablaban paso.

Alguien me dijo: entre por aquí, y entré; pero estaba encandilado y no vi nada, en absoluto. Me tomaron por los brazos y empujándome suavemente me hicieron sentar. Miré a un lado y a otro. De pronto, en un extremo fue dibujándose una forma clara; había allí un lecho, sin duda, porque percibí blancas sábanas extendidas y un almohadón grande hacia los pies; donde debía estar la barandilla, destacáronse dos brazos hacia arriba, como las dulces ases de un jarrón. Entonces me penetro un encanto tierno y casto de aquella estancia. Dije con suavidad:

-María, ¿cómo estas?

Una voz inefable contestó desde la cama:

-Yo bien; ¿y vos?

De otro rincón rugió una mujer oscura y exclamó avanzando:

-¿Quiere ver al niño, Luisito?

-Bueno, veámoslo.

Fuese hacia la cama, trajo un envoltorio menudo entre las manos, y se colocó de lado junto a la puerta mostrándomelo:

-¿No le parece muy grande y muy bello?

Me incliné. De la boca informe como un hueco hecho con el dedo en el barro, salía un hilillo blanco; no vi ojos, no vi narices, sino una pequeña masa roja rodeada de trapos y cruzada por delgadas arrugas.

No me pareció, en realidad, ni muy bello ni muy grande, pero dije:

-Sí, está precioso.

María, pálida y dulcísima como las sábanas de su lecho, con un pañuelo blanco arrollado en la cabeza, miraba y esperaba. La partera interrumpió:



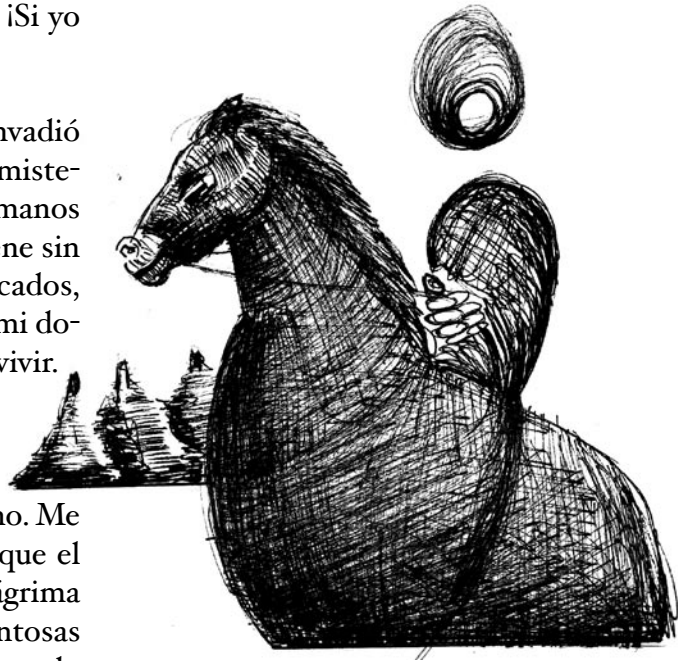
-Así lo tuve yo a usted, Luisito. ¡Si yo lo ayudé a nacer!

Un leve estremecimiento me invadió y me quedé mirando a aquella mujer misteriosa, que me sacó a la vida con sus manos gruesas. Pensé: esta buena señora tiene sin duda un aparte de la culpa de mis pecados, una parte de la culpa de mi alegría y mi dolor, en la vida grave que me ayudó a vivir.

La abuela.

Fui donde la abuela muy temprano. Me arrojé contrito sobre su seno, y sin que el tío lo percibiera, dejé un beso y una lágrima conmovida sobre sus manos sarmentosas que amasaron en otro tiempo el perfumado pandequeso para que yo lo robara luego el escaparate familiar.

¡Seno confortante y casto de la abuela! Al abrazarlo con unción, nos sentimos reintegrados a la fuente de nuestra estirpe, oímos palpar la entraña fecunda, genitora, que bautizó con su sangre nuestras venas e infundió en nosotros el espíritu divino que hoy asuma a nuestros ojos. Recostar la cabeza sobre el seno santo de la abuela, es limpiar el alma de todos los pecados, es hacerse virginal y pequeño como un niño. Yo lo sentí así.



Ella.

Sé que en el pueblo van a decir: esa es Mercedes. Pero no, no es Mercedes la que describo, es Ana Tulia o Ana Rosa o Matilde; es en el pueblo la novia eterna del muchacho que se fue una vez por el mundo y cuando volvió la encontró casada.

Ella y yo nos quisimos de pequeños aunque no nos lo dijimos nunca. Íbamos juntos a la finca de mis padres y con los pies desnudos, jugábamos caracumbé per-

siguiéndonos con ramas por las mangas. Yo alcanzaba para sus cabellos flores moradas de los sietecueros y desde los altos árboles echaba sobre su delantal frutas campesinas. Cuando nos separamos, y yo vine al colegio, solo sufrí porque la dejaba. Pero le dediqué mis primeros versos y mis primeras nostalgias.

Ahora en el pueblo sé que se ha casado y voy a visitarla; nos sentamos; hablamos de cosas indiferentes; un niño entra y sale y me siento conmovido, porque pienso si será de ella. Quisiera preguntarle: ¿Y ese niño? Pero temo que me diga “sí”; me levanto despidiéndome: “Adiós, señora”, tranquilo al parecer y con el corazón lleno de amargura!

Las primas

Esa tarde estuve en la ventana rodeado de mis primas: Isabel, Herminia, Altagracia, todas bellas.

Les refiero historias maravillosas, y me oyen con atención porque soy un hombre que viene de muy lejos. Al concluir, Hermi-

nia coloca una flor blanca y perfumada en mi solapa. Flor que tiene el dulce candor de una dulce prima provinciana, flor que rejuvenece y refresca el alma cosmopolita con su encanto de aldea.

La tía

La tía es alta y altiva. Tiene esa nariz aquilina con un promontorio descarado, esa nariz que es el sello de mi stirpe, que yo llevo en mí y que quisiera transmitir a mis nietos como único patrimonio de mi raza.

Cuando ya voy a partir, la tía me entrega dos quesitos frescos, envueltos y liados, con cuidado, y me dice: para que coma en el camino.

Otra vez.

Abandono las últimas tapias vetustas del pueblo y me siento otra vez incorporado al mundo, me siento de nuevo ciudadano del mundo, como el caracol que ha salido de su concha para no volverla a encontrar quizá jamás.

Sobre la conversación y el conversador

Yo me he quejado alguna vez de esa dificultad que hay entre nosotros para encontrar el tipo auténtico, o siquiera aproximado, del interlocutor, ese ser legendario ya -hombre o mujer- cordial y preocupado, que ame el encanto de las ideas abstractas emitidas desinteresadamente sobre la alfombra de un sofá, mientras las horas insentidas y ligeras corren en derredor.

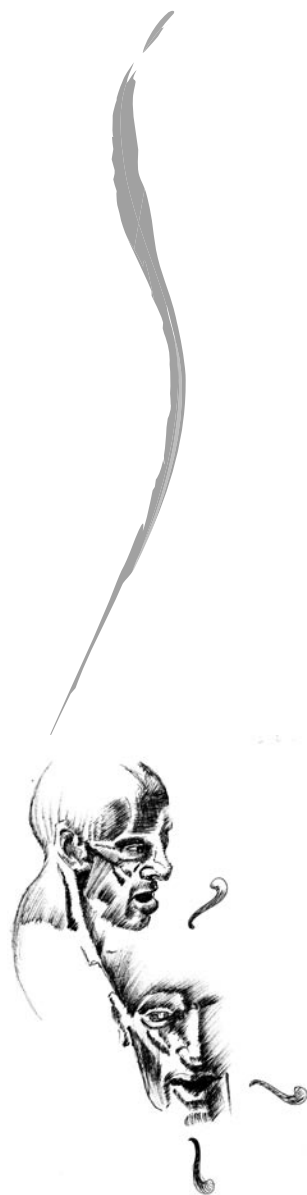
Y no es que no se hable mucho en todas partes; se habla en los costureros y en las boticas, en los cafés, y en las esquinas concurridas. Pero el hablador no es el interlocutor, el conversador; existe una diferencia especial entre hablar y conversar. Lo que se hace habitualmente en esos sitios es murmurar, entendiendo por murmuración todo lo que se refiere exclusivamente a las personas, bueno o malo. El murmurador es el que no alcanza a abstractar las ideas y solo puede concebirlas fundidas a los individuos; el conversador verdadero es el que desarraiga las ideas de los individuos elevándolas a una esfera pura e impersonal. El conversador, que procura siempre generalizar, dirá, por ejemplo; patinar es un

ejercicio armonioso y saludable; el murmurador solo acertará a decir: Fulano patina muy bien; porque no logra aprehender las ideas sino personalizadas.

Murmurar es simplemente recordar; y como siempre es más fácil recordar que pensar, por eso se murmura, más que se conversa. Y por eso también la conversación requiere, además, un cierto grado de selección en el ambiente y una viva curiosidad intelectual en los interlocutores; la curiosidad intelectual es ese deseo punzador de saber cosas inútiles, ese interés desinteresado por las ideas y por las teorías de los demás, ese querer escudriñarle y discutirlo todo por el solo placer de hacerlo, sin fin determinado y sin objeto práctico ninguno. La necesidad torturante de satisfacer esa curiosidad viene a constituir al fin un vicio, el vicio de la conversación, que algunas mentes deliciosamente amaneradas prefieren a opio o a la morfina, porque siendo mucho más sutil produce una embriaguez igualmente delicada y fantástica. La conversación para ciertos seres que no sé si llamar desequilibrados o desadaptados, llega a ser un verdadero paraíso artificial.

Pero no hay peligro de que ese vicio se propague demasiado: la conversación, para que se dé en toda su plenitud, requiere, además de la predisposición natural de las personas y del ambiente particular de cultura, como algunas de aquellas drogas perversas, cierta composición especial de lugar y otros requisitos de tiempo y modo. No es posible conversar bien en todas partes; para que las ideas fluyan con abundancia y nitidez y la embriaguez inefable de la conversación posea totalmente a los interlocutores, que conozcan a fondo los movimientos peculiares de las sillas “mecedoras” o sepan ya el secreto de apoyarse en los brazos del sillón o de recortarse en el espaldar del sofá; es preciso que hayan visto antes, varias veces, la disposición de los cuadros y adornos en la habitación, la situación de las ventanas y las puertas y que el paisaje o la perspectiva que aparecen a través de ellas les sean conocidos; es preciso tener cierta confianza, como para fumar cuando se quiera y estirar un poco las piernas cuando se tenga a bien; es preciso también que los interlocutores no estén demasiado separados para que el misterioso influjo vital, magnético, que se desprende de cada persona, subrayando los ademanes y dando mayor fuerza de convicción a las palabras; es preciso, además, que no haya una preocupación aguda que distraiga, o un malestar físico que importune. Solo así se consigue aquella concentrada atención, aquél interés vivo y sostenido que es necesario para entrar en la verdadera conversación en el mundo abstraído y eminente de las ideas puras e impalpables, pero activas, que deleitan como los fantasmas vagabundos del opio y exaltan la mente como el jugo luminoso de los pámpanos.

Hay quienes no pueden conversar bien cuando en la reunión se encuentra una persona, digámoslo así, “demasiado desconocida”: entre el conversador y aquella persona se deter-



mina una desconfianza natural que cohíbe como barrera de hielo y que los lazos sutiles de la simpatía se encargan de disolver solo después de cierto tiempo, cuando a fuerza de miradas mutuas y de reflexiones inconscientes, se mide y se pesa al desconocido y por intuición particular, se sabe más o menos a qué atenerse respecto de él.

Otros enmudecen por completo, cuando tienen, por ejemplo, un rotito perceptible en el calcetín, porque se están preocupando constantemente por esconderlo; o cuando llevan la barba demasiado crecida, porque les parece que están causando mala impresión en el auditorio.

Algunos, peripatéticos, prefieren conversar paseándose por la estancia, mientras el oyente descansa sentado; en realidad, el movimiento agita las ideas, la estimula, las suscita; dicen que Nietzsche solo podía pensar bien subiendo por una cuesta. En todo caso, estando de pie se tiene más libertad en los movimientos y se infunde más energía, más convicción a los ademanes y a las palabras.

Existen también modalidades diversas dentro del conversador verdadero. Hay, por ejemplo, el que conversa muy bien pero no sabe oír. Es posible que, demasiado fervorosamente imbuido en sus ideas propias, no logre coger “el hilo” de las ideas del otro, sea porque saboree en silencio lo que acaba de decir o porque prepare lo que va a decir enseguida.

Existe el que conversa muy poco, pero sabe oír con cuidado. Quizá despreocupado provisionalmente de sus ideas propias, desea conocer totalmente las del otro, porque pueden enseñarle algo, o arrastrado simplemente por un interés psicológico. Para él el interlocutor se convierte en “un caso” de observación y procura no interrumpirle para que se entregue por completo, para que desnude su alma.

Se da, asimismo, aunque es muy raro, el que casi no toma parte en la conversación pero sabe suscitarla, hacerla posible con su sola presencia, elevando el ambiente: su actitud expectante y comprensiva, infunde confianza al interlocutor que conversa ante él largas horas, con la seguridad de que es oído cuidadosamente; él, en cambio, silencioso y sencillo, posee el arte difícil de dirigir la conversación por caminos eminentes, como si con cada gesto, con cada monosílabo, clavara a intervalos un mojón indicador.

La conversación tiene, entre otros, dos enemigos mortales: el juego y el amor. Los jugadores no conversan nunca, ni hablan apenas; embebidos en sus combinaciones interiores, solo pronuncian de cuando en cuando y de manera automática, frases rápidas y violentas, interjecciones, imprecaciones, estribillos, subrayados con golpes de manos sobre las mesas. La conversación está vedada a los jugadores y ese es el único defecto grave que

yo le encuentro al juego. Y es el único defecto grave que le encuentro al amor; los besos, por ejemplo, son un juego preocupado que mata la espiritualidad alada de la conversación; desde que el amor se intercala como un intruso entre los interlocutores, la lengua se entorpece para la emisión de ideas desinteresadas y el encanto del intercambio intelectual se desvanece ante los devaneos efímeros del deseo y de la pasión instintiva. ¡Ah tendríamos que procurar que nuestras amigas inteligentes no se conviertan en nuestras amantes: la boca en bruto de una mujer superior no será capaz de darnos jamás el placer inefable y nobilísimo que nos proporciona su menta florida!

Yo he pensado varias veces cuál sería la hora más propicia para ejercer la conversación; quizá la de la sobremesa, después de la comida cordial, hora dilatada y rebosante en que -¡quién lo creyera!- el espíritu aparece singularmente ligero y la imaginación excitada por esa peculiar satisfacción que se experimenta entonces, vuela exaltada hacia los espacios azules. También es propicio el atardecer ciudadano en el rincón del café en que nos hemos sentado siempre con los amigos; es propicio el paseo de árboles, casi solitario en las mañanas de verano; y el balcón nocturno que da sobre la calle callada, mientras todo duerme en torno. Sin embargo, como los mejores vicios, la con-

versación es intensa y deliciosa en las horas de la noche, pero a la luz nítida y amplia de las lámparas, que nos permita contemplar con precisión los ojos, las manos y, sobre todo, los movimientos característicos de la boca del interlocutor. En la sombra, la conversación plena y elevada no es posible; hay cierto pánico instintivo que elimina la facilidad de emisión de las ideas e interrumpe el hilo sutil de la inteligencia mutua entre los conversadores.

Como los mejores vicios y como las pasiones más aberrantes, la conversación hace perder las nociones del tiempo y del deber. Olvidamos las citas, posponemos las visitas, llegamos tarde a la oficina o a la casa, porque la conversación nos ha detenido en algún secreto escondrijo ejerciendo sobre nosotros su influjo irresistible. Las ideas son, en resumen, un licor traidor que llevamos dentro de nosotros mismos y que al agitarlo nos exalta, imprimiendo, como el vino o como amor, un brillo relampagueante a nuestras pupilas y un colorido encendido a nuestras mejillas; los que conversan, como los que aman o beben, pierden poco a poco la noción de la realidad inmediata, se desconectan del mundo externo y habitual para penetrar en un mundo fantástico donde creen estar solos y donde caminan y accionan idealmente como en un sueño de éter.

Biografía de la corbata



¿Cuándo podré escribir un largo libro minucioso sobre la psicología de las ropas? Me obsesiona la idea de hacer, en un estilo expresivo y sincero, la biografía de esa humanidad silenciosa, hueca y cálida, que pasa la existencia colgada en los roperos, expuesta en las vitrinas, sumida en los escaparates de los montepíos o adherida a los hombres como una segunda personalidad envolvente; las ropas son un molde de humanidad o una humanidad vacía, que plagia y se asimila la vida y la forma de la otra humanidad: cada hombre tiene un segundo cuerpo en ese vestido completo que yace colgado en la esquina de la alcoba.

¿Algún día, provista ya de una verdadera vida propia, se pondrá en marcha, por sí sola esa doliente muchedumbre de gentes “en potencia”, que son los trajes de los hombres?

Yo, quizá, he empezado a observar algunos indicios de la presencia de ese fenómeno inusitado, pero verosímil. Hace cierto tiempo estoy estudiando con cuidado la psicología de mi corbata, sus costumbres, su manera de ser, su genio, en fin, y de pronto me asalta la idea de que esa corbata pueda llegar a adquirir un alma independiente, pueda llegar a constituir un organismo intrínseco, con vida animal propia, autónoma.

Mi corbata es una vieja tira de seda, que ha ido alargándose y puliéndose, haciéndose sutil y dúctil con el tiempo y con el uso; y el contacto continuo, la existencia perenne junto a un hombre, la ha espiritualizado un poco, le ha dado cierto color de alma; podría decir que mi corbata casi vive.

¿Casi vive y vive realmente? Yo no sé. Pero entonces, ¿por qué a veces se desliza por sí sola desde la barandilla de la cama? ¿O por qué, a menudo, huye de la silla y aparece enrollada, como una serpiente que duerme? ¿O por qué, en una ocasión, la buscamos en vano durante tres días, hasta que se hizo visible por sí sola cerca de un agujero del entablado? ¿Era que estaba en excursiones subterráneas?

Yo siento la inminencia, de esa mañana prodigiosa en que mi corbata va a salir arrastrándose onduladamente detrás de mí, como un pequeño animal amaestrado.

Y no puedo sustraerme al temor ahora cuando, frente al espejo, hace el ademán característico de anudar la corbata, ese ademán sintético que es como un simulacro de estrangulación, que le recuerda a uno todas las mañanas la proximidad de la muerte. Me veo, me sorprendo con un aire de domador de serpientes, con el aspecto místico del que lleva enroscado al cuello crótalo traidor.

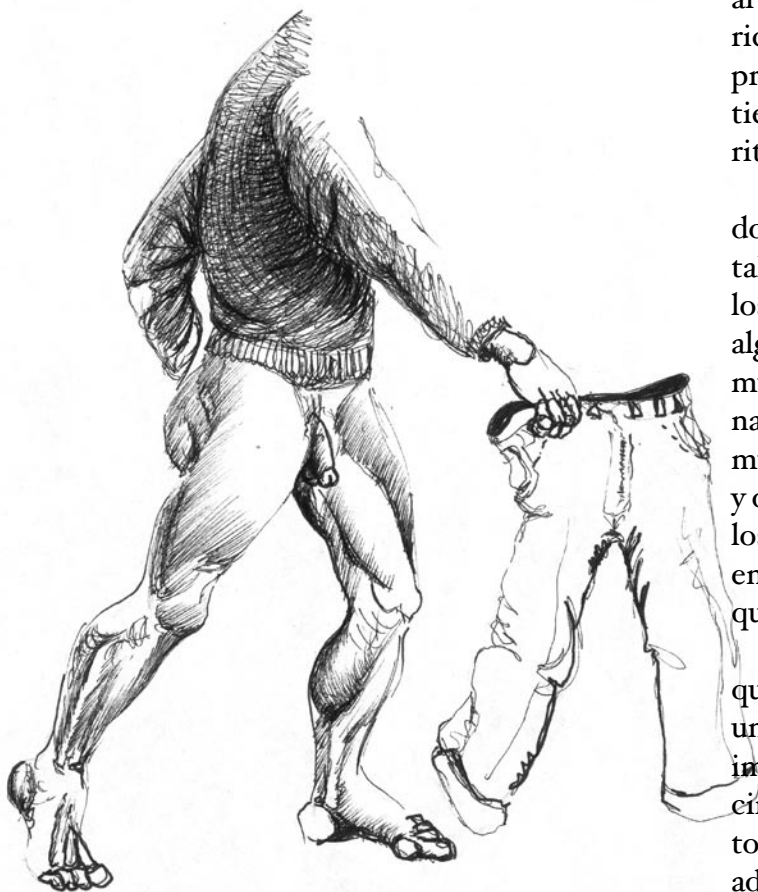


La ética del pantalón

Si yo fuera a estudiar algún día detenidamente como el tema lo merece, la psicología y la sociología de las ropas, tendría que dedicar un capítulo especialmente extenso al pantalón. El pantalón es la prenda más rica en personalidad y en humanidad; es la prenda más efusiva y más tierna y al mismo tiempo, más llena de calidez vital y de espíritu andante, de posibilidad locomotriz.

¿Nadie ha pensado en que, despertados por una catástrofe, por un terremoto tal vez, todos los pantalones que yacen en los escaparates y los roperos, puedan salir algún día corriendo por la ciudad como una muchedumbre asustada? Un suceso fulminante, de esos que devuelven la palabra a los mudos, sería quizá capaz de vigorizar súbita y definitivamente las piernas enclenques de los pantalones, haciéndolos entrar de lleno en la humanidad ambulante y transeúnte que puebla las calles.

Eso sería un espectáculo conmovedor que haría horrorizar a las señoras. Porque unos pantalones solos y vacíos dan cierta impresión de desnudez inmoral; podría decirse que unos pantalones no están cubiertos, no están “vestidos” sino cuando llevan adentro a su dueño; el dueño es como la hoja



de parra de los pantalones, es lo que los hace pudorosos y castos. Una señora puede ruborizarse mucho más viendo unos pantalones sin hombre que un hombre sin pantalones.

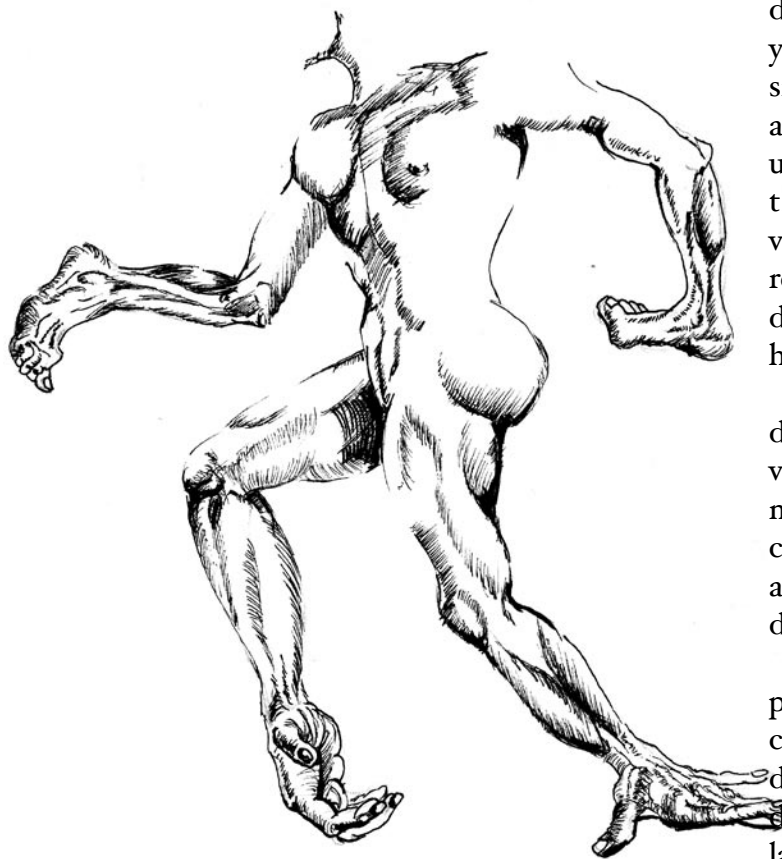
Y esta circunstancia viene a constituir una prueba gráfica de la cantidad de humanidad que hay en los pantalones. La moral es una noción que concierne exclusivamente a los hombres; desde que una cosa empieza a parecer moral o inmoral es porque se ha humanizado profundamente.

Aparte de esta cuestión de índole puramente ética, hay que notar el influjo soberano que los pantalones han ido adquiriendo sobre el hombre, la suma de personalidad que le han ido quitando en el curso del tiempo. El hombre que provisionalmente se encuentra sin pantalones, es un ser mísero, impotente, tímido, empequeñecido. ¿Cómo pudieron combatir, trabajar, caminar, mandar y obedecer, cómo pudieron, en fin vivir dignamente con las piernas desnudas los habitantes de las cavernas? Hoy no sabríamos explicarnos bien ese fenómeno remoto; el hombre actual necesita los pantalones, no tanto como un vestido encubridor, sino como un eficaz estimulante espiritual para la acción enérgica. Aún en los momentos de violenta catástrofe, cuando todo acto es instintivo, el hombre experimenta la necesidad psicológica de, antes que todo, ponerse sus pantalones para poder actuar con firmeza. Sólo así, encaramado, digamos sobre sus pantalones, se siente fuerte y valeroso, se encuentra listo para el o la defensa.

En la vida civilizada y ciudadana de hoy, los pantalones, bípedos y andantes, han venido a reemplazar en cierto modo al caballo fiel de los primitivos guerreros nómades. Montado sobre ese indumento extraño, tan lleno de estímulos vitales, tan efusivo y cálido, el hombre actual se siente como un vencedor en marcha, como un radiante dominador de la vida.



El mito de fauno



¿Por qué no hemos de dedicarles un pequeño capítulo a los zapatos? Estoy seguro de que los zapatos están colaborando en la modificación anatómica del hombre, con un fin místico y terrible; los zapatos harán posible la realización de un mito antiguo; el mito de fauno. Si, un día, muy próximo quizá la tierra soportará la presencia verdadera de ese ser extraño, de rostro humano y cascos de cabra, de que nos hablan las leyendas helénicas.

El zapato, el fuerte zapato de cuero que usa el hombre civilizado, verificará esa evolución maravillosa, sometiendo al pie, como lo somete cruelmente, a un proceso lento y eficaz de deformación.

Ya el pie ciudadano ha perdido muchas de sus mejores cualidades ancestrales. Ha perdido la capacidad prensil que debió poseer lógicamente, como la posee la mano y como la posee

en sus cuatro extremidades, el mono, abuelo indiscutible. Ha perdido también su extensión primitiva y se ha hecho más corto y más ancho, marcando una tendencia notoria a la redondez. Ha perdido, por la falta del ejercicio libre que estimula el desarrollo, la elasticidad y la docilidad que pudo tener; ya el pie no se dobla o se encoge fácilmente, como la mano, ni sus dedos se despliegan en abanico, en un anhelo de aprehensión, como los de los montañeses acostumbrados a ascender con los pies desnudos. Los dedos del pie del hombre civilizado han empequeñecido y encorvado, paralizados por la inmovilidad; los cuatro menores señalan la tendencia visible a fundirse en una sola masa callosa, mientras el dedo mayor se envuelve rígido y gordo y se arma de una uña, cada vez más invasora y agresiva. Estas características, que se acentúan y fortalecen todos los días con la presión del zapato, anuncian ya la presencia del casco hendido, de la pezuña caprina. Esperemos un poco, a que ese callo conquistador se endurezca, a que esos dedos atrofiados se acaben de fundir en una sola pieza cóncava, y tendremos sobre la tierra al fauno auténtico, al inefable monstruo legendario que creó la imaginación de un pueblo exaltado, visionario, escrutador inconsciente del porvenir.

Alegrémonos de haber encontrado la razón de ser de una cosa aparentemente inexplicable: la existencia de los zapatos. Si no se tratara de la realización de un fin místico, poético y preconcebido; si no se tratara de hacer verídica una bella leyenda religiosa, los dioses no habrían sometido a la doliente humanidad al tormento de ir eternamente metida por los pies dentro de un molde encendido y chirriante, que hace pensar en las penas del infierno.



El traje del hombre débil



¿Por qué usa usted siempre un mismo traje?, me ha preguntado alguien.

¿Por qué? Porque creo que el hombre de carácter débil como yo, el hombre que titubea ante todos los pequeños actos concretos, no debe tener más de un solo traje.

Hay un problema matinal que resolver cada día: ¿qué traje me pongo: el negro, el gris, el azul? Problema de difícil solución que nos hace cavilar largos instantes. Tal vez podría escribirse el cuento fantástico del joven de difusa voluntad, que se quedó en calzoncillos toda la vida, porque no supo nunca que traje ponerse.

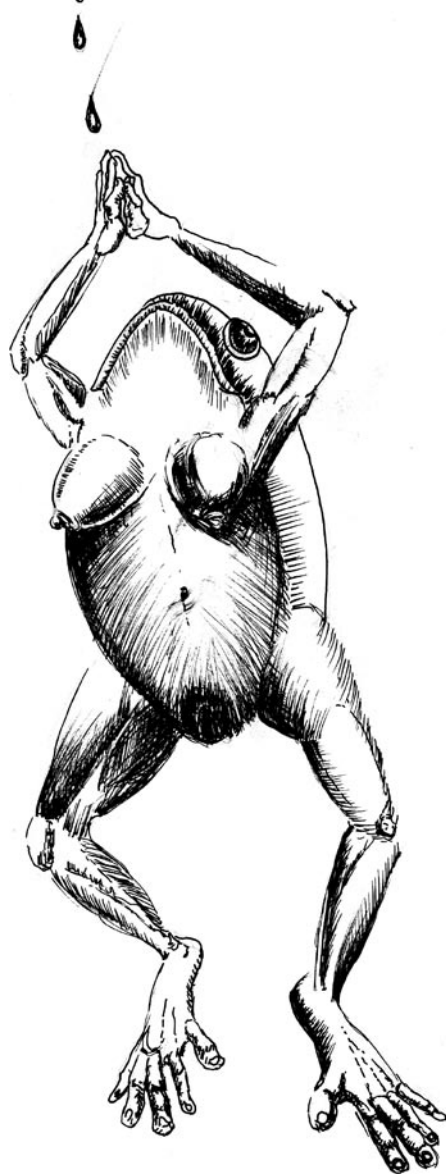
Con ese único traje cordial, que mecánicamente nos vestimos cada mañana, el día se inicia más sencillo y más tranquilo; muchas triviales preocupaciones se nos quitan de encima; el acto solemne de ponernos los pantalones deja de estar saturado de dudas agudas y de posibles remordimientos. Y vuelve a ser lo que debe ser: un rito matinal, ejecutado con cierta unción serena y mística.

Pero, además, yo creo que el hombre sinceramente honrado ha de llevar siempre por la calle el mismo traje. El traje da al individuo su fisonomía típica, su aspecto característico; es lo que lo distingue de los otros individuos, entre la multitud abigarrada de las calles; por el color y el corte habituales de su traje, por la forma y postura particular de su sombrero, es por lo que sabemos quién es quién, entre la numerosa gente ambulante. Cambiar de traje es convertirse provisionalmente en un desconocido. Y eso entraña una especie de traición, una deslealtad insidiosa que cometemos con todos aquellos que esperan vernos a distancia: con el amigo íntimo, con el enemigo vigilante, con el acreedor, con la mujer que se interesa por nosotros. Esas personas podían decir antes desde lejos: allá viene. Y era que advertían la presencia remota de una sombra, todavía confusa pero lo suficientemente expresiva para identificarnos, porque tenía nuestros caracteres externos habituales; o era que habían visto flotar en el horizonte nuestro viejo sombrero, con sus conocidos gestos insinuantes. El sombrero es como una alta torre de señales, entre el mar borrascoso de la vía pública.

Tal vez no tenemos derecho a cambiar de fisonomía con demasiada frecuencia. Y cuando forzosamente tengamos que hacerlo, deberíamos comunicarlo con anticipación a cierto número de personas interesadas, enviándoles un detalle más o menos exacto, del nuevo proyecto de fisonomía que vamos a adoptar.



La oración de la última rana



¿Qué ha sido de las buenas ranas de la Sabana durante este largo verano abrasador? Yo, que vivo fuera de la ciudad, en el campo iluminado y melancólico, no he vuelto a oír su canto vespertino. Quizá se haya apagado para siempre la voz de las dulces flautas de las ranas; quizá todas las ranas de la Sabana hayan expirado tostadas por el sol cruel y vagan ahora entre los yerbales sus cadáveres negros y retorcidos, como suelas de zapatos viejos.

Yo quisiera escribir un modelo de oración o rogativa, para uso de la última rana, de esa pobre rana superviviente que debe de estar por ahí metida entre los pliegues de una hoja seca.

Podría decir así: “Señor: tener piedad de la última rana del campo, ahogada entre el polvo de los pantanos extintos, herida por las lanzas de las yerbas áridas de las praderas”.

“En el universo infinito, poblado de espléndidas mansiones, cruzado de soles y de mundos, yo no pido para mí sino una pequeña hoja húmeda o el hueco que ha dejado el casco de un caballo, lleno con el agua de la lluvia”.

“Enviad sobre la tierra esa bella nube negra, preñada de dulces relámpagos, mensajera de la tempestad, de la alegre y violenta tempestad cuyo fragor es música celeste, voz divina, clarín sacrosanto que anuncia la vida al ínfimo anfibio de las lagunas secadas por el sol”.

“Enviad sobre la tierra esa bella nube negra que ha de tener en su seno el licor frío y confortante para nuestras bocas quemadas, perennemente abiertas sobre el cielo cruel”.

“Señor: tened piedad de mi gran sed. Yo soy la última rana. Siento que mi piel reseca se abre y se arruina como los terrones del agro. Yo no soy sino un pequeño terrón negro con dos ojos dolientes, llenos de vaga esperanza”.

“¡Señor: oíd la oración de la última rana!”.



Las transformaciones de la madera

No hay nada más propicio a las reflexiones extravagantes que una de estas mañanas de invierno, húmedas, desteñidas y llenas de gentes con paraguas. ¡Cuántas cosas se ocurren mientras se viene de la casa al periódico, con las manos metidas en los bolsillos y tarareando alguna canción medio olvidada!

Más acá de Monserrate, frente a una agencia mortuoria, vi esta mañana un ataúd mojándose en la mitad de la calle. La lluvia caía sobre su cuerpo, tieso, impassible, y menudas goticas rodaban por los costados lisos, como el sudor de una frente cansada. Al verlo así tan imponente, tan incapaz de moverse, acostado y resignado bajo la lluvia, una súbita conmiseración me asaltó y tuve ganas de gritar a los hombres de la agencia: “¡Entren este pobre ataúd; no sean infames!”.

No grité nada, es claro, pero sí, habituado a analizar un poco mis movimientos interiores, me pregunté a mi mismo con cierta curiosidad: ¿Qué importa que un ataúd vacío esté mojándose en la mitad de la calle? ¿No es una cosa inerte, insensible,

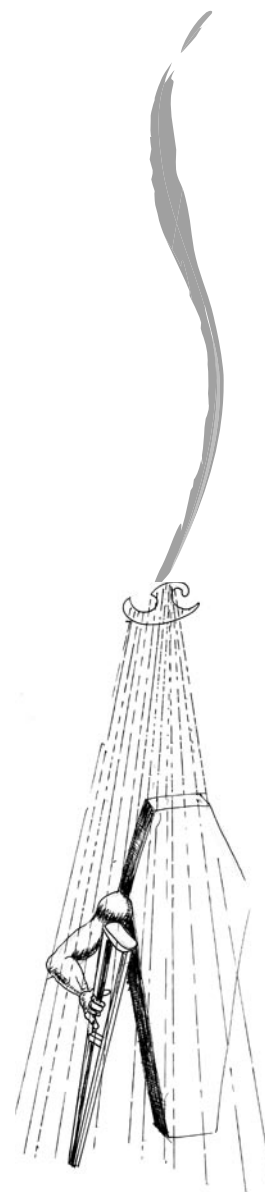
dura como un taburete, como un pedazo de madera? Pero otra voz interna que trata de responder siempre a esta clase de interrogaciones me dijo así: Veamos, amigo mío, tratemos de establecer la relación que puede existir entre un pedazo bruto de madera, un taburete y un ataúd. Es verdad que al ver un trozo de viga mojándose en la calle nadie se fijará: es la cosa más natural. Un trozo de viga es algo rudimentario, informe, que no ha entrado aún en la vida familiar, que no está ligado a nosotros por un dolor y por una alegría, que todavía no tiene “alma”. En cambio, al ver un taburete no nos hubiéramos conmovido quizás, pero sí habríamos mirado con interés; un taburete es ya un poco humano: ha vivido mucho junto a nosotros, lo hemos tocado, acariciado, ultrajado, llevado y traído, comunicándole en todos esos razonamientos una parcela de nuestro espíritu. El taburete tiene casi el aspecto de una persona seria, formal, silenciosa, que cruza los brazos y espera en la sala. Cuando un taburete cae al suelo, todos corren a recogerlo; quizá en ese movimiento instintivo haya un poco de

pudor y también un poco de caridad. Lo cierto es que nadie sería capaz de conversar con tranquilidad mientras esté un taburete caído en el suelo, en esa situación indecoroso, lamentable, y vencida, que adopta un taburete cuando se cae.

Por todo eso y por otras muchas cosas, al taburete está ya “más cerca” de nosotros, aunque no tan cerca como el ataúd. El ataúd es todavía más humano, o, digámoslo de una vez, es francamente humano. Da la impresión de una persona envuelta en algo. Un ataúd anda, se mueve, se transporta; solo que lo hace en coche o en parihuela, pero lo hiciera caminando si no tuviera los pies fundidos, pegados y tiesos. Tan humano es, que las gentes lo odian, lo maldicen, lo increpan, y lo tratan como a un ser viviente y fatal. Por eso cuando un ataúd se cae, produce una impresión trágica, estridente y horrible, como si un hombre se cayera de una torre. El ataúd conmueve.

Esas son las transformaciones de la madera, que la humanizan, y la hacen adquirir alma sensible. Pero aún hay una última, cuando la madera no solo se humaniza, sino que llega a identificarse con el cuerpo. Un ejemplo de esa transformación es la muleta. ¿Nadie ha tenido en casa una muleta de un pariente querido, muerto ya? ¡Horror de una muleta en un rincón! ¡Va a andar; va a salir traqueteando por las habitaciones, rediviva, ambulante, fraternal! ¡Tiene insuflado, coesenciado, el espíritu y la vida del que la llevó, es una continuación personal, un miembro palpitante!

¡Pobres muletas abandonadas, que el día del juicio saldrán, trágicas, tambaleantes, correteando por las calles y los caminos para ir a reintegrarse a su cuerpo anterior!.



Hablar



Dentro de este grupo fraternal de amigos de la redacción, hay uno que habla quizá demasiado y por eso nada más se hace acreedor a veces a las amables burlas; voy a intentar la defensa de ese hombre que peca por la lengua, por la lengua, ligera genitora de los más bellos pecados.

Hablar es al mismo tiempo una voluptuosidad y un ejercicio útil. Es una voluptuosidad exquisita y suprema. Las palabras, y esa dulce violencia que se requiere para la emisión de las ideas en un momento dado, determinan en el que habla una cierta embriaguez discreta, que va intensificándose y dilatándose, que excita los nervios y pone las venas en un estado febril y tumultuoso. Entonces las mejillas se encienden liger-

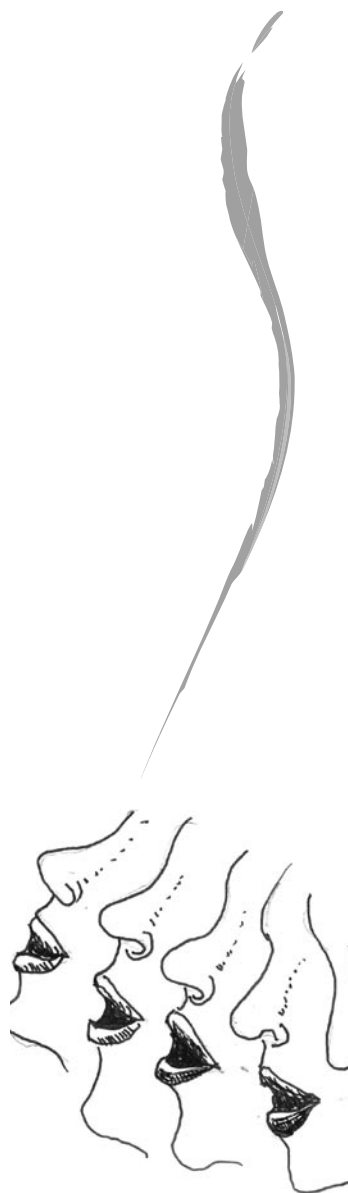
mente y las pupilas se tornan vivaces. El que habla está ya en un mundo fantástico, semejante al que crean el hachichs o el ajeno, el mundo de los iluminados. Pierde hasta cierto punto, la conciencia de la realidad inmediata y las cosas que dicen asumen un tono sibilino, sacerdotal, profético, impregnado de convicción honda y absurda, de sinceridad conmovedora, que se apodera de los oyentes a pesar de ellos y los arrastra. Cuando el hablador alcanza esta transfiguración radiante, ya no hablan para que lo oigan y para convencer a alguien; ya no se oye tampoco a sí mismo.

Las ideas surgen automáticamente, desordenadas e incompletas, difíciles, presas de una agitada locura, que las hace

perder en coherencia, pero que las vuelve más penetrantes, más impresionadas porque llevan condensado y tenso todo su poder invisible y misterioso de transmisión. Entre tanto, el que habla experimenta, la inconsciencia inefable de los opios, de las morfina, de las drogas perversas y espirituales.

Pero hablar es también un ejercicio útil. Es un método, una disciplina intelectual, no solo porque el hablar agiliza la mente y la desenmohece, sino porque es un procedimiento apropiado para dar fijeza y estabilidad a las ideas. En los momentos de la gestión, las ideas se conciben vagas y esfumadas, son volátiles, imprecisas, ligeras y desaparecen con facilidad para no volver tal vez: las olvidamos. Para que no suceda así, hay necesidad de definir las, de clavarlas con menudos alfileres. Entonces las hablamos, y eso es lo mejor. Buscamos un interlocutor y se las decimos, sin preámbulos, aunque él no nos preste atención; eso no importa. Lo interesante es exteriorizar lo que llevamos dentro, porque así efectuamos una labor de concreción. Efectivamente: las ideas habladas, se hacen más fijas, más concretas, casi diríamos que se materializan un poco. Ya no las olvidaremos nunca. Las hemos catalogado dándoles perdurabilidad. Ya no nos inquietarán tampoco más, ni nos harán desvelar en las noches de concepción dolorosa. Las hemos creado para siempre y allí las tendremos propicias y preparadas para utilizarlas en el momento oportuno.

En resumen: no comprendo y compadezco a esos seres ingenuos y llenos de cosas interiores, que poseen como un vicio delicioso, como una debilidad conmovedora, ese deseo eterno de hablar; a los que van como el Octavio Romeu de "Xenius", buscando un interlocutor en medio de esta humanidad enmudecida.



La apoteosis del vagabundo

Rendón no supo concretar con bastante calidez espiritual la actitud de esos vagabundos profesionales que pasan su vida sentados en los bancos de los parques públicos. El dibujante fue a ellos no con un interés humano sino más bien con un interés de demostración de una pequeña tesis política preconcebida; por eso se limitó a extraer las líneas externas del motivo, a tomar simplemente el “espectáculo” de los vagabundos, sin penetrar demasiado en su profunda alma agitada.

Pero el vagabundo profesional, el vagabundo nato, ese que hace del banco del parque el centro de su universo, no es siempre un vulgar dormilón inactivo o un miserable vencido por la vida; no, es un rebelde sublime o mejor, un desadaptado sublime, dentro de esta civilización en que impera un sentido vil de actividad locomotriz. Ese hombre es con frecuencia un hombre fuerte, de amplia frente iluminada por la inteligencia, de ojo taciturno y soñador, de boca plegada por un gesto de desdén; su aspecto revela más vigor y más poder que el de muchos de esos que han logrado triunfar económicamente en



el mundo. ¿No hubiera podido él también desarrollar una actividad semejante a la que desarrollan cotidianamente los innumerables mercaderes de idea y de cosas? Seguramente sí, pero la filosofía superior que informa su ideal de conducta en la vida incluye un principio de reacción contra la actividad brutal del mercader; él es un ser esencialmente contemplativo y emi-

nementemente intelectual; ama y venera el mundo fantástico de las ideas y de las imágenes desinteresadas y quiere vivir totalmente dentro de él; su fisonomía externa nos da en sus más mínimos detalles un indicio de esa prioridad efectiva del cerebro sobre el músculo; su traje, especialmente, nos revela con nitidez que ese hombre es un pensador. Es un traje somero, antiguo y barato, sobado por el uso y deteriorado por el descuido; las mangas de la americana, están comidas por los codos y los pantalones ostentan amplias rodilleras. Las rodilleras en los pantalones constituyen, sobre todo, un signo visible e infalible de intelectualidad, de poderosa imaginación, de espíritu profundo; ese hombre fuerte que no ha logrado adquirir en su vida sino unos solos pantalones, ¿no tiene que ser un grande iluso, un ser imbuido en infinitas fantasías celestiales?

El vagabundo es quizá el representante prematuro de la superior civilización del porvenir. En realidad, todos los esfuerzos del hombre actual se encaminan a asegurarle en el futuro a la humanidad fatigada una mayor dosis diaria de pereza contemplativa, de ocio fecundo. Ese ideal superior de la vida, será posible con el empleo creciente del maquinismo vertiginoso y con la organización científica del trabajo que se está empezando a implantar en todas partes. Entonces el hombre podrá ser dignamente ocioso y perezoso, encarnando el tipo de sublime vagabundo de nuestros parques.

Y el calumniado vagabundo de hoy será probablemente glorificado como un precursor; tal vez llegaremos a ver elevada en los jardines públicos la estatua reivindicadora de este ser miserable y verdaderamente divino que es hoy en nuestras sociedades atrofiadas por el instinto locomotriz, el único refugio del noble y desinteresado pensamiento.



La virgen de la trenza postiza



He visto con emoción en ese almacén de novedades, la exhibición de trenzas de mujer importadas de lejanos países para uso de nuestras muchachas.

Allí es donde las pálidas vírgenes de la ciudad van a proveerse de esas lindas trenzas negras o rubias, que rodean el cuello y caen suavemente sobre el seno; trenzas definitivas, que imprimen la nueva fisonomía de moda, la fisonomía de candor postizo, que han resuelto adoptar para este año las jóvenes elegantes.

Y así nos es posible contemplar a la dulce niña que engaña con sus largas trenzas falaces al soñador de las esquinas y de los bancos de los paseos. El soñador edificará seguramente una ilusión fugitiva, invitado por esas trenzas que pasan, graves, bajo la luz del cielo. Dirá quizá: “Sería grato destrenzar esas trenzas jocundas, que deben poseer una virtud envolvedora, cálida y fragante; que deben ser como una suave agua viva, perfumada con profundo perfume de carne y alma; que deben tener un vigor violento sacado de las fuentes recónditas del espíritu y de la sangre. El cabello, tan vital y tan espiritual ¿no tiene sus hondas raíces

clavadas en el corazón misterioso de la mujer? ¿No es una extraña vegetación apasionada, que se nutre del alma? Sería grato destrenzar esas trenzas radiantes, castas y turbadoras como la mirada de un ángel”.

Pero el soñador de los bancos de los paseos no sabe, sin duda, que esta noche al acostarse, la dulce niña de candor castizo, colgará sus trenzas de un clavito del tocador. Pobre niña que se despoja al mismo tiempo de su vestido de calle y de su cabello purificador, desnudándose así infinitamente, desnudándose de una vez hasta el fondo del corazón, para volver a ser la virgen mala de la ciudad. Sus largas trenzas compradas a un precio atractivo en los almacenes de novedades, ¿no le dan un aspecto de inocencia, santa y terrible?, ¿no vestían su pequeño corazón perverso como un velo angelical, que hacía soñar a los ilusos poetas de las esquinas?

¡Pobre niña, infinitamente desnuda en la noche tremenda, porque ha dejado sus cabellos perfumados sobre la pared!.



Lenin

Esta mañana volví a contemplar largamente el retrato de Lenin que preside mi pequeña biblioteca comunista. Y he sentido más que nunca una alegre emoción ante esa fisonomía clara, dulce y terrible, profundamente labrada por el pensamiento, inefablemente iluminada por invisibles llamas.

Y luego pensé, otra vez, en todo lo que Lenin hizo por mí, en todo, lo que yo le debo a ese hombre verdadero, a ese único salvador del mundo. Ante todo siento que el espectáculo estimulante de su vida — eminentemente coordinada, subordinada al dominio absoluto de la inteligencia, encausada reflexiva y tenazmente hacia un fin que se creía inaccesible — me ha revelado un bello ideal de conducta, en el momento en que todos los ideales de conducta habían caducado o aparecían estériles o pequeños. Pero siento también, y esto es lo más considerable y lo más útil para mí, que a su palabra ardiente, rica en ideas dinámicas, le debo mi fe, y mi esperanza, la grandeza íntima de mi vida, mi adquisición de un motivo puro de lucha, mi razón de ser y de obrar, la visión fuerte y optimista que tengo del porvenir, mi convicción sincera de

que el mundo puede llegar a ser realmente más amable y más justo y de que el hombre adquirirá sobre la tierra una actitud de ennoblecida dignidad humana.

Por él he aprendido a darle un significado exacto a la conmovedora y absurda actitud de ese hombre que cae despacio, con un gesto dulce y resignado sobre la trinchera, he aprendido a comprender la crueldad infinita acumulada sobre la vida del labrador, hijo legítimo de la tierra, desheredado y subyugado, forzado a extraer el pan para la mesa de sus verdugos; he aprendido a descifrar al taciturno silencio de los obreros tiznados, que entre los crepúsculos rojos del anochecer, he visto descifrar a sus cubiles altos, incubadores de una necesaria y justiciera venganza. Por él he podido llegar a sentir la entrañable y emocionante poesía del pueblo bajo, desarrapado y mugriento, oscuro légamo espiritual en que se han refugiado todos los gérmenes fecundos de belleza y de fuerza, todas las posibilidades de engrandecimiento y de purificación de la humanidad; yo sé ya que en el proletariado ínfimo, en el último ser caído y envilecido por la opresión y la ignorancia, hay sin em-

bargo, un principio divino de rebelión, capaz de acrecentarse y de ennoblecerse, capaz de elevarse a una calidad humana superior de convertir la vida dura y vil, en una actividad de libre y consciente ejercicio, llena de dignidad humana en el trabajo y en el descanso.

Yo creo en eso. Creo en la capacidad de perfección del pueblo y creo en la nueva humanidad espléndida que el pueblo de hoy va a crear, a sacar de su nada, de su lodo maravilloso amasado con sudor, con lágrimas o con sangre. Creo en que mis hijos verán y gozarán un sol más justo y una tierra más benévola, en que su vida pobre y maldita ha sido redimida para siempre.

Sería imbécil decir que Lenin fue profeta a la manera de los cristianos empíricos, que dispersaron algunas nociones vagas de redención en el mundo. Lenin fue un profeta, peor fue todavía mucho más que un profeta porque él mismo alcanzó a realizar una parte de sus profecías y dio los medios prácticos para realizarlas todas. No erigió la metafísica de la justicia, ni quiso dar solamente al hombre oprimido e infeliz, vanos consuelos teóricos; fijó, con líneas exactas, la economía de su ilusión y empezó él mismo a realizar su ilusión sobre la tierra. Su obra vive y crece y está dando resultados concretos. No comparemos a este hombre verdadero con ninguna sombra fantástica del pasado. Es el único salvador del mundo.



Interpretación sentimental del libro

Una pluma cariñosa, llena siempre de efusiva y comprensiva cordialidad, anuncia hoy desde las páginas de “El Tiempo” la aparición de mi primer libro.

Yo he leído con desgarrante emoción esas palabras heridoras, en que se asocia la imagen pura e ignota de un pequeño hijo muerto a la idea de este primer libro que nace. Hay cierta similitud íntima de significación en esos dos sucesos, entrañablemente graves dentro de nuestra vida personal. ¿Un libro nuestro que aparece, no es como una muerte, como la muerte de un dulce ser amado, animado con el jugo de nuestras venas y con la energía de nuestro espíritu? Habíamos ido haciendo ese libro en la mente con lentitud y con pasión, acumulando en él cada día una idea embriagante o una sensación singular, habíamos procurado infundir en él, con el rubilo cruel del creador, el alma múltiple del universo, como la comprendemos y la sentimos, reduciendo a ligeras palabras —carne viva y sonrosada— la alegría y el dolor de las cosas, las sombras abstractas y los violentos colores, la nostalgia trascendental



que nos agobia y el ínfimo espectáculo sonriente de la calle; le habíamos dedicado las vigiliass febriles, llenas de ímpetus impotentes en que alzamos los brazos desesperados en la noche buscando el ideal fugitivo y la anhelada forma. Y cada frase encontrada y acumulada, cada letra encontrada y acumulada, cada letra puesta con fervor, llevada en sí una gota verdadera de nuestra sangre y un poco de la fuerza de nuestro espíritu: así, ese libro lento, gestado con dolorosa emoción, construido y perfeccionado progresivamente, iba haciéndose dentro de nosotros una fisonomía querida, una personalidad pura, unida a nuestra inteligencia, y a nuestro corazón por cariñosos vínculos ideales, fuertes como las voces de las razas y los instintos de la especie.

Por eso, su aparición, su “nacimiento”, es como una rotura, como un desprendimiento definitivo, como una muerte de ese ser ideal, que habíamos acariciado en silencio y que vivía una vida propia y agitada en nuestra mente. De pronto, el libro se separa de nosotros, para ir a confundirse entre la muchedumbre innumerable, deshaciéndose en átomos remotos, convirtiéndose en polvo de pensamientos y en ceniza de sensaciones; su cuerpo y su alma ya no nos pertenecen ni logramos nunca recuperarlos para nosotros solos; irán a ser pasto de vegetaciones extrañas, irán a fecundar zonas desconocidas, irán a abonar huertos ajenos; nosotros ya no podremos volver a acariciar ni a expresar esos pensamientos y esas sensaciones; hemos perdido para siempre el derecho a utilizarlos; ese libro ha muerto y solo nos queda de él un recóndito vacío en el alma y una imagen inefable y difusa, como la del pequeño hijo, cuya faz presentada apenas contemplamos un minuto, el minuto que transcurrió entre su llegada súbita, y su fuga eterna.



Para la diagramación se utilizaron los caracteres Hoefler Text
Abril, 2006.

El conocimiento es un bien de la humanidad. Todos los seres humanos deben acceder al saber,
cultivarlo es responsabilidad de todos.

Persistente memoria

“Cuando Luis Tejada llegó a Bogotá en 1921, luego de un viaje a pie desde Armenia, había algo de chaplinesco en su figura que lo llevaba a caminar como un marinero en la tormenta, con un pie en babor y otro en estribor. Pero irradiaba bondad, alegría de vivir y un infantil desparpajo que era mezcla de inteligencia, irreverencia y ausencia absoluta de dogmas y prejuicios”.

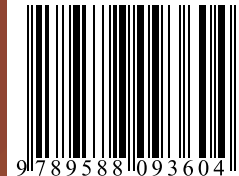
“Durante muchos años creí que su andar de galeote era resultado de una larga caminata hasta la capital, en una época en que los caminos eran trampas mortales para el peregrino, aunque él mismo los haya descrito con bondad porque era un muchacho bueno: ‘Esos caminos bermejos, tortuosos y solitarios, que bordean la cordillera o la escalan francamente, que se hunden a ratos entre montes sombríos y a ratos siguen el curso de un río pequeño, que flaquean los páramos ingentes dando vueltas y revueltas”.

Releyendo sus crónicas, veo con claridad que ese caminar de péndulo era más bien una manifestación psicósomática de su oscilación intelectual entre los dos extremos que dominaron sus ambiciones de cronista: el primero, conquistar “la armonía y sutileza, las dos cualidades tutelares que buscó con ahínco en las cosas”; el segundo, trabajar por “el advenimiento del único reinado humano y justo: el del hombre simple, del buen hombre, del hombre”.

Carlos Vidales

Ediciones
desde abajo

ISBN 958-8093-60-0



9 789588 093604